



2<sup>a</sup>  
edición

# Atardeceres desde la ventana

Francisco Javier Rodenas

**Atardeceres desde la ventana**

Francisco Javier Rodenas Micó

Primera edición: abril 2016

Segunda edición: octubre 2018

© Todos los derechos reservados

© Francisco Javier Rodenas

ISBN: 9781724154811

Diseño de portada: Javier Rodenas Sirera

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor. Todos los derechos reservados.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de su titular. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del Código Penal)».

Todo lo que acontece escapa de mis manos,  
como la luz que trae el mediodía.  
Sin embargo, aquí sigo, nube tras nube,  
coleccionando atardeceres desde mi ventana.

KARA ARERIS

# 1

Apenas una mirada. Una sola mirada. Un gesto fugaz, espontáneo, casi imperceptible, que esconde los días que fueron suyos, pero que ya no les pertenecen. No hay palabras. No tienen nada que decirse porque todo quedó dicho tiempo atrás. Acabado ese mínimo contacto visual, las dos mujeres continúan su camino. Los pasos de una la conducen hacia lo más profundo del bosque; los de la otra, la llevan en dirección a la plaza del pueblo. Allí le espera el regreso a un pasado inquietante del que, ilusoriamente, se había sentido libre los últimos diez años. Pero solo ha sido eso, una ilusión, una vana ilusión que se esfuma para dejar paso a la brusca realidad que tan bien conoce.

Al llegar a su destino, se encuentra una plaza vacía y silenciosa. Mira a un lado y otro en busca de una sombra con que protegerse del asfixiante calor del mediodía. Tras vacilar unos instantes, se dirige hacia los arcos que se abren en la cara norte de la plaza, junto al Casino Avenida, cerrado desde hace una década. Un desagradable olor a orín la recibe nada más traspasar uno de aquellos arcos. Manteniendo la respiración, va en busca del único fragmento de sombra que se recorta en el suelo.

Desde allí, alcanza a ver el interior del local. El Avenida fue, durante mucho tiempo, lugar de encuentro de la gente acomodada. Ahora, no es más que una metáfora de la vida del pueblo, sometido a un constante e inexorable abandono desde el incidente que dio lugar al cierre de la fábrica con la que se sustentaba la economía local.

Sin poder evitar la tentación, mira a través del cristal; o, al menos, trata de adivinar lo poco que la capa de polvo le permite. Sillas y mesas esparcidas aquí y allá, caprichosamente abandonadas a su suerte; una barra sobre la que todavía descansan vasos y botellas; incluso se puede ver una gabardina colgada en la pared. Da la sensación de que, en lugar de haberse producido un lento y paulatino abandono, la gente que una vez frecuentó el local hubiera salido corriendo de súbito debido a un terremoto.

En un momento dado, parece distinguir dentro un rostro que le resulta familiar pero que no consigue reconocer. Aunque los trazos son confusos, intuye en la penumbra que se trata de un espectro vestido de blanco; reminiscencias quizás de un pasado que no recuerda como suyo, que no quiere recordar como tal. Su mirada, triste y melancólica, se fija en ella e incluso le da la sensación de que quiera decirle algo. La visión, pues no es más que eso, se difumina un segundo después confundida entre el polvo que, silenciosa y dolorosamente, lo envuelve todo.

El ronroneo lejano de un motor le anuncia la inminente llegada del autobús que hace la línea entre los diferentes pueblecitos de la comarca. Se adelanta tratando de mantenerse bajo la sombra. Lo ve llegar a lo lejos, materializarse entre el polvo del camino. Traga saliva. Hasta ese mismo instante, la noticia había revoloteado en su mente sin llegar a posarse del todo sobre ella. Pero el tiempo del quizá no, va a dar paso, en unos segundos, al desgraciadamente otra vez.

Se apea un viajero. Luego otro. Después, nadie más. El corazón de Carmen deja que una tímida llama de esperanza se encienda dentro de él. No tarda en apagarse, como si un viento helado hubiera pasado para extinguirla. Incluso, a pesar del calor, nota como una gota de sudor frío le baja por la espalda. Con barba de tres días, vestido con su traje negro y su camisa blanca, sin corbata, aparece Carlos frente a los escalones.

—¿A qué esperas para coger la maleta? —El tono imperativo, las maneras broncas, la mirada vacía —. ¡Mierda de calor!

—¿Has tenido un buen viaje?

—¡Joder, Carmen! ¿Es que estás sorda? Coge la maleta y vamos pa la casa.

La mujer hace lo que su marido le dice y se sitúa unos pasos más atrás mientras caminan, tal y como ha hecho siempre. Carmen sabe perfectamente lo que debe hacer y el lugar que debe ocupar. Lo ha aprendido bien a base de golpes. Y a base de golpes, ha terminado por resignarse a la vida que le ha tocado. Y aún debo dar gracias por estos diez años en que él no ha estado, piensa, buscando un consuelo que no llega.

—Tengo hambre —dice él en cuanto entran por la puerta —. ¿Qué has hecho de comer?

—Paella —contesta la mujer escuetamente.

—Joder, ¡está fría! ¡Mierda de mujer!

—La he tapado con papel de aluminio, pero el autobús se ha retrasado de su hora.

—¡Excusas, siempre excusas! ¡Cómo se nota que te has relajado! Pero yo sé como meterte en cintura.

Acto seguido, se pone de pie y la golpea con el puño cerrado. Antes de caer, Carmen siente el crujido de las cervicales por el inesperado giro de su cabeza; siente también la punzada caliente en su pómulo derecho. Luego, el frío suelo. Intenta mantener la consciencia, pero a duras penas puede. Nota cómo las náuseas suben desde su estómago, pero no tiene tiempo de vomitar; el plato con el arroz impacta en su ceja izquierda abriéndole una brecha. Antes de abandonarse, ve salir a su marido del comedor dedicándole una mirada de profundo desprecio.

Cuando despierta, las sombras ya se dibujan sobre la mayor parte de la estancia. Debe ser media tarde. Tiene la cara y el vestido pegajosos; el arroz y la sangre se han mezclado en una especie de pasta informe que expele un olor desagradable. Se pone de pie con gran esfuerzo y, tambaleándose, va al aseo. Se ducha y llora. Se había prometido a sí misma que no lo haría, que se mantendría firme. Sin embargo, la promesa se diluye escapando por el desagüe junto a las lágrimas enrojecidas por la herida aún abierta.

## 2

El viento se levanta de repente. Azota las hojas ya secas de los árboles y las hace caer. Las abigarradas nubes grises aparecen como de la nada, se concentran, se apelmazan, se hacen más tupidas, anuncian su inminente lluvia. El aroma inconfundible de la tormenta se abre paso entre las ramas de los árboles y llega hasta las dos chicas.

—Deberíamos irnos antes de que empiece a llover —recomienda una de ellas.

Tiene el pelo castaño y rizado. Un vestido blanco de flores estampadas cubre su cuerpo delgado y frágil. A pesar de su aspecto enfermizo, de las ojeras adornando la parte inferior de los ojos, sus agradables facciones dejan intuir, aun siendo tan joven, la bella mujer que será pronto.

—Pero si ahora empieza lo bueno —protesta la otra —, no hay nada más divertido que dejar que la lluvia te empape por completo.

A diferencia de su amiga, viste un pantalón de lino y una camisa. Es bajita, aunque de complejión fuerte. Su mirada es viva, inquieta, transmite seguridad y determinación. No es tan agraciada como su compañera, pero lo suple perfectamente con la abierta sonrisa que dibujan sus labios.

—¡Cómo se nota que tú nunca te pones enferma, Clara! Ya sabes que, en cuanto paso frío, me constipo.

—¡Más frío tendrías que pasar! Mi abuela siempre decía que la mejor manera de luchar contra una enfermedad es pasarla muchas veces; así, al final, te inmunizas.

—Será que yo no me he constipado veces...

—¡Eres una cobardica!

—Clara, por favor...



—Está bien, Carmen, vámonos.

Caminan de regreso a casa, una junto a la otra, las dos cogidas de la mano. Tienen diecisiete años y todo un mundo por delante. Nada les importa excepto jugar, divertirse, perderse en el bosque, soñar sobre su futuro. Clara se burla cuando su amiga le habla de un imaginario marido que la querrá y la tratará siempre con cariño; una suerte de príncipe azul que le dará dos hijos maravillosos, un niño y una niña. Ella, por su parte, no desea ataduras, se considera un espíritu aventurero que necesita conocer mundo.

Un relámpago se abre paso en mitad del cielo cortándolo por la mitad. El estruendo posterior avisa que la tormenta está muy cerca. Un viento huracanado azota cruelmente los árboles antes de apartarse a un lado y dejar que la lluvia anegue cada palmo del suelo. Las chicas se apresuran porque todavía les queda un largo camino antes de que las primeras casas aparezcan ante sus ojos.

—No vamos a llegar.

—Llegaremos.

Clara percibe el miedo en su amiga e intenta mantener la serenidad. Es consciente de que tiene razón; también sabe del peligro de estar en el bosque con la tormenta; los árboles tienden a atraer a los rayos y es mejor no encontrarse debajo cuando eso sucede. Ya casi corre tirando de Carmen con ese pensamiento rondándole la cabeza. Una lluvia intensa e inmisericorde comienza a caer. De repente, el día se ha vuelto noche y apenas consiguen ver nada. El rugido de un trueno a su izquierda las hace estremecerse.

—¡Vayamos por aquí! —Clara acaba de recordar algo.

Carmen no comprende, pero se deja llevar por su amiga. Caminan torpemente, tropezando con la raíz de algún árbol, resbalando entre la hojarasca mojada. Las siluetas recortadas de los árboles se les antojan monstruos deformes que vienen a por ellas. Sienten el enfado de la tormenta, su rabia mientras castiga con fuerza cada rincón del bosque.

—¡Ahí! ¡Es ahí! —exclama Clara con cierto alivio.

La chica conduce a su amiga hasta una cueva que se abre al pie de una montaña cercana. Han dejado el bosque a un lado. Se sientan a la entrada de

la cavidad, lo suficientemente dentro como para no mojarse más, lo suficientemente fuera como para no dejarse envolver por la oscuridad reinante a sus espaldas. Carmen mira hacia el interior con recelo. No consigue ver nada, pero imagina miles de seres saliendo de lo más profundo de la cueva.

La tormenta relampaguea aquí y allá, y su luz se refleja en las paredes, entre las copas de los árboles vecinos, en la asustada cara de las chicas. Carmen tiritita y Clara, tomando la iniciativa, se abraza a ella. Puede sentir hasta el último hueso de su columna vertebral. Ambas se miran por un instante y luego devuelven la atención a la lluvia que no cesa en su empeño allá afuera.

—Nunca te dejaré sola —Clara habla sin pensarlo mucho, —siempre estaré a tu lado, siempre te protegeré.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Permanecen en silencio, observando la tormenta. Un rayo de luz asoma tímidamente entre el tupido entresijo de nubes grises. La lluvia comienza a caer con menos intensidad y la claridad de la mañana, robada media hora antes, parece recuperarse. Carmen deja de temblar, se siente más confiada, y no sólo porque la tormenta anuncia su fin, sino también porque en brazos de su amiga encuentra la seguridad que a ella le falta.

### 3

El inspector Valero se ve obligado a conducir a veinte por hora, y eso lo exaspera. La niebla de la mañana es tan espesa que apenas le permite ver más allá de sus propias narices. Las luces que proyectan los faros del vehículo son incapaces de penetrar en el blanco manto que se extiende por todas partes. El policía, en permanente estado de tensión desde que su coche fue engullido por la niebla, siente cómo se le agarrotan los músculos de la espalda y de los brazos.

Todavía tarda más de una hora en dejar la carretera secundaria por la que circula y adentrarse en la comarcal que, algo más allá, debe conducirlo hasta el pueblo. Como de la nada, surge entre la niebla un cuerpo y el inspector apenas tiene tiempo de frenar para no atropellarlo. Se trata de un hombre de unos treinta años; Valero deduce, por su uniforme, que debe ser el policía con quien debe contactar; por su rostro desencajado, deduce también que se acaba de llevar un buen susto.

—Buenos días. Usted debe ser el inspector Valero —saluda amablemente cuando consigue recobrar el aliento.

—Buenos días, agente...

—Sargento, señor, soy el sargento Alonso.

—Bien, sargento Alonso —repite remarcando cada sílaba —, vayamos al grano; ¿dónde está el fiambre?

—Me temo que habrá que esperar a que despeje la niebla, señor. El cadáver se encuentra en un lugar de difícil acceso y las condiciones climatológicas lo hacen todavía más complicado.

—Pero, ¿dónde se produjeron los hechos? —pregunta Valero mientras enciende un cigarro.

—En el bosque, a unos dos kilómetros.

—Habrá puesto vigilancia, al menos.

—Señor, solo dispongo de tres agentes y son necesarios en el pueblo. Además, no creo que el muerto se vaya a mover de all .

— Quiere decir que nadie ha custodiado el lugar en toda la noche? —  
inquire Valero ignorando el último comentario del sargento —.  Y si  
alguien borra alguna prueba?  Y si se llevan el cadáver?

—Con el debido respeto, señor; de noche y con esta niebla, dudo mucho que  
nadie se haya aventurado por el bosque. Cualquiera sabe lo peligroso que es  
en estas condiciones. Eso sin contar que el acceso al lugar de los hechos  
resulta complicado, incluso de día.

—Bien, dejémoslo —se rinde finalmente el inspector —.  Hay al menos un  
lugar donde tomar un café caliente?

—Por supuesto, acomp ame.

Alonso le hace un gesto para que lo siga y los dos hombres caminan  
entre la niebla. Poco a poco, las casas comienzan a dibujarse a un lado y otro  
de lo que parece una calle. En el silencio de la mañana, solamente el eco de  
sus pasos acompaña a los dos policías. El inspector Valero se sube el cuello  
de la chaqueta. A pesar de encontrarse en pleno agosto, siente cómo el frío  
cala su ropa, su cuerpo e incluso sus huesos. Algo más adelante, el sargento  
Alonso se detiene y lo invita a pasar a través de una enorme puerta de  
madera. Sobre la misma, sujeta por unas cadenas oxidadas, cuelga un letrero;  
Mes n Don Rodrigo, indica.

Al otro lado, se encuentran con un amplio salón. Aquí y all  hay  
esparcidas toscas mesas de madera y, al fondo, un viejo camarero de pelo  
encanecido los mira fijamente tras una barra. Apenas hay un par de clientes  
en el local y también ellos se dedican a escrutarlos sin ningún disimulo.

Al inspector no le importa demasiado. Es lógico, piensa, no soy más  
que un extraño. De todos modos, la humedad de la calle lo ha destemplado y  
en el interior del local encuentra un calor que lo reconforta y le compensa  
cualquier indiscreta mirada. Aun así, Alonso decide sentarse en la mesa más  
alejada, y Valero le agradece el gesto.

—Se est  bien aquí.

—Está siendo un verano muy caluroso, pero cuando dice de amanecer con niebla, la mañana se vuelve traicionera —dice el Sargento y Valero no se lo discute; apenas ha necesitado unos minutos para comprobarlo en sus propias carnes.

—¿Cuánto cree que tardará en despejar?

—Un rato aún —responde impreciso Alonso.

Callan por espacio de cinco minutos. Valero saca un mechero y, distraídamente, se dedica a encenderlo y apagarlo. Incluso se deja hipnotizar por la llama que, intermitentemente, aparece y desaparece; por la forma que tiene esta de contonearse, esbozando figuras que nunca terminan de materializarse. Un pensamiento confuso de un pasado aún más confuso asoma al umbral de su memoria, pero finalmente se queda en el intento. La repentina llegada del camarero lo devuelve a la realidad del mesón.

—¿Qué tomarán los señores? —a pesar de sus palabras, el recién llegado únicamente se dirige a Alonso.

—Un solo, Miguel, como siempre. ¿Y usted, inspector?

—Lo mismo —ahora es Valero el que mira al camarero sin reparos, hasta que consigue incomodarlo.

—Es buena gente —aclara el sargento al advertir la sonrisa de triunfo dibujada en los labios del inspector —; debe disculpar su comportamiento; este es un pueblo pequeño poco acostumbrado a los forasteros; en especial cuando la visita se debe a sucesos como el que lo ha traído hasta aquí.

—No se preocupe, estoy habituado a todo tipo de recibimientos después de tantos años en el cuerpo.

—Soy consciente. Lo que no entiendo, espero que perdone mi indiscreción, es por qué un policía de su categoría y su experiencia ha acabado investigando un asunto como este.

—Es una larga historia.

—Siempre lo son. De todas formas, puede contármela; tenemos tiempo.

—Puede que sí, pero yo no tengo ganas —ataja Valero bruscamente.

Alonso no insiste. Los dos policías vuelven a guardar silencio.

Pasados unos minutos, el sargento se excusa. Comprobaré si la niebla comienza a disiparse, le dice, y Valero asiente con la cabeza. Una larga historia —repite en su cabeza cuando se queda solo— una larga historia que es mejor dejar en el pasado. Pero no puede evitar recordar la última conversación mantenida con el inspector jefe veinticuatro horas antes.

—No me jodas, Valero —le había dicho mientras se balanceaba en su butaca —, he dado la cara por ti, pero es la última vez. Haz bien esto, y tendrás alguna posibilidad de regresar de nuevo a primera división. Ya sé que no es gran cosa, pero si quieres volver, deberás empezar por abajo. Dadas las circunstancias, es lo único que puedo ofrecerte.

—Me hago cuenta; puedes estar tranquilo.

—¡No, Valero, es imposible que pueda estar tranquilo! No puedes fallarme ni tampoco puedes fallarte a ti mismo. Si lo haces, se acabó tu carrera en la Policía y probablemente también la mía.

—No te fallaré.

—Prefiero no recordar la última vez que dijiste eso. Aún lo estoy pagando.

—Ahora es distinto.

Y realmente lo es. Incluso el propio Valero ya no se siente la persona que fue. Lo puede comprobar cada mañana al levantarse y mirarse al espejo. El rostro que contempla al otro lado del cristal no tiene nada que ver con aquel policía condecorado que una vez fue el orgullo de su brigada. Ahora solo ve a un viejo resentido de barba mal afeitada que ya no es capaz de distinguir su cara de su culo.

Un anciano prematuro castigado por una maraña de arrugas que le curten el rostro de manera inmisericorde. El cabello, que en otros tiempos coronaba su cabeza, comienza ya a escasear y presenta unos tonos grisáceos extrañamente apagados. El traje, que invariablemente viste en cualquier época del año, simplemente se deja caer flácidamente sobre sus hombros; es como si de repente su cuerpo hubiera menguado y la ropa fuera varias tallas más grande.

—Cuando quiera, inspector.

La voz de Alonso desde el otro lado del mesón le suena distante,

como si entre él y el sargento se interpusiera un infinito de amargos recuerdos, de heridas mal restañadas. Y en cierto modo, puede que así sea. Con gran dificultad, el inspector consigue regresar a la realidad de un presente del que no se siente parte. Apura el café frío y sale fuera para comprobar que la niebla está dejando paso a un cielo radiante.

## 4

La puerta del mesón se abre con un chirrido sordo y deja pasar una cortina de luz que se instala en el suelo. Una silueta recortada la hace desaparecer por un instante y luego regresa. Los escasos clientes que ocupan la barra se giran y observan al recién llegado. Deberían de sentirse sorprendidos, pero la expresión de su cara no es de sorpresa, sino de desagrado; de odio incluso.

—Mierda de pueblo —maldice Carlos Palacios mientras se instala cerca de la puerta.

Los hombres de la barra murmuran entre dientes, pero a él parece no importarle. Se acomoda en la silla y apoya los pies en otra. Después, dirige su mirada hacia el grupo y les dedica una sonrisa fría, retorcida. Uno de ellos parece dispuesto a levantarse, pero el resto lo frena. Le dan la espalda y abandonan toda conversación.

—¿Es que nadie va a atenderme? —brama desagradablemente — ¡Mierda de antro!

El camarero sale de detrás de una cortina y, al ver al recién llegado, escupe al suelo. Luego se dirige hasta él. Los dos se miran en silencio, se retan con la mirada.

—No es bienvenido aquí —dice finalmente el camarero.

—Solo quiero una copa de vino.

—¿Una copa de vino?

—Exacto.

—Pero luego se larga, y no vuelva más.

Dos horas después, está completamente borracho. El camarero ha terminado por ceder ante su insistencia para que le sirviera más copas. Al fin y al cabo, por mucho que deteste a aquel hombre áspero y hostil, no deja de



ser quien es. Todo el que se ha aventurado en el mesón le ha dedicado una mirada de desprecio. Sin embargo, él ha permanecido impasible a esas miradas.

El violento portazo anuncia a Carmen la llegada de su esposo. De inmediato, se pone tensa. Sabe que llega borracho. También sabe que probablemente recibirá una paliza. Eso en el mejor de los casos. Después de diez años en la cárcel, ¿quién sabe cuáles serán sus necesidades primarias? La mujer se prepara para lo peor.

—¿Y la cena? —el extraño brillo de sus ojos y la dificultad con la que habla confirman sus sospechas.

—Todavía no está preparada —tartamudea Carmen nerviosa; no es capaz de reconocer el extraño hilo de voz que sale de sus labios—; no sabía a qué hora ibas a volver.

El hombre levanta el puño y hace ademán de golpearla, pero se detiene cuando ve que ella se repliega sobre sí misma a modo de protección. Se ríe; la reacción de su esposa parece divertirle. Baja despacio la mano y le acaricia la cabeza. Ella ni siquiera se atreve a mirar, pero él continúa con la caricia. Cuando la mujer comienza a relajarse, la agarra por el pelo y la arrastra por el salón.

—¡Ya estás echando hostias pa la cocina! —le grita—. ¡Mierda de mujer!

Casi gateando, Carmen obedece a su marido. Siente el dolor en el cuero cabelludo, pero es su alma lo que más le duele. Los años que él ha estado ausente le han servido para recobrar parte de su dignidad; pero ahora que ha regresado, no ha necesitado más que unas horas para hacer que se vuelva a sentir poco menos que una mierda.

Trata de recobrar la serenidad, intenta centrarse. Se afana en prepararle su comida favorita, se esmera en que todo esté perfecto, en no darle ninguna excusa para golpearla de nuevo, aunque sabe que no la necesita para hacerlo. Cuando la cena está preparada, lo pone todo sobre una bandeja y vuelve al salón. Sin embargo, cuando entra, su marido duerme profundamente la borrachera recostado en el sofá.

Carmen deposita la bandeja sobre la mesa y tapa al hombre con una manta. Luego, sale a la calle. Una ligera brisa templada le roza la cara. Es

noche de luna llena y todo está perfectamente iluminado. Aunque sólo sea un espejismo pasajero, la escena que su cansada vista contempla la llena de paz, e, inevitablemente, se deja invadir por esa sensación. Cierra los ojos y trata de disfrutar de ese breve instante de sosiego. No hay más consuelo al que agarrarse. Pequeñas islas de quietud en un mar áspero y cruel en el que se siente naufragar una y otra vez.

Abre de nuevo los ojos y, desde su posición, puede ver a un grupo de vecinos sentados frente a la puerta de su casa conversando alegremente. Algo más alejados, buscando la privacidad de las sombras del parque, una pareja se dedica caricias y besos. Se pregunta si ella tuvo alguna vez momentos como ese. De ser así, debieron quedar enterrados bajo tantos años de lágrimas y golpes.

## 5

Clara trepa por el árbol con sorprendente facilidad a pesar de su limitado físico. Cuando está arriba, se acomoda sobre la rama más próxima a la ventana y echa un nuevo vistazo alrededor. Nadie. A esas horas de la tarde, los vecinos o están en el trabajo o seestean plácidamente en sus casas. Saca una de las piedrecitas que previsoramente ha guardado en uno de sus bolsillos y la lanza contra el cristal. Un toc apenas perceptible suena en el silencio de la calle. No hay respuesta. Lo intenta de nuevo. Esta vez sí obtiene resultado.

—¿Estás loca? —Carmen se asoma ataviada con una bata azul claro y una bufanda al cuello.

—Tranquila, que no me voy a caer.

—No es eso lo que me preocupa, sino que te descubra mi madre. Todavía le dura el enfado por lo del domingo pasado. Te echa la culpa de mi resfriado.

—Y no le falta razón —Clara asume su responsabilidad con una sonrisa de oreja a oreja —, mía fue la idea de alejarnos tanto y mía la de entretenernos cuando ya amenazaba tormenta.

—Y sin embargo, aquí estás, colgada como una pera de mi árbol y arriesgándote a que mi madre te pille y me prohíba que te vuelva a ver.

—¿Y serviría de algo?

—Probablemente no, pero prefiero no tentar a mi suerte... y tú no deberías tentar a la tuya. Baja de ahí y márchate.

—¿Crees que tardará mucho en dejarte salir?

—Dice que todavía no estoy recuperada. Pero creo que mañana, como mucho, podré escaparme un rato.

—Te esperaré junto al parque, cuando termine la faena.

—Allí estaré; y ahora vete, por favor.

Clara parece satisfecha. Baja del árbol y camina resuelta por mitad de la calle. A su lado pasa un vehículo negro. Se detiene a mirarlo. Por el pueblo apenas circulan coches, y es, para ella, todo un acontecimiento. A través de la ventanilla de atrás le parece ver el perfil de un chico de su edad, pero es solo un instante. El vehículo se aleja dejando tras de sí una enorme polvareda.

Piensa en volver a casa, pero sabe que su madre la obligará a ayudarla con las labores domésticas, y hace buena tarde como para perderla en esos menesteres. Se dirige hacia el lago; puede que, con un poco de suerte, pesque unas ranas. Camina con calma, disfrutando del paseo, apreciando la serena calma que reina en el bosque.

Sin embargo, la tranquilidad acaba pronto. A lo lejos ve venir a Santiago, el chico más odioso que jamás ha conocido nunca. Al cruzarse, se hace la distraída, pero él no parece dispuesto a dejarla ir sin más. Se planta delante con una sonrisa pícara dibujada en sus labios y los brazos en jarras. Le obstaculiza el paso.

—Aparta, Santiago —ambos se sostienen la mirada.

—De acuerdo —el tono que utiliza le deja claro a la chica que no va a ser tan fácil —, siempre que me des un beso.

—¿Estás loco? No te besaría por nada del mundo.

—Entonces no pasas.

—¡Quítate de en medio!

—Si no, ¿qué?

Clara no responde, simplemente actúa. Le propina un rodillazo en la entrepierna que le hace caer doblado sobre sí mismo. La chica reanuda su paseo dejando a Santiago retorciéndose de dolor en el suelo. Incluso cuando ya se encuentra a cierta distancia, se vuelve para comprobar que todavía no ha podido recuperarse. Sabe que su acción tendrá consecuencias, pero ahora mismo eso no le parece importante. Cuando llega al lago, se acerca a un abeto cuyo tronco tiene grabadas las iniciales c y c engarzadas la una en la otra.

La niña recuerda el día en que ella y Carmen se valieron de un cuchillo para dejar inscrita en el árbol aquella doble c. Era verano, como ahora, y la mayoría de la chiquillería del pueblo se había reunido para pasar

el domingo en el lago. Después de un refrescante baño, las dos amigas se acomodaron bajo el sol y comieron algo.

—¿Siempre seremos amigas? —le preguntó Carmen de repente.

—Siempre —aseguró Clara sin dudarlo.

—Deberíamos hacer algo para rubricar nuestra amistad

—¿Cómo qué?

—No lo sé, un contrato o un pacto de sangre, tal vez.

—Pero si nada más ver la sangre, te desmayas.

—Lo sé, pero, a pesar de todo, lo haría.

—Se me ocurre algo mejor —Clara se puso en pie con la navaja que acababa de usar para pelar una manzana—. Grabemos nuestros nombres en un árbol.

—¡Qué buena idea! —exclamó aliviada Carmen por no tener que hacerse un corte.

Al final sólo grabaron las iniciales; la navaja tampoco permitía grandes florituras. Sin embargo, aquella inscripción simboliza una amistad eterna, un cariño mutuo que perdurará a lo largo de los años. Clara está convencida de que así será. Roza delicadamente las letras con la yema de su dedo. Luego se recuesta apoyándose en el abeto. Respira hondo y se sumerge en un duermevela en el que prácticamente se confunde con la naturaleza y pasa a formar parte de ella.

## 6

El descenso resulta difícil. Las intrincadas pendientes se complican más con la humedad que ha dejado la niebla. El suelo se torna resbaladizo por momentos y los dos policías caen en más de una ocasión. Cuando llegan abajo, dos agentes custodian el cadáver.

Antes de recorrer los últimos pasos que le separan de la escena del crimen, Valero dedica unos segundos a recuperar el resuello. Escruta el lugar con detenimiento y debe admitir que Alonso tenía razón en su diagnóstico. Se trata de un paraje apartado y de complicado acceso, rodeado casi completamente por la vegetación circundante que, por otro lado, es tupida.

Tras ese breve escrutinio, centra su atención en la escena del crimen. Además de los agentes, también hay otras dos personas que el sargento Alonso no tarda en identificar como el forense y el juez. El primero de ellos es el típico hombrecillo de gafas de montura y dientes de conejo que parece disfrutar cuanto más sangre y vísceras hay en la escena de un crimen. Se encuentra de cuclillas, introduciendo alguna muestra en una pequeña bolsa. El juez, por su parte, observa las maniobras del forense con gesto desconfiado, aunque parece de esas personas que no confían ni en sí mismo. Tiene un bigote pequeño, casi ridículo, medio escondido en su labio superior; el pelo pulcramente peinado hacia atrás, advierte una incipiente alopecia que ya no puede disimular.

—Señor juez —Alonso llama su atención —, le presento al inspector Valero.

Se gira y mira por un instante al recién llegado. Emite un gruñido a modo de saludo y regresa a lo que anda haciendo el forense. Valero no espera invitación. Está cansado, le irrita el clima que ha encontrado en aquel pueblo perdido del mundo y quiere acabar cuanto antes la investigación para poder descansar un rato. Así que, se acerca un poco más a donde se encuentra el forense.

—¿Algún detalle de importancia?

—No demasiado. Debió recibir el disparo allá arriba y luego cayó rodando hasta aquí. Hay un trozo de su camisa enganchado en un matorral, hacia mitad de la pendiente; y, como puede ver, en el final de la misma, la tierra está removida y hay restos secos de sangre.

—¿Se conoce ya su identidad?

—Así es —informa Alonso —, se trata de un vecino del pueblo. Teniendo en cuenta quién era, no supone ninguna sorpresa lo ocurrido.

—¿Por qué lo dice?

—Digamos que no era el vecino más popular del pueblo.

—Le agradecería que fuera más preciso —Valero empieza a perder la paciencia.

—Verá, inspector, lo que quiero decir es que nadie va a sentir su pérdida. De hecho, más de uno deseaba verlo muerto y, no sería de extrañar que alguno de los vecinos hubiera decidido hacer realidad ese deseo.

—Entiendo, pero tendrá que contarme el motivo de esa animadversión.

—Por supuesto, inspector; pero, si no le importa, preferiría hacerlo en un lugar más cómodo.

—Antes déjeme que eche un vistazo.

Valero dedica unos minutos a observar el cadáver. El cuerpo se encuentra tumbado sobre el costado derecho, atrapado entre dos rocas. Tiene la cara cubierta de barro y de su boca sobresalen unas briznas de hierba. Una mancha de color marrón le cubre parte de la cabeza, justo por detrás de la oreja izquierda. El inspector concluye que ahí debe estar la herida que le ha causado la muerte. Mira a continuación su ropa. El muerto viste un pantalón ancho con bolsillos en las perneras y un chaleco. Calza unas botas de caña alta de color negro.

—¿Era cazador?

—La ropa le delata —el forense no puede evitar un tono sarcástico.

—Podrá explicarme entonces dónde está el arma —Valero mira con frialdad

al hombrecillo hasta que este le evita la mirada —. ¿O acaso cazaba con las manos?

El inspector recibe el silencio por respuesta. El forense le da la espalda y hace como que sigue buscando indicios en el cadáver. El juez ni siquiera se molesta en pronunciar palabra cuando Valero y Alonso inician la búsqueda del arma con la ayuda de los dos agentes. Tras una hora de infructuoso registro, lo dejan estar para cuando lleguen más efectivos.

Aunque el inspector se muestra visiblemente fastidiado por no encontrar el arma, no puede evitar, en su interior, sentir algo cercano al triunfo. Sabe que está muy lejos de ser quien fue, pero acaba de descubrir que su olfato policial sigue estando ahí dentro.



Un perro se lamenta amargamente en la lejanía con un ladrido melancólico y apagado. Un gallo canta, de cuando en cuando, dando una respuesta que el perro no le ha pedido. El tic tac del reloj del salón recorre el pasillo y llega hasta el dormitorio. Todos y cada uno de los escasos sonidos que se atreven a desperezarse en la madrugada son escuchados con claridad por Carmen una vez que el hombre que duerme a su lado deja de roncar.

Le da la espalda, no tanto por el olor a alcohol de su aliento, sino porque cada poro de su cuerpo le repugna. Si tuviera el valor suficiente ni siquiera dormiría en la misma cama que él. Pero no lo tiene. Probablemente, de haberlo tenido, no estaría donde está, no se sentiría como se siente y no sería una sombra triste que camina, aunque no sepa hacia dónde.

Nota cómo él se remueve y se pone tensa. Se trata de una falsa alarma. El hombre sigue durmiendo. Cuando consigue serenarse, se levanta. Lo hace con sigilo, temiendo despertarlo. Sin embargo, el sueño es profundo y ni siquiera se inmuta cuando la mujer sale del dormitorio. Prepara café y tostadas, aunque no sabe si hacerlo sólo para ella o para los dos. Si se despierta y no tiene preparado su desayuno se enfadará; también si lo hace y lo encuentra frío. En cualquier caso, lo más probable es que reciba su dosis diaria. Carmen se ha acostumbrado a vivir con esa sensación de caminar siempre por la cuerda floja.

—Un buen polvo el de anoche —Carlos entra por sorpresa en la cocina; parece relajado y su mujer lo agradece, aunque sabe que cometería un error si bajara la guardia.

—Sí, cariño —miente Carmen mientras se le revuelve el estómago al recordar cómo se había visto forzada a hacer el amor apenas unas horas antes.

—Tengo hambre.

—Aquí tienes tu desayuno.

Palacios se sienta y la mujer cede el café y las tostadas que había preparado para ella. Su marido no se percata de ese detalle, simplemente engulle el pan y se levanta dejando el plato vacío sobre la mesa. Se lleva la taza de café al salón. Carmen lo ve echar algún tipo de licor de una botella. Nada nuevo; nada que pueda sorprenderle. Se sienta en el sofá y ve las noticias de la mañana. Mierda de mundo, lo oye farfullar ante las desgracias y desastres que van desfilando por la pantalla del televisor.

—Voy a salir —anuncia ella después de limpiar la cocina y armarse de valor para hablarle.

—¿Salir, dónde?

—Al centro cultural; me apunté hace unos meses a gimnasia de mantenimiento.

—¿Gimnasia de mantenimiento? ¡Menuda ridiculez!

—Está muy bien, sobre todo para las personas...

—No vas a ir —Carlos corta bruscamente a su esposa.

—Pero... pero cuentan con que iré.

—Debo explicártelo de otra manera —el rostro se tensa y la voz se torna amenazante.

—No —Carmen baja la mirada y responde casi en un susurro.

Piensa en los años pasados — se dice para sí mientras regresa a la cocina — en el tiempo en que él no ha estado. Pero le resulta difícil convencerse. Aprendió a golpes cuál era su lugar en ese matrimonio y asumió que ese, y no otro, era su destino. Pero luego llegó la libertad y disfrutó de un tiempo que no creía suyo, de una vida que no creía merecer. Ahora, que todas las pesadillas del pasado han regresado, se resiste a formar parte de ellas.

Ve, por un momento, su rostro reflejado en la puerta del horno. Observa las heridas recientes, en especial el corte en su ceja. Se lo toca y, al hacerlo, comprueba que todavía sangra. Va al aseo y se mira en el espejo. Aquello no tiene muy buena pinta. A pesar de la negativa, concluye que debe salir.

—Voy a la tienda.

—Más te vale que no tardes —la expresión de su cara deja muy a las claras que no está dispuesto a que lo engañe.

—Volveré enseguida.

Camina deprisa, evitando a la gente. No le apetece dar explicaciones; ni de su premura ni de la sangre en su ceja. De todos modos, nadie se las ha pedido antes y no tiene por qué ser ahora diferente. Llega hasta una casa de paredes rojas y llama a la puerta. Mientras espera a que le abran, lee mentalmente el cartel que hay en la pared. Dr. Peláez. Medicina general, reza el mismo.

—¡Carmen! —el médico parece sorprendido —, pasa.

—Me di un golpe el otro día —explica la mujer sin convicción cuando ya se encuentra dentro —, y la herida no se cierra.

—Es profunda; necesitará puntos.

El doctor toma su instrumental y se dispone a curar la brecha. Lo hace con paciencia, incluso con cariño. Carmen lo observa por un momento y ve la concentración en su mirada. Se fija en sus ojos grises, en su nariz alargada pero estéticamente agradable, en su mentón sobresaliente, en el espesor de sus cejas. Por separado, cada una de sus facciones carece de atractivo; en conjunto, lo hacen un hombre bello.

—Esto ya está.

—Gracias.

—¿Cómo dices que te lo has hecho?

—Luis, por favor...

—Sé que te lo prometí, pero no puedo soportarlo. Entiende que me resulte difícil aceptar cómo te trata y no hacer nada.

—Eres un encanto —dice mientras le acaricia la mejilla dulcemente —, pero debo irme, le he dicho que no tardaría.

El médico se traga la hiel y siente cómo le quema por dentro. Impotencia es la palabra que pasa por su mente. Impotencia y rabia. Debería hacer algo, poner remedio a una situación que puede acabar en tragedia. Pero se lo prometió tiempo atrás y una promesa es una promesa.

—No creo que resista mucho más, ¿lo sabes? —sus ojos expresan la ira contenida —, algún día haré algo de lo que quizá me arrepienta.

La amenaza queda en el aire, flotando entre los dos, y luego se diluye. Lo sé, le dice ella. Deja que una lágrima asome, pero consigue retenerla. Baja la mirada y se despide en un susurro. Camina, y mientras lo hace, sabe que el médico continúa allí, plantado, mirando cómo se aleja. Es evidente que siente algo por ella, de la misma manera que ella siente algo por él. Sin embargo, también es consciente de que nunca habrá una posibilidad para los dos.

—¿Has visto ya al chico nuevo?

—No sé de quién me hablas.

—Llegó hace un par de días. Por lo que cuentan, pertenece a una familia rica que se va a instalar aquí.

—¿Y qué se les ha perdido en este rincón apartado de todo?

—Le oí decir a mi madre ayer que van a montar una fábrica de no sé qué. Han comprado la vieja mansión y parece ser que piensan construirla justo al lado.

Clara y Carmen juegan a las damas bajo la sombra de una higuera, en el patio trasero de la casa de la primera. Apenas han movido una ficha, ya que el juego no es más que una excusa para contarse chismes. La tarde se muestra apacible; el viento no ha aparecido en todo el día y, sobre el cielo, no se ha dejado caer ninguna nube.

—Es guapísimo —continúa Carmen.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? ¡El chico nuevo! Bueno, al menos es lo que se dice por ahí.

—Eso tendremos que comprobarlo por nosotras mismas.

—Pues como no vayamos a hacerle una visita...

—¡Tienes razón! ¡Vayamos!

—¿Ir? ¿Adónde?

—¡A la vieja mansión! ¡Seguro que lo vemos!

—¡No hablaba en serio!

—Pero yo sí.

—¿Estás loca? No debemos meternos en problemas. Ni tu madre ni la mía están muy contentas ahora mismo con nosotras, sobre todo después de lo de la tormenta.

—¡Eres una aburrida! ¡Vamos! Será divertido. Además, no tiene por qué enterarse nadie. Nos escapamos sin que mi madre se dé cuenta, vamos por la parte de atrás, hasta que lleguemos al bosque y, desde allí, es fácil deslizarnos hasta la mansión sin ser vistas.

—¿Por qué siempre lo ves todo tan fácil?

—¿Y por qué lo ves tú tan difícil?

Finalmente, Carmen accede; en parte porque le puede la arrebatadora personalidad de su amiga, en parte porque también ella siente curiosidad por saber cómo es el nuevo vecino del pueblo. Tal y como ha previsto Clara, el trayecto por el bosque les evita las miradas indiscretas y, en apenas diez minutos, están apostadas tras un árbol, a pocos metros de la verja de hierro que rodea el enorme y vetusto edificio.

Son muchas las leyendas que existen alrededor del viejo caserón que se yergue en medio del bosque; leyendas que, desde siempre, han atraído y repelido en igual medida a varias generaciones de jóvenes del pueblo. Probablemente ninguna de ellas sea cierta; probablemente lo sean todas. En cualquier caso, nadie recuerda ya la última vez que la mansión estuvo habitada y, esa circunstancia, viene a acrecentar el halo de misterio que la envuelve.

Los matices grisáceos que el paso del tiempo ha pintado en la fachada, conviven armoniosamente con otros más verdosos, fruto de la humedad reinante. Es, esa, una zona del bosque especialmente espesa, con recios árboles que se arremolinan en torno al edificio. Este hecho provoca que la luz del sol apenas consiga penetrar y dar abrigo a las viejas piedras con que está construido.

—Yo creo que mejor nos vamos —el carácter asustadizo de Carmen se termina imponiendo a su curiosidad.

—¿Pero qué dices? No hemos venido hasta aquí para nada.

—¿No te atreverás...?

Antes de que pueda terminar su frase, Clara ya ha recorrido los metros que la separan de la verja y se está encaramando a ella. Carmen trata de protestar, pero su amiga no atiende a razones y la insta a que la siga. Alarga su brazo y la ayuda a subir. Tras varias maniobras, consiguen llegar al otro lado. Se esconden detrás de unos matorrales y esperan. Nada. El silencio es absoluto, señal inequívoca de que nadie ha advertido su presencia.

Espera aquí, dice Clara y, agachándose lo máximo posible, se acerca hasta la ventana más próxima. Mira dentro y, cuando está segura, le hace un gesto a Carmen para que vaya hasta donde ella se encuentra. Caminan de puntillas, escrutando el interior de la casa a través de cada una de las ventanas. A pesar de los años en que ha estado cerrada, observa Carmen, el interior de la mansión todavía conserva su aire señorial y no está excesivamente deteriorada.

—¡Bingo! —exclama Clara exultante al distinguir al chico tras la última de las ventanas.

Las dos intrusas observan en silencio la escena que se les ofrece al otro lado del cristal. El muchacho toca el piano con gesto serio, incluso aburrido. No parece disfrutar. Ellas, en cambio, se quedan embelesadas, no tanto por el amortiguado sonido de la música que les llega, sino por el rostro agradable y extrañamente masculino del chico para su edad. En un momento dado, mira hacia la ventana y ellas se esconden. El corazón se les acelera. Sin embargo, la música continúa. Si las ha visto, no ha parecido importarles.

Se escabullen arrastrándose y saltan de nuevo la verja. Caminan en silencio, como si no quisieran hablar sobre lo que han visto, como si no quisieran confesar, la una a la otra, algún sentimiento oculto. Y en cierto modo, así es. Cuando dejan el bosque y entran en el pueblo, Carmen pronuncia las palabras que Clara se estaba temiendo.

—¿Sabes? Creo que he encontrado a mi príncipe azul.

—Su nombre es, o era, Carlos Palacios.

Alonso hace una pausa antes de continuar por si a Valero el nombre le dice algo. El gesto impasible del inspector le indica que no es así. Ambos se encuentran sentados en su despacho de la comisaría, el uno frente al otro. Valero mastica chicle de manera casi obsesiva. ¿Puedo fumar?, le ha preguntado antes de empezar. Ya sabe que no, ha sido la respuesta del sargento. Quizá por eso ha sacado el chicle. En cualquier caso, esa manera de masticar le pone nervioso, pero no le dice nada.

—¿Adicción al tabaco? —se aventura a preguntar—. Yo también la tuve. Dejé de fumar cuando lo de la ley y me ha costado...

—La única adicción que tengo es a las palabras justas —Valero se muestra cortante— y por desgracia cada día es más difícil encontrar a personas que hablen solo cuando sea necesario.

—Está bien —a Alonso parece fastidiarle la actitud del inspector, pero si es así, se traga sus ganas de decirle cuatro cosas a Valero—. Como le decía, el muerto responde al nombre de Carlos Palacios. Era una de las personas más importantes del pueblo, yo diría que incluso de toda la provincia. Llegó aquí de joven, cuando su padre decidió abrir una fábrica textil. Los Palacios provenían de una familia acomodada, pero el negocio les fue bien y en poco tiempo, habían acumulado una importante fortuna. Ya sabe, el dinero llama al dinero. También el pueblo se vio beneficiado con su llegada; la fábrica daba mucho trabajo; tanto que, en menos de una década, pasó de tener dos mil habitantes censados a quintuplicar esa cantidad.

Alonso vuelve a hacer una pausa, esta vez para dar un sorbo a la taza de café que descansa en su mesa. Valero también guarda silencio. Ambos se miran por un instante en el que el sargento trata de escrutar, quizá por deformación profesional, lo que se esconde en las profundidades del alma del



inspector. ¡Qué lejos está —se dice para sus adentros Valero— de conocer los inconfesables secretos que oculta mi pasado!

—La cuestión es que, fallecidos sus padres y siendo hijo único, Palacios heredó un negocio próspero y una notable cuenta bancaria. Sin embargo, y como suele ocurrir con quien nace en cuna rica, su fuerte no era el esfuerzo ni el trabajo, y en el momento en que tomó las riendas de la empresa, esta entró en una progresiva fase de decadencia. Comenzó a faltar el trabajo y el pueblo lo notó. Para complicar las cosas todavía más, Palacios se dio a la bebida.

—Pero eso no explica la animadversión de los vecinos hacia él.

—No, por supuesto. Sí lo hace, por el contrario, lo que pasó la noche en que la fábrica se incendió.

—¿La quemaron?

—Todos los indicios apuntaron, tal y como se comprobó después, a que fue el propio Palacios el responsable del incendio. Pero hubo algo más. Esa noche, y mientras la fábrica era pasto de las llamas, Palacios irrumpió en la comisaría fuera de sí. Parecía que estuviera loco y hablaba con frases inconexas. Además, era evidente que había bebido, lo que no nos sorprendió a ninguno; estábamos acostumbrados a sus salidas de tono. Cuando al fin conseguimos que se calmara un poco, nos confesó que había atropellado a alguien cuando volvía de la fábrica. Le preguntamos si lo había auxiliado, pero alegó que era de noche, no se veía nada y se había puesto nervioso. Cuando llegamos, efectivamente encontramos a una joven, Cristina, hija de una familia muy querida del pueblo, de las de toda la vida. No pudimos hacer nada por ella, estaba muerta.

—Cabe entonces la posibilidad de que se trate de una venganza...

—Es muy posible, sobre todo si tenemos en cuenta los acontecimientos posteriores...

—¿Qué pasó?

—La autopsia reveló marcas de violencia en el cuerpo de la víctima y su ropa estaba rasgada, como si se la hubieran roto. El forense concluyó que había sido violada. De inmediato, todas las sospechas recayeron sobre Palacios, en especial por la insistencia de la familia de Cristina en culparlo. Decían que se

había fijado en ella y que siempre andaba rondándola, que incluso en un par de ocasiones la había acosado. Como no había nada que perder, se investigó esa posibilidad. Se encontraron restos del cabello de la víctima en el coche de Palacios y también de su ropa. Así que, el señorito del pueblo acabó con sus huesos en la cárcel. La fiscalía lo acusó de violación y asesinato. Por desgracia, hizo uso de la fortuna familiar, que todavía es importante a pesar de su mala gestión, para contratar al mejor bufete de abogados del país. No consiguió evitar que lo acusaran de violación, pero sí de asesinato. Homicidio involuntario. Quince años de prisión. Por buen comportamiento, en diez años estaba libre. ¡Extraña justicia la que nos ampara!

—Me da la impresión de que usted tiene una visión diferente de lo ocurrido.

—¿Importa mucho lo que yo opine?

—A mí sí.

—Pues entonces, le contaré mi teoría. Palacios iba muy borracho aquella noche, eso pude comprobarlo por mí mismo. Sus movimientos eran torpes. Ignoro qué hacía Cristina en el coche de Palacios, pero supongo que, en algún momento, él trataría de sobrepasarse. Tras consumarse la violación, la chica consiguió escapar. Palacios debió dejarla ir, pero luego se arrepintió y la persiguió con el coche hasta finalmente atropellarla. Muerta no podría decir nada. Imagino que, en su estado de embriaguez, pensó que la autopsia se centraría en las heridas del atropello, pero se equivocó. Sin embargo, da lo mismo lo que yo crea, porque las dos únicas personas que estaban presentes aquella noche ya no podrán contarnos lo que ocurrió realmente.

—¿Y qué pasó con la fábrica?

—Los peritos demostraron que el incendio se había debido a una negligencia de Palacios. Se había quedado hasta tarde y, al parecer, antes de marcharse, dejó un cigarro cerca de unas muestras. Las telas se prendieron y las llamas no tuvieron mucha dificultad para propagarse por todo el edificio. Ese fue el final de la empresa que había levantado el padre; el hijo no necesitó más que una noche para acabar con ella. A partir de ese incidente, el pueblo cayó en desgracia. La gente que había llegado en busca de un trabajo se fue marchando y, al final, sólo se quedaron las familias de toda la vida. Palacios, el violador, el asesino, el que había acabado con la prosperidad del lugar, se

convirtió en el centro de todas las iras.

—Eso nos deja un amplio abanico de sospechosos.

—Tan amplio como que cualquier vecino puede serlo.

Es de noche y el pueblo entero se congrega en la plaza para celebrar la verbena de julio. Cientos de farolillos de colores se entrecruzan como telas de araña yendo y viniendo de un lado a otro. Una improvisada orquesta, formada por jóvenes del municipio que estudian música en la ciudad, ameniza la velada. A pesar de no estar para muchas celebraciones, los vecinos tratan de preservar las tradiciones y mantener algo de normalidad en sus vidas.

De súbito, la música se detiene y todos dirigen su mirada hacia la pareja que acaba de hacer su aparición. Él ofrece una mirada desafiante y una sonrisa altanera. Ella, de su brazo, mantiene la cabeza gacha, como si se avergonzara. El marido tira de la esposa con violencia, obligándola a caminar. Se detienen en el centro de la plaza.

—¿Ya se ha acabado la fiesta? – a Carlos Palacios parece divertirle la situación —, es un poco pronto, ¿no?

El alcalde asiente y los músicos vuelven a tocar. Todos los vecinos se han apartado y rodean, en la distancia, a la pareja. Carmen no quiere bailar, pero su marido la obliga. Siente los ojos de todos clavados en su espalda. Eso la incomoda todavía más. Palacios, por el contrario, parece encantado de ser el centro de atención.

Ebrio de euforia, va más allá y besa a su mujer. Ella trata de evitar sus labios, pero él insiste. Carmen sabe que es mejor no contrariarlo; menos en público, así que decide seguirle el juego. Siente náuseas, no solo por tener que besar a un hombre que detesta y cuyo aliento apesta a alcohol, sino también porque se sabe observada, analizada; conoce la lástima que inspira entre quienes fueron sus vecinos, incluso sus amigos en el pasado.

El beso se vuelve violento. Ella trata de apartarse, pero Carlos la agarra con fuerza y la atrae hacia sí. Finalmente, le da un mordisco que hace que su labio superior sangre. Carmen se traga el dolor, las lágrimas, la

impotencia. Soporta la humillación pública, lo cual es una experiencia nueva para ella. Hasta ese día, las vejaciones, las agresiones, se han producido de puertas para adentro. Pero este Carlos no es el mismo que ingresó en prisión diez años atrás. Ahora se muestra más insolente, más desafiante. Y quiere dejar claro ante sus vecinos que ella le pertenece.

—Creo que es suficiente —el doctor Peláez se adelanta decidido.

—Yo diré cuándo es suficiente —Carlos le dedica una mirada de desprecio al médico.

El doctor siente burbujear su rabia muy adentro. Está dispuesto a todo, pero, una vez más, la mirada suplicante de ella lo frena. Se da media vuelta y se marcha. Para él, la velada festiva se ha acabado. La mayoría de los vecinos lo imitan. La plaza queda prácticamente vacía. Solo un grupo de adolescentes, el alcalde y los músicos continúan en la plaza. Los primeros porque se ven al margen de lo que acaba de pasar, y probablemente así sea. El segundo porque se siente obligado dada su posición en el pueblo. En cuanto a los músicos, solo esperan una señal de este para recoger sus instrumentos y marcharse.

Pero hay alguien más. A cierta distancia, una mujer contempla la escena con el corazón en un puño. Apenas le separan unos metros de donde la pareja continúa con la grotesca danza, pero tiene la sensación de que está muy lejos de allí, que no solo el espacio, sino el tiempo se interpone entre la sombra gris que una vez fue su mejor amiga y ella. Nada queda ya de aquellos días salvo los recuerdos dolorosos y las pérdidas irreparables.

—¿Es él? —una muchacha de unos quince años se le acerca.

—Sí, lo es.

Sabiéndose cercana al llanto, Clara se gira. Mejor vámonos, dice la chica. Ella no dice nada, pero se dirige al coche. Toman el camino del bosque y se adentran en él, sumergiéndose en un laberinto de oscuridad y siluetas recortadas. Los faros del vehículo juegan a crear monstruos retorcidos y agonizantes en mitad de la noche. Pero la mujer no se asusta, sabe que no es más que el efecto óptico de la luz al tropezar con los árboles. El único monstruo real, piensa, es el que baila ahora mismo en la plaza.

Y en la plaza, Carmen y Carlos se han quedado solos. En cuanto los

adolescentes se marcharon, el alcalde decidió que era el momento de acabar con las falsas imposturas. De todos modos, no iba a hacer nada. Nunca lo había hecho antes y no iba a ser ahora una excepción. Sabe del peso del apellido Palacios y, a pesar de que todos lo odien, a pesar de ser el principal causante de la decadencia en que está sumido el pueblo, no será él quien arriesgue su posición y su carrera política por salvar a la dama. A fin de cuentas, está muy lejos de ser un caballero andante.

En cuanto el alcalde se marcha, los músicos hacen lo propio. En la plaza solitaria, únicamente los farolillos, que irradian una luz tenue y triste, acompañan el baile de Carmen y Carlos. La situación se torna grotesca por momentos; apenas sin luz, sin música y envueltos en una fría y descarnada soledad, la pareja continúa su danza macabra.

Carmen se encuentra algo más relajada una vez que han dejado de ser el centro de atención de todas las miradas. Mantiene la tensión habitual de saber que en cualquier momento las cosas pueden torcerse, que puede hacer o decir algo que contraríe a Carlos y decida descargar sobre ella su furia. Se deja llevar por un extraño sentimiento de melancolía e, inevitablemente, recuerda una escena parecida a la que está viviendo ahora, sólo que los tiempos eran otros y ellos también lo eran.

## 11

Las chicas esperan con impaciencia que llegue la noche. Como el año anterior. Como todos desde que tienen uso de razón. La verbena supone un acontecimiento único en un pueblo que no presume de salirse de lo corriente. Desde bien temprano, los vecinos ayudan a preparar la plaza para la verbena. De alguna población cercana se contrata una orquesta para que amenice la velada.

El vestido de los domingos espera desde la víspera, pulcramente planchado y colgado en una percha. Afuera se puede sentir la algarabía de los niños que, obstinadamente y sin descanso, se encaraman a la tarima que hará las veces de escenario; se descuelgan de nuevo y vuelven a subir en un bucle que se repetirá hasta que algún adulto los eche de allí.

Apenas ha comenzado la música cuando Clara llama a la puerta de Carmen. La chica está espectacular; su madre incluso le ha permitido que se ponga un poco de colorete en las mejillas. Y aunque a la luz de las farolas, sigue teniendo un aspecto enfermizo, ese hecho no contrarresta su belleza. Es el vestido, no obstante, lo que mejora un conjunto ya de por sí notable. Clara no recuerda haberlo visto nunca y sospecha que probablemente sea nuevo.

—Estás muy guapa —afirma con su natural sonrisa.

—Gracias, tú también.

—Lo dices por corresponderme.

—Lo digo porque es verdad.

—Vale, no pienso discutirte. ¿Qué? ¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Se cogen del brazo y se encaminan hacia la plaza. En ese mismo instante, suena un bolero y algunas parejas se aventuran ya a ocupar la improvisada pista de baile. Dispuestas a no desaprovechar ninguna de las

piezas, en cuanto llegan, se unen a los que bailan. Después del bolero llega un pasodoble, y tras él, un chotis. Las dos chicas no se separan en ningún momento, y cuando deciden sentarse a descansar, la plaza está abarrotada.

—¿Crees que vendrá? —pregunta Carmen.

—¿Quién?

—Carlos.

—¿Quién demonios es Carlos?

—El chico de la vieja mansión.

—Veo que ya sabes su nombre.

—Me lo dijo una vecina. ¿Qué opinas? ¿Vendrá?

—No tengo ni idea y, sinceramente, me importa muy poco.

—Pues el otro día parecías muy interesada; hasta nos colamos en su casa.

—Sentía curiosidad por comprobar si era tan guapo como decían. Una vez satisfecha la curiosidad, me importa muy poco quién sea y adónde vaya.

—¿Pero te parece guapo?

—Ni fu ni fa; de todos modos, los chicos son odiosos.

—No sé cómo puedes decir eso. Yo creo que es guapísimo.

—Pues yo, sin embargo, creo que estamos perdiendo el tiempo hablando cuando podríamos estar bailando.

Las dos chicas regresan a la pista. Pasados unos minutos, el ruido del motor de un coche hace que todos, incluidas ellas, se vuelvan. Del vehículo se apea un matrimonio con su hijo. El hombre lleva un traje blanco y un sombrero del mismo color. La mujer está enfundada en un vestido negro de raso ceñido al cuerpo. Incluso el muchacho va impecable con un pantalón de pinza y una camisa de lino. Se han preparado para la ocasión. Es su primera aparición pública desde que llegaron, y quieren dejar claro que, a partir de ese momento, ellos, los Palacios, serán el eje sobre el que girará todo en aquel lugar.

El alcalde y las demás personas notables del pueblo se apresuran en saludar a los recién llegados y en agasajarlos. Algunos vecinos se acercan



también y les ofrecen postres caseros que se han hecho para endulzar la velada. Ellos rechazan educadamente la invitación, pero se nota que disfrutan siendo el centro de atención. Sin embargo, el chico no parece tan contento. Carmen repara en ese detalle ya que, desde que ha bajado del coche, no ha dejado de observarle.

—¿Dónde estás? —Clara la saca de su ensimismamiento —; pareces hipnotizada.

—No es nada.

—No será nada, pero se te ha puesto cara de boba.

—Muchas gracias —dice Carmen visiblemente molesta.

—Solo digo que me da la sensación de que sobro.

—Y a mí de que estás celosa.

—¿Celosa yo? ¿A santo de qué piensas eso?

—Mejor lo dejamos.

—Sí, mejor.

Clara da media vuelta y se aleja antes de que diga algo de lo que pueda arrepentirse. Carmen, por el contrario, se dirige hacia una improvisada barra en la que le sirven un refresco. Se sienta en un banco y busca con la mirada a su amiga, pero no consigue localizarla. Suspira y se pierde en sus pensamientos, pero no tarda mucho en volver a la realidad.

—Hola, soy Carlos.

Carmen se queda petrificada. Delante de sus propias narices tiene al chico por el que lleva suspirando desde que lo vio tocando el piano. Sólo que ahora, al tenerlo a apenas unos centímetros de ella, puede analizarlo con más detenimiento. Desde esa perspectiva, le parece incluso más alto de lo que había imaginado. Le sonrío, y su sonrisa le parece la cosa más dulce que ha visto nunca.

—Hola —acierta a decir.

—Bueno —continúa Carlos tras unos segundos de silencio —, yo ya me he presentado; ¿me dices tu nombre?

—Carmen.

—¿Carmen? Me gusta —otra pausa—. ¿Quieres bailar?

—Claro.

Ambos se dirigen a la pista. Es medianoche. Los ancianos hace rato que se fueron a dormir y la orquesta ha aprovechado para interpretar temas más lentos. Carlos la toma de la cintura con delicadeza y la atrae hacia sí. Abrazados, se mueven lentamente. Carmen se siente flotar. Puede sentir cómo el corazón del chico late con fuerza y supone que también él notará lo acelerado que está el suyo.

Sin embargo, no todo el mundo encuentra la magia aquella noche. A cierta distancia, Clara contempla la escena con el corazón en un puño. Apenas le separan unos metros de donde la pareja continúa bailando, pero tiene la sensación de que está muy lejos de allí. Porque Clara sabe que, en ese preciso instante, una brecha comienza a abrirse entre ella y Carmen; porque sabe que ha empezado a perder a su amiga.

El inspector admira el ambiente que se respira en casa del sargento Alonso. Este lo ha invitado a comer y no ha podido negarse. Está harto de los menús de bar y, aunque el mesón Don Rodrigo parecía ofertar platos realmente apetitosos, sabe que no hay nada como la cocina casera. Así que, cuando Alonso se lo ha propuesto, ha rechazado la oferta, pero lo ha hecho con la boca pequeña, esperando que el sargento insistiera.

Ahora disfruta de una taza de café tras dar buena cuenta de un cordero al horno que estaba como los ángeles, tal y como le ha expresado con profunda franqueza a la esposa de Alonso, Matilde. El sargento tiene dos hijos pequeños quienes, tras sus lógicos recelos iniciales, se han relajado y se muestran tal como son, espontáneos e inquietos. Se hacen cosquillas, se pelean a ratos, juegan. Valero admira la sencillez que hay en las relaciones infantiles. Nada de rencores, nada oscuro que guardar para que te envenene el alma.

Y luego está el matrimonio. El inspector lleva un rato buscando una palabra adecuada a lo que le inspira. Por su mente ha pasado el término envidia, pero no cree que sea ese el sentimiento que le produce ver cómo interactúan, cómo se miran, la forma en que se hablan. Y no cree que sea envidia porque él no ha sentido nunca la necesidad de la compañía femenina. Como se suele decir, siempre estuvo casado con su trabajo, y cuando lo perdió, se hundió en un pozo de desesperanza y oscuridad del que todavía no está seguro de si ha conseguido salir.

—¿En qué piensa, inspector? —Alonso lo sorprende sumido en esos pensamientos.

—Me gusta su familia.

—Gracias. ¿Usted también tiene la suya?

—No, no. Digamos que mi manera de vivir no me ha permitido pararme a

formar una.

—Es una lástima, no sabe lo que se pierde.

—Ya. Permítame una pregunta.

—Adelante.

—¿Por qué invita a su casa a un desconocido que, además no lo ha tratado especialmente bien en toda la mañana?

—Presumo de juzgar bien a la gente y, sinceramente, creo que es usted una buena persona. Además, como he podido comprobar que su forma de ser la comparte con todo el mundo, no me lo he tomado como algo personal.

—*Touché* —Valero agradece la sinceridad sonriendo por primera vez desde que llegó.

—Me da la impresión de que se trata de un disfraz —Alonso decide lanzarse a la piscina —, de que en lo más profundo de su ser duerme algo que no quiere que salga al exterior.

—Creo que se está extralimitando...

—¡No me malinterprete! No es que quiera que me confiese sus secretos más ocultos; sólo le estoy dando mi opinión.

—Pues guárdela para usted —el inspector recupera su semblante serio —y céntrese en el caso. Supongo que la mujer de Palacios ya estará al corriente de lo sucedido.

—Sí, claro; yo mismo la avisé en cuanto se supo la identidad del fallecido.

—¿Vive cerca?

—Sí, en una casa al otro extremo del pueblo.

—Pues habrá que ir a hacerle una visita.

Alonso asiente con la cabeza y se despide de su esposa. Gracias por todo, dice Valero, y ella le corresponde con una sonrisa que hace despertar en él algún sentimiento cercano a la ternura, un sentimiento que ignoraba poseer. Después sale flanqueado por el sargento quien, a pesar de la actitud del inspector, mantiene su carácter amable y distendido. No se deja un solo vecino al que saludar y siempre es correspondido con la misma intensidad.

Esa cercanía sorprende a Valero.

—Aquí somos como una familia —Alonso parece leerle la mente al inspector —, nos protegemos los unos a los otros.

Valero no dice nada. Se limita a encender un cigarro. Aspira con ganas y suelta una bocanada que dibuja en el aire el confuso contorno de una figura. Se percata de que el sargento lo observa con una mirada de reprobación y, por primera vez en muchos años, se deja incomodar por esa mirada. Siente tentaciones de apagar el cigarro, pero en lugar de eso, le da una nueva pipada. Puede que otro día lo apague, incluso que deje el tabaco por enésima vez; pero hoy no, hoy no es ese día.

—No parece la casa de un hombre adinerado —el inspector se sorprende cuando Alonso le informa de que han llegado al domicilio de Carlos Palacios.

—Verá, el fallecido no era una persona al uso. Por decirlo sin rodeos, era un miserable y como tal vivía. Solo gastaba lo indispensable. De hecho, según cuentan, abandonó la casa familiar porque, al ser tan grande, requería muchos gastos de mantenimiento.

Llaman y, al momento, como si los estuviera esperando, una mujer de unos cincuenta años les abre la puerta. De inmediato, Valero repara en el hematoma que tiene en uno de sus pómulos. Ha visto muchos así como para obviar lo evidente, que se trata de la última caricia de su marido.

—Me golpeé contra el marco de la puerta —la mujer se justifica en un acto reflejo.

—Claro —Alonso no puede evitar un tono sarcástico.

—Señora... —el inspector va al grano.

—Hernando, Carmen Hernando.

—Bien, señora Hernando, lamento lo que le ha ocurrido a su marido.

—Gracias.

Valero hace una pausa para analizar la reacción de la mujer. Siempre lo hace. Sabe que el lenguaje corporal es más fiable que las palabras. Ella no parece especialmente afectada por su reciente viudez, pero tampoco percibe nada en su mirada o en su voz que le permitan concluir lo contrario. O es la

mejor actriz del mundo o todavía se encuentra conmocionada.

—Necesito hacerle unas preguntas; sé que no tendrá ánimo para ello, pero resulta primordial para la investigación.

—No se preocupe, lo entiendo. ¿Pasamos dentro?

Los dos policías aceptan la invitación. Valero escruta al detalle la casa para confirmar lo dicho por Alonso. El mobiliario, las cortinas, los objetos de decoración. Cada elemento de aquella casa es tosco, burdo, barato incluso. En efecto, Palacios era un miserable que había hecho de la suya, una vida miserable y, al parecer, había arrastrado a su mujer a ese pozo de miseria.

—¿Quieren tomar algo?

—Se lo agradecemos, pero tenemos mucho trabajo por delante —el inspector no está dispuesto a perder más tiempo del necesario.

—El caso es que yo me tomaría un café —Alonso, aun a riesgo de llevarle la contraria, no parece tener tanta prisa.

Valero intenta disimular su ira; ya tendrá tiempo de explicarle algunas cosas al sargento. Mientras la mujer vuelve, se dedica a mirar los escasos portarretratos que hay en el salón. En ellos, aparece Palacios solo, vestido de cazador, tal y como lo ha visto esta mañana; o con su mujer; nadie más, ningún niño, ningún antepasado sonriendo en una foto acartonada. El inspector se centra en Carmen, la observa en una de las imágenes, veinte o veinticinco años más joven y concluye que era muy bella. Cuando esta regresa, no puede evitar hacer una comparación. Si una vez hubo belleza en ese rostro, piensa, hace tiempo que se marchó.

—¿Qué quieren saber? —pregunta Carmen tras acomodarse en una desvencijada butaca.

—Bueno, lo rutinario. Por ejemplo, ¿a qué hora salió a cazar su marido?

—A eso de las nueve. Salía a esa hora dos días por semana, martes y jueves.

—¿Y no se preocupó al ver que no volvía?

—La verdad es que no. Cuando salía a cazar, se llevaba comida para todo el día. No regresaba hasta la noche —Alonso asiente con la cabeza confirmando las palabras de la mujer.

—¿Dónde estaba usted cuando... bueno, cuando se produjo el incidente?

—En mi clase de gimnasia —Valero detecta ciertas reservas en la respuesta.

—¿Sabía de alguien que lo hubiera amenazado, al menos recientemente?

—Mentiría si dijera que era una persona apreciada por aquí, pero nadie lo había amenazado; no estando yo presente.

—¿Y no vio algo extraño? ¿Alguna persona merodeando?

—No.

—De acuerdo. Por el momento es todo. Espero que no haya reparo en que volvamos a visitarla.

—Pueden venir cuando quieran.

Los policías salen a la calle. El sol se encuentra a media altura y una ligera brisa levanta el polvo del parque vecino jugueteando con él. Valero enciende un nuevo cigarro y cierra los ojos, necesita centrar toda su atención en las reacciones de la mujer a sus preguntas. Es en vano, y el inspector no sabe si se debe a que su instinto policial está atrofiado o al aplomo mostrado por la viuda ante sus preguntas.

—¿Sabemos algo del arma de Palacios? —pregunta abriendo los ojos al fin.

—Nada de momento; mis hombres siguen buscándola.

—¿No tenían hijos? —Valero señala hacia la casa de la que acaban de salir —, no aparecían en las fotos.

—Así es. Según Palacios, su mujer no era fértil.

—¿Le pegaba por eso?

—Le pegaba por cualquier motivo.

—¿Y nunca lo denunció?

—Ni ella, ni ningún vecino. Cuando llegué al pueblo, me sorprendía ver cómo protegían a ese... animal, ignorando lo que ocurría ahí dentro —Valero observa que Alonso se tensa cuando habla de Palacios — la gente de aquí temía su poder, su influencia.

—He notado ciertas reticencias al decirme dónde se encontraba en el

momento del crimen.

—Eso es porque se escabullía a escondidas. Verá, Palacios no la dejaba salir apenas de casa. A comprar y poco más. Estando él en la cárcel, Carmen aprovechó para apuntarse a gimnasia de mantenimiento y le gustaba. Pero cuando él regresó, debió de prohibírselo, porque sólo asistía martes y jueves, casualmente los días en que Palacios se ausentaba para ir de caza.

—Lo que no entiendo es cómo, habiendo estado en prisión, Palacios todavía conservaba su licencia de armas para poder ir de caza.

—La misma pregunta me hice yo; pero, cuando llevas mucho tiempo en un lugar como este, llegas a la conclusión de que tiene un ritmo distinto al de la ciudad, nada funciona igual. Además, como ya le he dicho, la influencia de Palacios era considerable, incluso fuera del pueblo. Supongo que movería sus hilos una vez libre de la cárcel para recuperar su licencia.

—Ya, menuda pieza el tal Palacios. De todos modos, imagino que, una vez libre de él, las cosas serán diferentes para la viuda; sobre todo teniendo en cuenta la fortuna que va a heredar.

—Sí, sin duda la herencia es un buen móvil, pero no es la única que tenía motivos para acabar con él.

—Le escucho.

—*Grosso modo*, tenemos a Santiago Márquez, el padre de Cristina, la víctima de Palacios; y a Roberto Márquez, el hermano; sin descartar a Clara, la madre. También podríamos incluir en la lista a Luis Peláez, el médico del pueblo. Es vox pópuli que siempre ha estado enamorado de la viuda. Eso sin contar a todos los que perdieron el trabajo en la fábrica debido al incendio.

—¡Pare, pare! Vayamos por partes. ¿Con quién deberíamos empezar?

—Más que con quién, yo diría por dónde. Creo que lo mejor sería ir a la casa de los Márquez.



## 13

—¿Lo has visto?

—Sí, se ha presentado en la verbena como un elefante en una cacharrería; incluso se ha permitido el lujo de pavonearse delante de todos.

—¡Será cerdo! ¡No puedo...! ¡No podemos consentir que encima se ría de nosotros!

—¿Y qué podemos hacer?

—Sabes bien lo que haría yo.

Santiago Márquez coge un cuchillo de cocina y lo aferra con fuerza, con rabia; parece que quisiera exprimir el mango. Lleva barba de tres días y viste un chándal que le viene grande. Sus ojos mal disimulan las lágrimas de impotencia que amenazan con aflorar. Da vueltas sobre sí mismo, como un león enjaulado, llevándose las manos y, con ellas, el cuchillo, peligrosamente a la cabeza.

—Sé cómo te sientes; soy consciente de la rabia que te consume, del vacío que tienes en tu interior desde que ella no está, pero ese no es el modo.

—¿Y cuál es, Clara? Dímelo. Necesito que me digas qué debemos hacer, porque si antes era doloroso, ahora que ese hijo de puta está libre, me resulta insoportable.

—¿Crees que es fácil para mí? Yo sólo intento mantener la calma, no cometer un error del que podríamos arrepentirnos el resto de nuestras vidas.

—¿Qué vida? Esto no es vida.

—Acepto que no lo hagas por ti, Santiago, pero hazlo por mí, y por tu nieta. Lo último que necesita es perder también a su abuelo.

Ese último argumento parece disuadirlo, al menos por el momento. Sin embargo, Clara es consciente de que su marido es un dique a punto de

reventar y no está segura de si podrá contenerlo por mucho tiempo. La forma que tiene de mirar el cuchillo cuando lo deja sobre la mesa le confirma sus sospechas y hace que se estremezca.

Sale fuera y se sienta en los escalones del porche. Contempla la luna atrapada entre las ramas de los árboles y se le antoja que su brillo es triste, apagado. Irremediablemente le viene a la mente la desgraciada noche en que las luces de las sirenas la despertaron. Aquella luna era muy parecida a esta y la desazón que le devoraba el estómago entonces, también era semejante a la de ahora.

Recuerda, como si estuviera ocurriendo en ese mismo instante, cómo le flaquearon las piernas; cómo tuvo que apoyarse en el abeto en el que tantos años atrás, de niña, ella y Carmen rubricaran su amistad eterna; cómo sintió quebrarse su alma hasta desmoronarse hecha añicos. Le ha pasado algo a Cristina, había dicho el sargento Alonso. No necesitó que le dijera nada más; la expresión de su cara lo hizo por él.

De todos los dolores que puede sufrir el ser humano, sin duda alguna, el más intenso, el más amargo, el más devastador es enterrar a un hijo. Clara y su marido tuvieron que hacerlo una mañana gris de primavera en que la lluvia resbalaba mansamente por entre los cipreses y caía formando charcos de tristeza en el suelo.

Desde entonces, no pasa un solo día en que no recuerde aquella mañana, ni un solo momento en que no se deje atrapar por las ausencias que llenan su casa, su bosque, su vida en suma. Porque tras la muerte de Cristina, llegaría la marcha de Roberto, su hijo. Incapaz de respirar el aire envenenado que la tragedia había dejado en la casa, huyó a la ciudad en busca de otra vida. Incluso Santiago se dejó ir, se abandonó hasta perderse en su propio vacío interior, del que a duras penas consiguió regresar muchos meses después.

Clara, por el contrario, siempre fue una luchadora y no se rindió. Además, no tardó en encontrar un motivo para vivir: Ainhoa, la nieta que, con apenas cinco años, había quedado huérfana. Cristina jamás había desvelado el nombre del padre y tampoco Clara estaba dispuesta a buscarlo.

—¿No entras? —Ainhoa sale al porche; parece preocupada.

—Dentro de un momento, necesitaba aclarar las ideas.

La chica duda un momento, pero termina sentándose junto a su abuela y le pasa la mano por la espalda. Ambas se miran por un momento. Clara se sorprende todavía de lo rápido que ha pasado el tiempo, de lo mayor que está ya su nieta, de lo guapa que se ha hecho. La niña que tuvo que sacar adelante se ha convertido en una mujer casi en un suspiro.

—¿En qué piensas?

—Pues en el tiempo, en lo rápido que se ha ido, en lo mayor que estás; cosas por el estilo.

Ainhoa asiente. El silencio, que permanece suspendido sobre sus cabezas, vuelve a caer y las sume de nuevo en una bruma de pensamientos. Clara intenta mantener su mente ocupada, huir de los recuerdos que esta noche han regresado con cruel virulencia. Intenta buscar los momentos buenos, pero se le hace muy difícil.

—¡Ah, se me olvidaba! —Ainhoa rompe el silencio de repente —, ha llamado el tío Roberto.

—¿Y qué quería?

—Dice que vendrá el lunes.

—¡Menuda novedad! ¿No le habrás contado que Carlos Palacios ha vuelto al pueblo?

—Ya lo sabía.

—Entonces está claro el motivo de su visita.

—¿No creerás que...?

—Han pasado diez años, pero tu tío no es de los que olvidan. Entonces hizo un juramento y no sé hasta qué punto está dispuesto a cumplirlo.

—¿Viene a por Palacios?

—Sin duda. En cualquier caso, sea así o no, debemos estar preparados para evitarlo.

—Tampoco creo que sea tan malo que quiera hacer un poco de justicia.

—No se trata de lo que es justo, sino de lo que es prudente. Ya perdí una hija;

no voy a permitir que Palacios termine de destruir a esta familia.

Los ecos de la verbena quedan apagados por la distancia. Clara puede oír de cuando en cuando la música, pero el sonido le llega a intervalos dependiendo de hacia dónde sople la brisa nocturna. No esperaba que la tan ansiada velada festiva fuera a acabar así. Era consciente de que lo ocurrido era inevitable, pero no contaba con que sucediera tan pronto.

Encaramada a la tapia del cementerio, pierde su mirada en un inconcreto punto. Necesitaba estar sola y, cuando le surge esa necesidad, viene hasta el lugar en el que se encuentra ahora. Sabe que, solo entre los muertos, siente realmente la soledad. Carmen nunca lo ha entendido; a ella le horroriza el cementerio incluso de día.

—¿Y si se levanta algún muerto y te ataca? —le preguntó una vez.

—No son los muertos los que me dan miedo, sino los vivos —respondió Clara sin pestañear.

Un crujido a su izquierda le hace ponerse en tensión. El ruido de pisadas posterior le confirma que alguien se acerca. No cree que sea Carmen; es la única que puede sospechar su paradero; pero, por razones obvias, la cree incapaz de llegar hasta allí, y menos en noche cerrada. Lo más lógico es que sea alguien que ha tenido la misma idea que ella.

—¿Qué quieres ahora, Santiago?

El momento de relajación al ver una cara conocida se convierte de inmediato en fastidio por ser precisamente el chico que más odia del pueblo quien ha arruinado su momento de soledad.

—Pues para serte sincero, venía dispuesto a devolverte la caricia del otro día.

—Mira, no estoy de humor para tus tonterías; así que vete por donde has venido o me veré obligada a obsequiarte con algo más que una caricia.

—¡Tranquila! ¡Que vengo en son de paz! ¿No podríamos firmar una tregua?

—No sabía que estuviéramos en guerra.

—Tampoco es que nos tratemos cordialmente, especialmente tú.

—Porque eres desesperante.

Santiago se ríe por las últimas palabras de Clara. Recorre los pocos metros que lo separan de la tapia y le hace un gesto a la chica como pidiendo permiso para subir a hacerle compañía. Ella se encoge de hombros y él lo toma como un sí. Con extraordinaria agilidad, salta y se sienta cerca. Ambos permanecen en silencio.

—¿Te pasa algo? —el chico, posiblemente más incómodo con el silencio, rompe ese momento sin palabras.

—No, ¿por qué?

—No lo sé. Cuando te venía siguiendo...

—¡Que me has seguido!

—Ya te he dicho que quería cobrarme la deuda que teníamos contraída.

—¡Pero eso no te da derecho a seguirme!

—¡Vale! Me declaro culpable. Ahora, ¿podemos hablar sin alterarnos?

—De acuerdo, pero tienes un minuto. Después te marchas y me dejas tranquila.

—Me parece bien. ¿Piensas decirme qué te pasa?

—Ya te he dicho que no me pasa nada.

—Pero esa cara me dice todo lo contrario. Vamos, te vendrá bien desahogarte.

—Me parece... me parece que estoy perdiendo a Carmen —tras pensarlo un instante, y sin estar muy segura de lo que hace, Clara al fin se siente en la necesidad de confiarse al chico que detesta y que, sin embargo, esa noche le parece otro.

—¿Por qué piensas eso?

—¿La has visto en el baile? Sé que está perdidamente enamorada de ese tal Carlos y tengo miedo de que...

—De que te sustituya —Santiago acaba la frase que Clara no es capaz de pronunciar en voz alta.

—Sí.

—Pues, en ese caso, creo que deberías hablar con ella. Si es tu mejor amiga, y me consta que lo es, debes tener la confianza suficiente como para hablarle de tus temores. Ella lo entenderá; al menos, debería.

—Puede que tengas razón.

—Gracias —el chico se muestra encantado consigo mismo.

—Siento decirte que tu minuto ha acabado.

—De acuerdo —dice Santiago en un suspiro, y con la misma facilidad con que ha subido a la tapia, se baja.

Suerte, le dice antes de marcharse. Ella se lo agradece con una sonrisa que el chico acoge con especial entusiasmo. Clara se vuelve a quedar sola, aunque es consciente de que, en realidad, Santiago sólo ha fingido marcharse y seguramente se encuentra apostado tras un árbol o un matorral, vigilándola, cuidándola de alguna manera, velando por ella. Un extraño y reconfortante sentimiento de seguridad se apodera de la chica y se sorprende a sí misma abrazando ese sentimiento.

## 15

Cuando Valero y Alonso llegan a la casa de Clara, la mujer ya los espera junto al porche. Va vestida y retocada, como si supiera de su visita, lo cual sorprende al inspector ya que, supuestamente, nadie la ha avisado de la misma. Los dos policías se apean del vehículo y Alonso saluda efusivamente a Clara. Aquí somos como una familia, le había dicho el sargento; en el poco tiempo que lleva en el pueblo, ha podido comprobar ya la veracidad de esas palabras.

Valero echa un vistazo a la casa y se pregunta qué tipo de persona puede vivir en ella. Desde luego, no alguien que necesita de las relaciones personales. Apartado de todo y de todos, el rústico edificio de madera y piedra, se encuentra enclavado en el corazón del bosque, lejos de miradas indiscretas. Probablemente disponga de un transformador para la luz, pero el inspector duda de que cuente con más comodidades. Por un momento, el policía se imagina a sí mismo viviendo en esas condiciones, y la idea no le resulta del todo descabellada.

—Este es el inspector Valero —Alonso hace las presentaciones —, está aquí para hacerte unas preguntas.

—¿Unas preguntas? ¿Sobre qué?

La sorpresa de Clara suena a fingida y el inspector lo intuye de inmediato. Evidentemente, piensa el experimentado policía, ya sabe lo de Palacios, probablemente el pueblo entero lo sepa. La actitud de la Policía Local, inequívoca fuente del chivatazo vecinal, le parece muy poco profesional. Sin embargo, no se siente molesto, lo que es poco habitual en él. Puede que el aire sano de la naturaleza me esté afectando más de la cuenta, concluye para sí.

—Sobre la muerte de Carlos Palacios —Valero, a esas alturas, prefiere no andarse con disimulos.

—¿Y qué puedo saber yo de ese asunto?

—Teniendo en cuenta lo ocurrido hace diez años, entenderá usted que podamos establecer una relación directa entre aquello y lo ocurrido con el



fallecido.

—Por supuesto, pero no creo que pueda serle de mucha ayuda.

—Eso lo determinaré yo, si no le importa. ¿Me podría decir dónde estaba ayer hacia las nueve?

—Déjeme pensar... ¡sí! A esa hora me encontraba en el pueblo. Mi marido nos llevó a mi nieta y a mí porque queríamos comprar algunas cosas.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—¿Aparte del tendero?

—Le agradecería que no usara ese tono sarcástico conmigo; sólo sigo el protocolo establecido.

—Está bien, disculpe. Pues sí, estuvimos hablando con varios vecinos con los que nos cruzamos por la calle. También tomamos un café en el mesón y, en esos momentos, había bastante gente.

—De acuerdo, lo comprobaremos. ¿Y su marido?

—¿Qué pasa con él?

—¿Podemos verle?

—Está trabajando.

—Es forestal —interviene Alonso —lo que significa que puede estar en cualquier parte. Si quiere hablar con él, tendrá que esperar, porque si no me equivoco, aún tardará unas horas en volver.

—Así es —confirma Clara.

—Está bien —Valero se muestra contrariado —, aquí tiene mi número de teléfono. Dígale a su marido que me llame si recuerda haber visto alguna cosa extraña.

—Descuide; pero como ya le he dicho, a esa hora se encontraba con nosotras en el pueblo.

—Aun así, hágame el favor de decírselo.

—Lo haré.

Los policías regresan al coche. Valero baja la ventanilla y enciende un

cigarro. Ni siquiera se molesta en pedir permiso a Alonso o comprobar si le vuelve a reprobar con la mirada. Se limita a dar una intensa y prolongada calada mientras disfruta del paisaje que le ofrece el corazón del bosque. De cuando en cuando, el sol de la tarde consigue penetrar entre el tupido entresijo de ramas formando una extraña y relajante telaraña de luz.

—Lo cierto es que hemos avanzado poco —el sargento interrumpe el momento de serenidad en que se había zambullido Valero —, aunque hablemos con Santiago Márquez, nos va servir de bien poco. Si se confirma la coartada de Clara, también será válida para su marido.

—El tiempo nos lo dirá. ¿Qué sabemos del hijo?

—¿Roberto Márquez? Vive en la ciudad desde hace años. Me consta que no aguantaba el ambiente que se respiraba en su casa tras la muerte de la hermana. Sé que se casó y tuvo hijos. Algunos vecinos afirman que lo han visto estos días por aquí, lo cual resulta extraño, ya que rara vez viene al pueblo.

—Consígame su dirección; mañana iré a hacerle una visita. ¿A quién más tenemos?

—Al doctor. Como ya le dije, estaba enamorado de la viuda. De hecho, en un par de ocasiones tras el regreso de Palacios, tuvieron más que palabras. En una de ellas, incluso nos vimos obligados a intervenir.

—Pues ese es nuestro objetivo. Vayamos a verle.

El vehículo abandona el bosque cuando el sol comienza a jugar con los tejados de las casas. Las sombras anaranjadas alargan su agonía dejándose caer más allá de los edificios, arrastrándose como un moribundo que busca el oasis en medio del desierto antes de desfallecer. La escena que dibuja el pueblo a esas horas se le antoja al inspector a un tiempo pintoresca y reconfortante. Él, que siempre había presumido de ser un animal de ciudad, se encuentra ahora descubriendo los secretos de provincias. Y ese descubrimiento le agrada, lo devuelve a un tiempo de paz que hace mucho que escapó de su memoria.

Alonso aparca el coche frente a la puerta del médico. Mira a Valero con extrañeza y este se ruboriza, probablemente porque ha dejado expuesta su vulnerabilidad y el sargento lo ha descubierto. Sin embargo, aquel no dice

nada y el inspector se lo agradece. Todavía no es capaz de asumir ni controlar los recientes sentimientos.

—Hagamos una cosa —propone cuando consigue recuperar su fortaleza —: vaya usted a comprobar la coartada de Márquez y de su mujer. Yo visitaré al doctor.

—De acuerdo. ¿Cenará en mi casa?

—Preferiría no hacerlo. No me malinterprete. Han sido muy amables conmigo y su esposa cocina de maravilla, pero necesito aclarar algunos puntos de la investigación y pienso mejor a solas. Si no le importa, cenaré en el mesón y dormiré allí también. Por lo que he podido comprobar, tienen habitaciones.

—Así es. Si le parece bien, le reservaré una cuando vaya a preguntar.

—Se lo agradecería.

El sargento Alonso se despide afectuosamente y, aunque Valero lo intenta, no es capaz de corresponderle en igual medida. Sin embargo, ha de admitir que ese hombre le cae bien, muy probablemente porque es una buena persona y, en el mundo en que él se mueve habitualmente, esa especie no abunda.

—¿Puedo ayudarle? —una voz firme y grave lo sorprende a su espalda.

Al girarse, se encuentra con un hombre de unos cincuenta años. Corona su cabeza una tupida mata de pelo grisáceo que le cae prácticamente hasta las cejas. Su prominente barbilla delata un mal afeitado y las bolsas que adornan la parte inferior de sus ojos demuestran que no ha debido de dormir mucho últimamente. Se le nota tenso. La conciencia quizás, aventuran los pensamientos del policía.

—Soy el inspector Valero; me estoy encargando de la investigación del asesinato de Carlos Palacios. Imagino que usted será Luis Peláez.

—Así es —el doctor parece ahora más relajado, lo que sorprende a Valero, acostumbrado como está a generar el sentimiento contrario al desvelar su identidad —. ¿Quiere pasar? Hablaremos más tranquilos dentro.

—Me parece bien.

A diferencia de lo que ocurre en la de Palacios, la casa de Peláez destaca por el buen gusto de su dueño. Aquí, cada cosa está en su sitio. Los muebles resaltan por su exquisita y sobria elegancia. Por otro lado, cada rincón destaca por su pulcritud. A Valero le parece estar visitando un museo.

—Yo no he matado a Carlos Palacios —se anticipa Peláez cuando ya se encuentran acomodados —, pero no me habría importado hacerlo.

—Agradezco su sinceridad, pero yo no le he dicho que lo haya hecho, ni siquiera le he preguntado nada.

—Verá, inspector, no soy un hombre al que le gusten mucho los rodeos. Su presencia aquí se debe a que soy sospechoso dado que he tenido un par de enfrentamientos con la víctima...

—¿Y que está enamorado de su mujer?

—No se lo voy a negar; al fin y al cabo, era un secreto a voces. Mire, odiaba a Palacios, había hecho de la vida de Carmen un auténtico infierno. Incluso cuando estaba en la cárcel, ella no era capaz de librarse de su influencia. ¿De qué otro modo se entendería que siguiera viviendo de la misma manera miserable que cuando él estaba? ¿O que fuera a visitarlo a prisión a pesar de detestarlo? ¿O que no aprovechara su ausencia para escapar lejos?

—¿Se lo propuso usted?

—¡Por supuesto! Pero no aceptó. Decía que no podía hacerlo, que no estaba bien, pero yo sé que era por miedo; pensaba que, si huía, él terminaría encontrándola y la mataría. Ella es una buena persona. Su desgracia fue encontrar al hombre equivocado y enamorarse de él. Eso, y no tener los arrestos suficientes como para abandonarlo.

—Y todas esas circunstancias, ese odio que usted sentía por él, eran motivos más que suficientes para matarlo.

—Soy consciente de que si no hubieran acabado con su vida, podría haberlo hecho yo en cualquiera de los roces que hemos tenido. En más de una ocasión me vi tentado a marcharme del pueblo porque cuando estaba delante de él no pensaba con claridad, y eso me asustaba. Pero no puedo, esta es mi casa y, además, de la misma forma que Palacios ejerce... ejercía una poderosa influencia sobre Carmen, ella la ejerce sobre mí.

—Supongo que tendrá una coartada. Como usted comprenderá, sus palabras no demuestran nada.

—Llevo dos días acompañando al señor Sanz. El cáncer lo está matando, ¿sabe? En el hospital ya lo han desahuciado y yo trato, en la medida de lo posible, de aliviarle su dolor. Aquí somos como una familia y...

—Lo sé, lo sé, se ayudan los unos a los otros. Ya lo he oído antes.

—En cualquier caso, la mujer y los hijos del señor Sanz le podrán confirmar que estuve en su casa todo el tiempo.

—No se preocupe, iré a verlos. Le agradezco su colaboración.

La noche recibe a Valero cuando este abandona la casa del médico. Lo cierto es que el tiempo se le ha pasado rápido mientras conversaba con él. Sin duda, el doctor es una persona honesta, que va de cara, y eso le gusta a Valero. Después de muchos años en el oficio, es capaz de juzgar con bastante exactitud a las personas y no cree equivocarse con Peláez. No es aquí donde encontraré al asesino, murmura mientras toma el camino del mesón.

—No deberías haber venido; sabes que es un error.

—El único error que he cometido en mi vida fue no acabar con él antes de que lo apresaran. Todos nosotros habríamos vivido estos diez últimos años sin la pesada carga que nos atormenta.

—¿Y crees que cometiendo esta estupidez nos libraremos de ella?

—Pues no lo sé, mamá, pero al menos podré dormir mejor por las noches.

Clara y su hijo se mantienen la mirada a apenas metro y medio el uno del otro. Ella, con los brazos en jarras; él, casi de puntillas, se retan en mitad del porche de la casa familiar. En el momento en que oyó el motor del coche, la mujer salió afuera para enfrentarse a Roberto, quien parece afectado por una extraña fiebre.

—Soy consciente de que eres un adulto libre capaz de tomar sus propias decisiones, pero tú debes entender que haré todo lo que esté en mi mano para impedir que cometas esta locura.

—¿Y tú no tienes nada qué decir? —Santiago Márquez acaba de salir de la casa —, al fin y al cabo, era tu hija.

—Te puedo asegurar que esa rabia que te reconcome por dentro es la misma que tengo yo en el estómago, pero tu madre tiene razón: esta familia ya ha sufrido bastante.

—Ya veo que nada ha cambiado por aquí; sigues refugiándote bajo las faldas de mamá para esconder tu cobardía.

—¡No te consiento que me hables así!

—¿Y qué vas a hacer? ¿Pegarme?

—¡Quieto! —Clara se ve obligada a frenar a su marido cuando este se abalanza sobre Roberto —; mira, eres mi hijo y te quiero, pero no voy a

permitir que vengas a una casa que ya no sientes como tuya y pretendas ponerla patas arriba. Si nosotros hemos sido capaces de aceptar lo que pasó y tratar de vivir con ello, tú tendrás que hacer lo mismo.

—Pues conmigo no cuentas —Roberto se gira bruscamente y regresa a su vehículo.

—¡Roberto! ¡Por favor! —Clara trata de seguirle, pero su hijo ya ha arrancado el coche y se aleja dejando tras de sí una espesa polvareda.

—Confía en él —Santiago trata de tranquilizarla —, ya se ha desahogado con nosotros y ahora necesita espacio para reflexionar.

La mujer asiente con la cabeza dándole a entender que la ha convencido, pero en su fuero interno sabe que no es así, que su hijo es una persona de ideas fijas y quién sabe hasta qué punto es capaz de llegar tras haber albergado durante tanto tiempo ese rencor insatisfecho. El suyo no es un comportamiento visceral, sino una venganza horneada por el fuego de diez años de ira y odio hacia el hombre que violó y asesinó a su hermana a sangre fría.

Ella recuerda perfectamente el día en que juró que se vengaría de Carlos Palacios. Acababa de conocerse la sentencia, en la que el asesino y violador se libraba de una pena mayor gracias al dinero y al bufete de abogados contratado. Su mundo, el de su familia, se derrumbaba inexorablemente y él sólo sentía la impotencia de no saber cómo frenar ese derrumbe.

—¡Pagaré por esto! —dijo en el mismo lugar en el que acababa de discutir con sus padres —. ¡Ese cerdo pagará por lo que nos ha hecho a todos!

Y como entonces, rechazó todo argumento expuesto por la madre para escapar lejos. Tardó varios días en regresar y, para cuando lo hizo, Clara a duras penas consiguió reconocer a su hijo tras la mirada envenenada de aquel hombre. Me mudo a la ciudad, dijo con una convicción que hizo desistir a su madre de cualquier intento por disuadirle. Ni siquiera se despidió y, en los diez años transcurridos, sus visitas fueron ocasionales; en Navidad y poco más. De hecho, no los invitó a su boda y apenas conoce a sus nietos.

Clara regresa dentro dejando escapar un hondo suspiro. Encuentra a Santiago sentado en el sofá concentrado en mirar un televisor apagado. La

mujer se planta delante y, poniendo su cara a la altura de la de él, lo acaricia delicadamente. Busca en sus ojos al muchacho del que se enamoró tantos años atrás, aquel chico odioso que siempre le andaba a la zaga. Sé que estás ahí, se dice para sí; pero aquel muchacho está tan sumergido en el pozo de sus propias sombras que no puede oírla.

Besa sus labios, pero no obtiene respuesta. Se incorpora y enciende la tele. Emiten un documental sobre la ballena del Ártico. Santiago odia ese tipo de programas, pero tampoco en esta ocasión reacciona de manera alguna. Aun así, Clara decide no cambiar de canal. Se dirige a la cocina y se deja caer sobre una silla. Concluye que ese sería un buen momento para llorar, pero ya no quedan lágrimas. Su dolor es un dolor que prefiere ocultarse en su interior.



Clara se encarama, como tantas veces lo ha hecho antes, al árbol que hay junto a la ventana de Carmen. Sin embargo, se encuentra la persiana echada. La chica se deja llevar por el desconcierto. Es verano, hace calor y normalmente, su amiga deja, a esas horas de la tarde, la ventana abierta de par en par mientras se dedica a la lectura de uno de esas novelas románticas que tanto le gustan.

Desciende de un salto y duda sobre el siguiente paso a seguir. Lo lógico sería llamar a la puerta y preguntar por su amiga, pero no tiene ganas de enfrentarse a la mirada inquisitiva de la madre de Carmen. Camina sin rumbo fijo, con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos del pantalón. La sombra de la sospecha surge de súbito. Dirige sus pasos hacia el bosque, en busca de la vieja mansión.

Salta la valla, de la misma manera que lo hiciera días atrás acompañada de Carmen. No duda un momento, sabe con certeza a la ventana a la que debe acercarse. Con enorme sigilo, se arrastra y asoma la cabeza. La sospecha se transforma al instante en evidencia. Al otro lado del cristal, su amiga se afana en tocar las teclas del piano mientras Carlos la observa íntimamente cerca, más de lo que nunca se lo ha permitido a nadie que no fuera ella. Sus entrañas engendran, en ese momento, un sentimiento nuevo que crece con violencia hasta quemarle el estómago, incluso la garganta. Intenta mantener la serenidad mientras retrocede, pero a duras penas lo consigue. Ya en el exterior, echa a correr. No sabe adónde va, ni siquiera es consciente de sus actos. Necesita huir, alejarse lo máximo posible de la realidad, de esa realidad con la que acaba de estamparse.

—¡Clara! —la voz de Santiago suena en la distancia—. ¡Espera!

Pero la chica sigue corriendo sin mirar atrás, sin escuchar nada que no sea el sonido discordante de las teclas del piano retumbando en su cabeza. Solo cuando llega al árbol donde Carmen y ella grabaron sus iniciales, se

detiene. Unos instantes después, Santiago llega a su altura. Ella está de espaldas y el chico duda un momento. Luego la agarra del brazo y la vuelve hacia él.

—¿Estás bien?

—¡Déjame en paz!

—Vale, vale, ya me voy.

—¿Por qué siempre tienes que seguirme?

Santiago no tiene tiempo de balbucear excusa alguna. La chica lo agarra por la camisa y lo atrae hacia ella. El beso es ardiente, violento incluso y el chico se abandona ante un momento que parece estar esperando hace mucho. Intenta tomar la iniciativa en un par de ocasiones, pero finalmente se rinde al hecho de que es ella quien tiene el control de la situación, y no le importa.

De súbito, se aparta de él; lo hace con la misma brusquedad con que lo atrajo hacia sí. Clara parece sorprendida, más incluso de lo que probablemente esté Santiago. Retrocede unos pasos con los ojos muy abiertos. Luego echa a correr de nuevo dejando al muchacho paralizado, sin saber bien cómo reaccionar.

Clara dirige su desenfrenada carrera de vuelta al pueblo, pero cuando los primeros tejados se dejan ver en la distancia, decide variar el rumbo. En ese momento no es dueña de sus impulsos, no medita sus decisiones. Simplemente actúa. Y sus pasos la conducen de nuevo a la vieja mansión.

Su ánimo decrece una vez se encuentra frente a la valla que separa el bosque del vetusto edificio. Aquella pared de piedra y hierro se le antoja ahora un obstáculo insalvable. No sabe bien si ha crecido desde la última vez que la subió o, por el contrario, es ella la que ha empequeñecido. Se siente insignificante, desvalida, perdida en la inmensidad del océano de contradicciones que se debaten en su interior.

—Me encantaría acompañarte a casa —la voz suena cercana.

La chica se vuelve hacia la puerta de entrada a la mansión. El quejido de las bisagras mal engrasadas resulta revelador. Carmen sale acompañada de Carlos y, desde su posición, Clara puede comprobar que la mirada del uno se

derrite en la del otro. Trata de retroceder sin hacer ruido para buscar el abrigo del bosque, pero el crujido de una rama bajo el pie derecho delata su presencia.

—Te lo agradezco —Carmen le habla a Carlos tras dirigir una mirada de extrañeza a su amiga —, pero mejor me voy con Clara.

—Como quieras —se resigna el muchacho.

Sus ojos se cruzan un último instante antes de que él entre y ella vaya en busca de su amiga. En los escasos veinte metros que las separan, Clara rumia en su cabeza mil excusas para justificarse, pero finalmente se limita a encogerse de hombros. Tampoco Carmen parece dispuesta a pedirle explicaciones.

Caminan en silencio, como han hecho tantas veces en el pasado, pero a diferencia de las ocasiones anteriores, ahora el momento resulta incómodo para ambas. Hay muchos tipos de silencios. Unos no son más que una extensión de la palabra, una forma diferente de dialogar, de comunicarse a través de gestos; esos silencios, acercan a las personas, las estrechan íntimamente. Otros silencios, por el contrario, tejen barreras que, con el tiempo, se tornan infranqueables.

Resulta evidente que ahora es enorme la distancia que las separa; algo ha cambiado en su relación y las dos son conscientes de ello. Sin embargo, Clara no se resigna; se tiene por una luchadora y no está dispuesta a dejar que algo tan valioso como la amistad que les une se destruya sin más.

—No tengo claro lo que está pasando —comienza tras ensayar en su mente la mejor manera de romper el hielo —; solo que, sea lo que sea, me asusta.

—Entiendo tu miedo; de estar en tu lugar, supongo que también me sentiría igual —la convicción con que habla Carmen, lejos de producirle alivio, hunde a Clara todavía más en el pozo de sus temores.

—Pero pareces tan unida a ese chico...

—Lo que yo tenga con Carlos no tiene por qué estropear nuestra amistad.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto, eres mi amiga y siempre será así.

—No sabes lo mucho que me tranquilizan tus palabras —Clara trata de resultar convincente, pero no lo consigue.

Cuando llegan al pueblo, el sol se encuentra en lo más alto. Hace un calor seco que apenas deja respirar. La ropa se pega al cuerpo debido al sudor. Sin embargo, Clara está atrapada por una desasosegante sensación de frío. Se despiden con un intenso abrazo que huele a despedida. Sólo que la suya será una despedida que nunca llegará a producirse aunque siempre estará presente entre las dos.

Cuando Valero abandona el pueblo veinticuatro horas después de haber llegado, nota un vacío en su interior. Apenas es perceptible, pero el inspector sabe que está ahí. Ignora si es por el aire sano que se respira en aquel lugar, o por la calidez con la que ha sido recibido por Alonso y su familia; puede que simplemente sea su instinto policial de resolver el asesinato cuanto antes; en cualquier caso, siente la necesidad de regresar incluso antes de haberse marchado del todo.

La monotonía del viaje se acomoda en el interior del vehículo y le hace compañía de camino a la ciudad. Sus pensamientos van y vienen entremezclándose. Lo mismo repasa detalles del caso que se deja llevar por recuerdos superfluos; sin embargo, inevitablemente, su mente le devuelve, una y otra vez, la estampa del pueblo al atardecer; la languidez de las sombras amarillentas mientras el sol perdía sus últimos momentos del día tras las montañas.

Se sorprende a sí mismo sonriendo. No es más que una mueca ausente que le devuelve el espejo retrovisor, pero no puede negar que está allí, esbozada en su boca. Lo que más le desconcierta no es la sonrisa en sí, sino más bien el hecho de que es incapaz de recordar la última vez que sonrió sinceramente, más allá de los rictus sarcásticos que forman parte de su repertorio de recursos de que se vale a modo de intimidación.

Tras dos horas de viaje, la ciudad se abre paso en el horizonte. Valero hace un gesto de desagrado cuando observa la nube de contaminación permanentemente instalada sobre los edificios. Siempre ha estado ahí, como un elemento más del paisaje circundante, y, no obstante, tiene la sensación de que es ahora cuando la ve por primera vez.

Nunca se le antojó el paraíso, pero encontraba natural vivir en la ciudad, desenvolverse entre sus calles, respirar el mismo aire que ahora le asfixia. Nada es lo que era, muy posiblemente porque nunca llegó a ser más

que una ilusión, la triste y etérea ilusión de creer que vivía una vida.

Conforme se adentra en el tupido entresijo de edificios, más perdido se encuentra. Es la misma ciudad en la que lleva residiendo los últimos treinta años y, sin embargo, se siente un extraño; nada de lo que observa le resulta conocido. Incluso cuando pasa por su casa para ducharse y recoger algo de ropa, tiene la sensación de que jamás ha estado allí. Y en su interior sabe que probablemente sea así.

Porque el ser que ocupaba su cuerpo, que lo obligaba a abrir los ojos cada día, que lo encaminaba caprichosamente a un lugar u otro, no era más que un espectro, una prisión andante que mantenía encerrado al yo que, si alguna vez aspiró a ser, nunca consiguió materializarse.

Cuando llega a casa de Roberto Márquez, el cielo se ha ensombrecido y amenaza tormenta. Ese tiempo, concluye Valero, es más acorde con la ciudad. Un ambiente gris, vaporoso, casi incorpóreo, como un fantasma surgido de la nada.

—Soy el inspector Valero —el tono de voz, firme, rayando el despotismo, hace emerger al Valero de siempre —, de la brigada policial.

—¿Y en qué puedo ayudarle, inspector? —Márquez pronuncia las últimas sílabas de un modo casi irónico, dándole a entender al policía que no le intimida.

—Estoy investigando la muerte de Carlos Palacios.

—Ignoro qué tengo que ver yo con ese asunto —Valero advierte que su interlocutor ni siquiera se molesta en disimular el hecho de que ya conoce la noticia.

—Tenía sus motivos, aparte de que lo amenazó públicamente...

—Según tengo entendido, no fui el único que se la juró a Palacios.

—Cierto, y por eso estamos interrogando a todos los que pudieran tener interés en verlo muerto.

Estamos. La palabra resuena en la cabeza de Valero y le suena extraña. La estrella de la brigada criminal, el policía más condecorado y reconocido, el ser egocéntrico que siempre focalizaba la atención y se atribuía

todos los méritos una vez terminada la investigación, admite, por primera vez en muchos años, un nosotros. Inevitablemente, el rostro de Alonso emerge de entre los vericuetos de su memoria y, tras hacerse tangible por unos instantes, se difumina de nuevo.

—¿Dónde se encontraba usted el martes por la mañana? —el inspector trata de centrarse.

—En el banco. Trabajo de cajero en...

—Sin embargo —Valero interrumpe con brusquedad —hay testigos que lo vieron la tarde anterior en el pueblo

—Así es. Había ido a visitar a mis padres, pero por la noche ya estaba de regreso en la ciudad.

—Ya. Aunque según tengo entendido, sus visitas no eran frecuentes. ¿Por qué se decidió a visitarlos precisamente en esas fechas?

—Llevaba mucho tiempo sin ir por allí y los echaba de menos. ¿No puede un hijo ir a ver a sus padres sin que eso levante sospechas?

Valero siente cómo la sangre le hierve ante el tono burlón de Márquez, cómo le sube rápidamente a la cabeza, cómo su corazón se acelera y su respiración se agita. Conoce muy bien esa sensación; la única diferencia es que nunca antes trató de controlarla. Ahora, aunque lo intenta, a duras penas lo consigue. Con un gesto brusco, le clava el codo en la garganta y lo aprisiona entre su cuerpo y el marco de la puerta.

—Mira, imbécil, no tengo ni el tiempo ni las ganas suficientes para aguantar tonterías, y menos de un bufón como tú —con su cara pegada a la de Márquez, prácticamente le escupe las palabras —. Dime exactamente por qué fuiste a visitar a tus padres justo cuando apareció muerto Palacios.

—Lo admito. Fui... fui a por Palacios —el tono altanero ha desaparecido —, pero no tuve arrestos para matarle.

—Empezamos a entendernos —Valero afloja ligeramente, pero solo es una maniobra, porque un momento después vuelve sobre su presa —, aunque me cuesta creerte.

—Es la verdad, ¡se lo juro!

—Supongo que tendrás quien corrobore tus palabras.

—¡Sí! ¡Sí! Mis compañeros y mi jefe. Estuve en el banco toda la mañana.

—Pues tendré que hablar con ellos para que me confirmen tu coartada.

—¡Por supuesto! —Márquez está al borde del llanto —. Le puedo dar el número de teléfono para...

—¿Qué pasa, papá? —una niña de unos cinco años aparece de súbito en el pasillo.

Inconscientemente, Valero suelta a Márquez y retrocede unos pasos. No sabe por qué lo hace. Siempre, antes de aquel momento, se ha mostrado implacable cuando estaba en juego una investigación; nada suponía un obstáculo si existía la posibilidad de obtener información. Sin embargo, ahora, el gesto de incompreensión de la niña le ha hecho soltar a su presa.

—Nada, cariño —Márquez trata de resultar convincente pero le cuesta controlar el tartamudeo —; solo hablaba con este amigo mío. ¿Por qué no vuelves al salón a jugar un rato?

La niña se encoge de hombros y regresa sobre sus pasos. Los dos hombres permanecen en silencio, sosteniéndose la mirada, hasta que la puerta del salón se cierra.

—Creo que por hoy hemos tenido suficiente —es Valero el primero en intervenir —, pero aún no hemos terminado. Más te vale que en el banco confirmen tu coartada. Y te quiero localizable, así que no se te ocurra abandonar la ciudad.

—De acuerdo —a Márquez le cuesta articular palabra.

Valero sale a la calle cuando una fina lluvia se deja caer parsimoniosamente sobre la ciudad. Lo primero que hace nada más entrar en el coche es encender un cigarro y pegarle una honda y prolongada calada. Necesita serenar los sentidos y no encuentra mejor manera. Lo segundo, llamar a la brigada y solicitar una patrulla para que vigile a Márquez. Lo hace solo como medida preventiva. Ese imbécil no le cae bien, reflexiona, pero a pesar de todo, su instinto le dice que tampoco él es el asesino. Ha confesado no haber tenido los arrestos necesarios, y el policía está completamente de acuerdo.





La tarde está siendo calurosa. Las altas temperaturas hacen que el sopor contenido en el suelo escape como en un lamento. El pueblo duerme, calla, se asemeja un fantasma taciturno. El sonido de las chicharras se abre paso para convertirse en involuntaria música de fondo. Si hay vida en aquel lugar, se guarda mucho de parecerlo.

Bajo la sombra de una centenaria y descuidada higuera, descansa la única alma que se aventura a respirar el ardiente calor de la tarde. Carlos Palacios se cimbreo sobre la vetusta mecedora que comprara tantos años atrás. El quejido de la madera, repetitivo y monótono, se confunde entre el festival de chirridos de las chicharras.

El tiempo parece cosido a la nada, sumido en una agónica letanía que solo el paso de la tarde romperá como por ensalmo. Pero la cuestión es que las horas parecen detenidas, fundidas las saetas por obra y gracia de los cuarenta grados que marca el termómetro.

De pronto, el silencio se rompe ante la algarabía de un grupo de adolescentes que pasa, por el otro lado de la calle, posiblemente camino del lago. Al menos es lo que deduce de su ropa y de las toallas al hombro. Palacios abandona el estado de semiinconsciencia en que estaba sumido y centra su atención en el paso de la chiquillería. También Carmen se asoma y, desde la ventana de la cocina, contempla la escena. Sólo que, desde su perspectiva, todo es diferente.

No necesita mucho para evocar una situación parecida perdida en el pasado. La memoria, como si de un espejo se tratase, nos muestra, a veces por paralelismos, otras a su caprichoso arbitrio, el reflejo de situaciones ya vividas. No importa lo lejos que queramos apartarnos de ese reflejo, lo profundo que pretendamos enterrar la imagen que nos devuelve. Más tarde o más pronto, regresa del lugar en que la creíamos olvidada.

Carmen es testigo ahora de lo mismo que hubo de presenciar diez años antes. Lo ve en los ojos de su marido, iluminados por el brillo enfermizo de la lascivia. Lo confirma en la expresión de su rostro; la musculatura tensa, el ceño fruncido, los labios entreabiertos, emitiendo un sonido apagado cercano al jadeo.

La reacción de Palacios le causa desasosiego, pero le hiela la sangre cuando comprueba que la acentúa al reparar en una muchacha que, rezagada del grupo, camina con gesto distraído. Al instante es consciente de que su marido la ha reconocido; es la viva imagen de su madre, Cristina Márquez. Y si lo ignora, no cree que tarde mucho en descubrirlo. En ese momento, Carmen sabe, sin ningún asomo de duda, que los fantasmas del pasado han vuelto.

De siempre, a Palacios le ha gustado mirar a otras mujeres. Su esposa es consciente y hace mucho que lo tiene asumido. Ya de novios tenía por costumbre hacerlo. Incluso su abierta y descarada actitud le ha supuesto, en más de una ocasión, meterse en aprietos. Tanto daba la edad; cuando le echaba el ojo a una mujer de su agrado, la desnudaba con la mirada; le dedicaba piropos, la mayoría de los casos groseros y fuera de lugar.

Pero con Cristina Márquez era distinto. Se convirtió en una obsesión para él. La seguía, la acosaba, se convirtió en su sombra. Sólo que, la suya, era una sombra siniestra, cruel, grotesca. Una sombra oscura que se fue alargando más y más con el paso del tiempo y el creciente deseo de hacer realidad sus depravados deseos sobre la chica.

Y no es que Cristina destacara especialmente sobre el resto. De hecho, muchas de las chicas del pueblo resultaban tanto o más atractivas que ella. Sin embargo, las motivaciones de Palacios eran más retorcidas que el puro instinto animal. Carmen sabía de la obsesión enfermiza que su marido tenía por Santiago Márquez, el odio visceral que le profesaba desde el día en que intervino para defenderla de su entonces novio. Entre ambos existía un sentimiento mutuo de enemistad que se remontaba a aquellos tiempos, un sentimiento recíproco que se había envilecido con los años y que terminaría teniendo como objetivo y víctima última a Cristina Márquez. Palacios quería poseerla a toda costa.

¿Qué hizo Carmen al respecto? Absolutamente nada. Consciente de la

fijación de su marido, sabedora de lo que podría llegar a ocurrir, se limitó a ser testigo mudo y pasivo de una desgracia anunciada. Para entonces era un ser anulado, falto de voluntad. Una sombra, al igual que su marido. Pero, a diferencia de él, la suya era de una tonalidad grisácea y apagada.

Ahora se le presenta de nuevo la misma situación, pero también la oportunidad de redimir sus errores pasados. Sabe que Ainhoa, la hija de Cristina, la nieta de Clara, se va a convertir en el nuevo objetivo de su marido. Debe actuar y lo tiene claro. Sin embargo, una nube se cruza por su mente cegando la claridad inicial. Solo es algo fugaz, pasajero, humano en definitiva. Puede que, después de todo, esté sacando conclusiones equivocadas, que se esté adelantando a los acontecimientos. ¿Quién sabe? Tal vez Carlos ha aprendido la lección; puede que la cárcel haya corregido su conducta.

Carmen trata de engañarse esgrimiendo esos argumentos, pero en su fuero interno sabe que, lo que le mueve a pensar de ese modo, es un sentimiento egoísta. Al fin y al cabo, lo suyo no es más que una sospecha y no supone delito alguno mantenerse al margen. Si no pasa nada, perfecto. Si pasa... si pasa, entonces Carlos acabará de nuevo en la cárcel y, al ser reincidente, es posible que se libre de él para siempre.

Trata de sacudirse esos pensamientos de la cabeza y, sin una idea establecida de lo que va a hacer, sale fuera. Para entonces, Palacios ya se ha puesto en pie y se encamina hacia la chica. Carmen acelera el paso con clara intención de alcanzar a su marido, de hacer que dirija por un instante su atención hacia ella. Cuando está a su altura, su mano temblorosa se aferra al brazo de él.

—¿Qué coño quieres tú? —la espeta mientras se libera violentamente de su mujer.

—Había pensado que podíamos dar un paseo; como... como cuando éramos novios.

—Cada día estás más tonta —la sonrisa de Palacios se queda en una mueca a medio camino entre la incredulidad y el fastidio —, entra en la casa antes de que te meta dos hostias en mitad de la calle.

Mientras Carmen, con las piernas temblorosas, regresa con enorme

dificultad, Palacios descubre que la muchacha se ha unido al resto de adolescentes y que, con ello, ha perdido la oportunidad. Movidado por un rencor que le nace en las entrañas, se gira violentamente y se dirige hacia su esposa. La agarra por el brazo, tal y como había hecho ella segundos antes, y la mete a trompicones dentro de la casa, cumpliendo la amenaza prometida.

Carmen se queda acurrucada en un rincón, en posición fetal. Siente cómo le arde el ojo derecho mientras saborea la sangre que le brota de la nariz. Se mece sobre sí misma mientras mantiene los brazos en alto, protegiéndose de unos golpes que ya ha dejado de recibir. Sabe que sólo ha prorrogado lo inevitable y que deberá hacer algo más que los fuegos pirotécnicos de esta tarde. Hoy ha ganado su conciencia, se dice para sus adentros; mañana, ya veremos.

Los peores temores de Clara se van cumpliendo con el paso de los días. Todo ocurre de manera sutil, casi imperceptible y, aunque las dos amigas intentan mantener intacto el espíritu de su relación, saben que, el suyo, aunque sincero, es un esfuerzo inútil. Y es, precisamente ahí, en ese esfuerzo baldío, donde radica la cuestión, porque nunca antes tuvieron que dedicar trabajo alguno para mantener los lazos que les unen; entonces, todo transcurría de manera natural, sin artificios.

Hay reproches cuando en el pasado no los hubo. Las miradas que, al cruzarse, se fundían en una sola, ahora se evitan al encontrarse. Si ayer existía la necesidad de buscarse, hoy la hay de evitarse. Donde hubo conexión y complicidad, ahora hay disonancia. Donde hubo dos vidas cruzadas, condenadas a entenderse, hoy sólo quedan un par de vidas paralelas que discurren cercanas, sí, pero que ya nunca llegarán a tocarse.

Y luego están los silencios; esos silencios que esconden las palabras que deberían pronunciarse y muestran, bien a través de las miradas, bien a través de los gestos, mensajes que delatan la pérdida de la fe; sentimientos que están siendo traicionados.

—¿Cómo va lo de Carmen?

Santiago advierte, quizá en la mirada distraída de Clara, dónde está su mente en esos mismos momentos. Los dos adolescentes permanecen tumbados sobre la hierba que alfombra las inmediaciones del lago. El lugar que durante mucho tiempo tuvo un significado especial para las dos amigas, es hoy testigo de los desahogos de Carmen y Santiago.

De una manera que ni ella misma entiende, la chica encuentra alivio a sus preocupaciones retozando sobre la hierba con Santiago; al menos, consigue aparcarlas por un rato. Cuando siente que su cabeza va a estallar o que le falta la respiración, lo busca y lo utiliza. Es así de simple y él parece

aceptarlo de buen grado. El momento no pasa de un revolcón y cuatro besos. Santiago no tiene el valor de llegar más allá; sabe de sobra cuál es el límite, de la misma forma que sabe cómo se las gasta ella.

Se deja llevar, permite que sea Clara la que domine la situación. No es que eso lo deje especialmente satisfecho, porque lo que él quiere y lo que ella le da distan mucho de ser la misma cosa. Santiago es consciente de que a ella la mueve únicamente el deseo, nada que tenga que ver con el amor. Pero acepta lo que hay, siempre es mejor que no tenerla.

—No es asunto tuyo —Clara le responde con la brusquedad a la que lo tiene acostumbrado.

—¡Vale! ¡Vale! Es solo que me preocupo por ti.

—No te confundas, Santiago. Lo que nosotros compartimos no va más allá de estos momentos. No eres mi confidente ni mi amigo.

—¿Y entonces qué somos?

—No creo que exista una palabra para definir lo que somos.

—Pues a mí se me ocurren unas cuantas, pero no creo que te guste ninguna.

—¿Ahora te vas a hacer el ofendido? Creo que te dejé muy claro desde el principio de qué iba esto.

—Ya, pero yo empiezo a cansarme de lo que sea esto, como lo llamas.

—Pues tú mismo...

El chico parece especialmente molesto cuando se levanta y se marcha a grandes zancadas. A Clara, por el contrario, parece divertirle la reacción de Santiago. Sonríe maliciosamente hasta que él desaparece en la espesura del bosque. Sin embargo, una vez se queda sola, las preocupaciones que habían revoloteado durante el revolcón y la posterior pelea, se posan de nuevo en su cabeza.

Inmersa en sus propios pensamientos, lejos está de intuir siquiera lo que va a ocurrir al otro lado del bosque. Cegado por la discusión y por su propia impotencia, Santiago lleva una trayectoria errática que lo conduce, casi inconscientemente, cerca de la mansión de los Palacios. Al darse cuenta, decide volver sobre sus pasos. Le repugna la gente que vive allá dentro; en

especial, el niño que se cree superior por haber nacido en cuna rica.

Apenas ha dado unos pasos en la dirección contraria, cuando se detiene de inmediato. Oye voces que se acercan y cree reconocerlas. Toma la decisión de ocultarse entre unos arbustos y esperar a que los dueños de esas voces pasen de largo. Unos segundos después, Carmen y Carlos Palacios asoman por un camino cercano, peligrosamente próximo de donde se esconde Santiago. Desde su posición, le da la sensación de que discuten.

Deciden detenerse, y lo hacen tan pegados a él, que con alargar el brazo podría tocarlos. Ahora puede escuchar con claridad lo que dicen. Palacios le recrimina a Carmen por haberse mostrado excesivamente simpática con un compañero de instituto. Ella le dice que exagera; que el chico y ella se conocen desde pequeños.

Lo que sucede a continuación pilla por sorpresa a Santiago. Palacios golpea con el puño cerrado el estómago de Carmen. La muchacha se ve obligada a apoyar la espalda en el tronco de un árbol para no caerse de bruces. Cuando su agresor va a descargar de nuevo su cólera sobre ella, Santiago decide intervenir. De un salto felino, salta sobre Palacios y detiene su golpe. Ambos forcejean unos instantes, pero finalmente, Santiago, más fuerte físicamente, consigue reducir a su adversario.

—¡Esto no quedará así! —la bravata de Carlos Palacios retumba en lo más profundo del bosque mientras huye con la humillación dibujada en la cara.

—¡Vuelve a por más cuando quieras! —exclama Santiago aceptando su reto.

En ese momento, el muchacho se ve invadido por un orgullo interior, una amalgama de sentimientos entre la euforia y el triunfo. Y no sólo por haber evitado la situación de abuso, sino también por el placer de haber humillado a Carlos Palacios.

—¿Te encuentras bien? —su actitud triunfante se torna en dulzura cuando se vuelve hacia Carmen.

—Creo que sí.

—¡Vamos! Te acompaño a casa.

Ambos caminan en silencio. El paso de Carmen es tambaleante y, Santiago, que observa de soslayo a la chica, le ofrece su brazo cuando la



siente desfallecer. Una vez en el pueblo, se detienen para despedirse. Santiago tiene la sensación de que ella quiere decir algo, pero no se atreve. Finalmente, le habla como en un susurro.

—Te agradecería que no le dijeras nada a nadie sobre lo que ha ocurrido.

—Pero... pero no puedes dejar que... —el chico intenta protestar.

—Por favor.

—Está bien —Santiago ve algo en el rostro de Carmen que no llega a comprender pero que le hace desistir —, tienes mi palabra.

Los dos adolescentes se separan, tomando caminos opuestos. El viento del norte arrecia y comienza a azotar sin piedad las ramas de los árboles. Santiago no puede evitar estremecerse; está convencido de que se trata de un presagio. Sabe que la tormenta, su tormenta, no tardará en desencadenarse.

Fuera, el ruido de la ciudad suena como un murmullo lejano y monótono que invita al tedio. Dentro, el silencio es sucio, polvoriento, como el propio local. El camarero barre, con desgana, los restos esparcidos por el suelo de la noche anterior. Una canción antigua, que parece evocar recuerdos confusos, se abre paso entre el polvo proveniente de alguna radio oculta en algún lugar.

Valero fija su mirada en el reflejo taciturno del camarero a través de la luna resquebrajada que hay colgada en la pared frente a él. Luego mira a derecha e izquierda, a un lado y otro de la barra, atestada a ambos lados de copas y vasos sucios y apilados sin orden ni concierto. Por último, centra su atención en el güisqui con hielo que, unos minutos antes, el camarero ha puesto ante sus narices.

El inspector mira el vaso detenidamente, como si quisiera encontrar en él algún misterio oculto, como si el líquido de tonos dorados le fuera a desvelar secretos diluidos entre sus células. Aún permanece por espacio de diez minutos observando su bebida. Después, deja un billete de diez euros junto al vaso intacto y sale del bar sin ni siquiera despedirse.

Tampoco el camarero reacciona de una manera especial. Valero lleva semanas cumpliendo con el mismo ritual y, a fuerza de repetirse, ha terminado por aceptarlo sin hacerse preguntas. Probablemente, en los años que lleva trabajando en ese tugurio, habrá visto tantas cosas que ya nada puede sorprenderle.

Una vez fuera, el sol cegador deslumbra a Valero y ha de acostumbrarse a la luz tras haber estado envuelto entre penumbras el último cuarto de hora. Una vez sus ojos se hacen a la claridad del mediodía, busca su coche. Sólo tiene un recuerdo vago de dónde lo aparcó la noche anterior. En el momento en que da con él, suena su teléfono móvil.

—¡La hemos encontrado!

Alonso no puede disimular su alegría. Sea lo que sea, concluye Valero, debe tratarse de algo importante. Puede intuirlo en su tono de voz, nervioso e impaciente. Las palabras han salido de su boca desencadenándose en catarata nada más contestar a su llamada. De hecho, casi le gritaba, más que hablarle, y el inspector se ha visto obligado a retirar el móvil de su oreja.

Sin embargo, Valero no se muestra especialmente dispuesto a compartir el optimismo de Alonso. Además, si por algo se ha distinguido a lo largo de su carrera policial es por su cautela, por no dejarse llevar por una euforia desmedida y prematura. Quizá por eso se mantiene impasible ante el tono animoso de Alonso. Impasible y tímidamente expectante a lo que el sargento le pueda decir a continuación.

—Me refiero al arma de Palacios —aclara Alonso mucho más sereno ante la falta de énfasis que detecta en Valero —; ha aparecido entre unos matorrales junto a su mochila. Estaba algo más arriba de donde nosotros buscamos.

—¿Y bien?

—La he enviado para que la analicen esta misma mañana, pero ya le adelanto que tenía huellas. Falta determinar si eran las de Palacios o hay de alguien más. Estoy a la espera de resultados. En cualquier caso, son buenas noticias, ¿no?

—Cuando tengamos los resultados opinaré sobre si son buenas o no. Mientras tanto, continuaremos con la investigación. ¿Nos queda alguien en la lista de sospechosos?

—De los que tenían una razón poderosa, no; ya les hemos preguntado a todos.

—Sin embargo, ninguno de ellos termina de cuadrarme como el asesino. Ayer comprobé la coartada de Roberto Márquez y, efectivamente, a la hora del asesinato se encontraba trabajando en el banco. ¿Está seguro de que no hay nadie más?

—Bueno, como ya le dije, no era muy querido entre los habitantes del pueblo.

—Pero no me parece que la animadversión sea una razón de peso. Se nos está escapando algo, o alguien.

—¿Qué quiere que haga?

—De momento, nada. Mañana regresaré al pueblo y, con suerte, ya tendremos los resultados de balística. ¿Quién sabe? Puede que arrojen algo de luz a la investigación. Mientras tanto, yo visitaré al forense, a ver qué me cuenta.

—De acuerdo. Hasta mañana entonces.

Valero cuelga y conduce en dirección al Anatómico Forense. El edificio se encuentra situado en la periferia de la ciudad, junto a una zona residencial y un polígono industrial. El policía conoce bien aquel lugar; lo ha visitado infinidad de veces en el pasado. Se trata de un laberinto de pasillos mal iluminados por luces asépticas. Un olor inconfundible penetra por los orificios nasales y luego llega hasta el cerebro para instalarse allí para siempre. Nunca se olvida ese olor una vez se ha aspirado.

El inspector hace un gesto de repulsión cuando penetra en las profundidades de ese edificio de largos pasillos que lleva, ineludiblemente, a la muerte. Porque muerte es lo único que le espera cuando abandona esos pasillos y pasa a cualquiera de las salas del instituto. Muerte fría, así la llaman; cuerpos humanos anónimos, sometidos a bajas temperaturas para evitar que se pudran; cadáveres diseccionados, cercenados, abiertos en canal para ser cerrados de nuevo.

—¿Qué me tiene que contar? —el inspector no se anda con formulismos cuando entra en la sala 3, lugar en el que, según las indicaciones de un ordenanza, se encuentra el cuerpo de Palacios, y se topa con el forense. El hombrecillo parece disfrutar mientras aplica su instrumental sobre el torso del cadáver.

—¿Eh? Sí... —sorprendido ante la inesperada visita de Valero, necesita unos segundos para centrarse —, puedo determinar, sin ningún género de dudas, que la muerte la produjo la herida que se aprecia en la cara. Le reventó la arteria carótida izquierda y parte del bulbo raquídeo.

—¿Algo más? —Valero no parece especialmente impresionado por el diagnóstico.

—Sí, la herida se realizó con una escopeta de caza. ¿Ve las marcas en la piel, junto a la herida? Como puede ver, hay varios orificios de entrada, lo que nos

indica que le dispararon con un cartucho de perdigones. Además, la ausencia de pólvora en la zona y la trayectoria de entrada dejan muy claro que el disparo se realizó a cierta distancia, unos veinte o treinta metros, diría yo, y desde un plano superior.

—Hable en cristiano.

—Que el que le disparó, estaba situado más arriba que la víctima.

—Es decir, que suponiendo que el disparo se hubiera realizado con la propia arma de Palacios, lo cual es factible, eso explicaría que se haya encontrado más alto del lugar desde donde supuestamente cayó.

—Supongo... —el forense parece aburrido con las divagaciones de Valero.

El inspector fulmina al hombrecillo con una de sus miradas y después abandona la sala 3. Regresa sobre sus pasos y sale al exterior. Necesita respirar aire puro. Una vez en la calle, se sienta en un banco, cobijándose del sol gracias a la sombra de un árbol. En su cabeza, rumia el deseo de que la escopeta delate al culpable. Sabe que en ella puede estar la clave de toda la investigación.

Hoy es el cumpleaños de Cristina. De seguir viva, cumpliría treinta y cuatro años. Pero no los cumple, nunca llegará a cumplirlos porque la muerte, materializada en el cuerpo y la mente de Carlos Palacios, en su incontenible capacidad de transformarse en un monstruo despiadado y retorcido, se cruzó en su camino negándole cualquier futuro, privándola de más aniversarios.

No pasa un día sin que esos pensamientos desfilen por la mente de Clara. Veinticuatro años. Esa es la edad que tendrá su hija para siempre. En cuanto quiera darse cuenta, Ainhoa será mayor que su madre. Clara sabe que dejar que esos pensamientos rondan su cabeza no es sano ni útil, pero no puede evitarlo. Ahora forman parte de su ser, de la misma manera que la muerte de su hija forma parte de su vida.

Sin embargo, ese ejercicio de castigarse con el doloroso recuerdo de la pérdida de Cristina es especialmente lacerante hoy. En primer lugar porque es su cumpleaños. Pero también porque el hombre que la violó y acabó con su vida, esa alimaña sin alma, está suelto y de vuelta en el pueblo.

Cruza la tapia del cementerio con aire distraído. Es la misma tapia en la que tantas veces se encaramara en el pasado; la misma tapia en que aquella noche de verano, mientras su mundo comenzaba a desmoronarse, descubrió en Santiago alguien en quien podía confiar sus temores.

Piedra sobre piedra, la vieja tapia ha soportado orgullosa el paso del tiempo y el continuo azote al que se ha visto sometida por el viento y la lluvia. No así, la capa de yeso que la enlucé, caída en algunas zonas. Allá donde ya no existe, se perfilan extrañas formas; parece como si, a través de esas heridas, la tapia intentara desvelar sus más íntimos secretos.

Cuando enfila el pasillo en el que se ubica el nicho de Cristina, se encuentra con una figura femenina plantada frente al lugar en el que descansa su hija. Se trata de una figura conocida. Conocida, sí, pero sobre todo una

intrusa que no debería estar allí, que no debería siquiera acercarse a ella o a cualquier miembro de su familia, aunque sea su hija muerta.

—¿Qué haces aquí? —hasta ella misma se sorprende por lo descarnadas que salen las palabras de su boca.

—Lo siento, no era mi intención...

—¿Qué es lo que sientes? ¿Estar aquí? ¿Ser cómo eres? ¿Dejar que todo pasara sin mover un dedo? ¡Dime!

—Mejor me voy.

—Sí, creo que es lo mejor.

Los gritos alarman a las escasas personas que se encuentran a esa hora de la mañana dentro del cementerio. Tres mujeres más el sepulturero son testigos del enfrentamiento, pero no intervienen. Viven demasiado tiempo en el pueblo como para saber que no es asunto suyo; que lo que allí sucede solo les concierne a ellas dos.

Carmen aún hace amago de añadir algo más. Sin embargo, hace mucho que las confesiones acabaron entre ellas. Por ese motivo, calla y se aleja sin volver la vista atrás. Clara la observa fijamente mientras respira hondo, hasta que la ve desaparecer tras un módulo de nichos. Una vez se ha marchado, a sus entrañas regresa un vacío interior que creía cubierto; el vacío que le dejó la pérdida de su amistad; un hueco que los años y el amor de la familia fueron ocupando.

No obstante, sólo se trata de un momento, un breve acceso de melancolía quizás. De inmediato, regresa al motivo que la ha llevado hasta allí: Cristina. Limpia la lápida de mármol blanco con mimo, dedicando especial empeño en cada una de las letras metálicas que indican quién reposa allí. CRISTINA MÁRQUEZ. 1980 – 2004. SIEMPRE EN NUESTROS CORAZONES. Ese fue el epitafio elegido por Santiago y nadie se lo discutió en ese momento.

Recuerda la escena vivamente. La casa estaba envuelta en la bruma del desgarró y la ausencia. La fría burocracia de enterrar a un ser querido obliga a los familiares a olvidar por un rato su pena para dedicar el tiempo a cuestiones tan pueriles como el color del ataúd o lo que debe aparecer en las

coronas de flores. Era noche cerrada y el cuerpo de Cristina ya descansaba en el cementerio.

Los de la funeraria les habían preguntado sobre lo que debía aparecer en la lápida y allí estaban los tres, Roberto, Santiago y la propia Clara, dándole vueltas a la cabeza. O al menos eso creía ella. Cuando miró a su marido a la cara, pudo distinguir con claridad su ausencia. De hecho, reparó en ese mismo instante en que, probablemente, había estado ausente desde el momento en que les comunicaron la fatal noticia. Solo que ella, centrada toda la atención en evitar que su alma se desgarrara, en conseguir que sus pulmones siguieran respirando en lugar de ahogarse, en esforzarse por seguir caminando cuando lo único que le pedía el cuerpo era abandonarse, no había tenido tiempo en saber cómo se encontraba Santiago.

No recordaba haberlo oído hablar desde hacía horas, días quizás. No cuando habían tenido que pasar el trago desgarrador de reconocer el cadáver; no cuando habían ido al tanatorio; ni siquiera durante el entierro. Con toda seguridad, había decidido protegerse en una burbuja de silencio y ausencia por miedo a no soportar lo que le esperaba fuera de esa burbuja.

Por eso, cuando al fin decidió despegar los labios para decir aquellas palabras —Siempre en nuestros corazones —nadie tuvo nada más que decir. Había seguridad en el tono de su voz. Aunque su rostro continuara esbozando una expresión ausente, la convicción con que había hablado tras tanto tiempo de silencio fue argumento suficiente como para darlo por bueno.

Termina de limpiar la lápida y deposita a continuación el ramo de flores que ha traído consigo. Luego besa la fotografía adherida al mármol y le dedica unos segundos. Cristina ríe, con una tímida sonrisa dibujada en sus labios. Parece relajada, y probablemente lo estuviera. Es la última instantánea que le tomaron, esa misma primavera, apenas unas semanas antes de que su vida se escapara.

Sí, en la imagen, sonrío con timidez. Ni siquiera una sombra de sospecha planea sobre su cabeza, ni un atisbo de imaginar que su tiempo se acaba, de que la muerte está a la vuelta de la esquina, oculta, dispuesta para echarse sobre ella y atraparla para siempre. Puede que incluso, mientras se presta a que la cámara la inmortalice, esté haciendo planes para un futuro situado más allá del día de su muerte, unos planes que nunca llegarán a



consumarse.

Clara acaricia el rostro plastificado de su hija y regresa sobre sus pasos. Nada más salir del cementerio, se encuentra con Santiago. Parece estar esperándola. Apoya la espalda sobre la tapia y la mujer no puede evitar transportarse muchos años atrás, ver en aquel ser triste e introvertido el muchacho insolente que supo ganarse su corazón, que le tendió la mano cuando Carmen le daba la espalda.

—¿Por qué no entras?

—Porque ahí no está mi hija, solo su cuerpo.

—Aun así. No has visitado su tumba en todo este tiempo.

—Deja que yo honre su memoria a mi manera.

—De acuerdo, de acuerdo... —Clara prefiere no insistir—. ¿Vienes a casa?

—Sí, te acompaño y luego me voy al trabajo.

Aún es temprano y no hace excesivo calor, por lo que el paseo resulta agradable. Ambos caminan en silencio. Santiago se muestra muy reservado desde la muerte de Cristina, pero incluso antes de la tragedia, recuerda Clara, ya les gustaba caminar el uno junto al otro, sin pronunciar palabra, dejando que fuera el sonido del viento entre las ramas, o el aleatorio trinar de algún pájaro, o el zumbido cercano de un abejorro quienes ocuparan el espacio destinado a las palabras y los envolviera en un universo de intimidad.

Este paseo se parece a aquellos; por ese motivo, Clara se deja llevar y, por un momento, se siente viajar a tiempos mejores. Pero sólo es un momento. Un crujido cercano la saca de su ensimismamiento. De entre los árboles, surge la figura de Carlos Palacios. Va vestido de cazador y lleva su escopeta colgada al cinto. No parece haberlos visto y la mujer lo agradece. Dadas las circunstancias, prefiere evitar un encontronazo de imprevisibles consecuencias entre él y su marido.

Incluso sujeta fuertemente del brazo a Santiago como medida preventiva. No es necesario. Absorto en sus pensamientos, no parece haber notado la presencia del odiado hombre. Clara aminora deliberadamente el paso para dejar que Palacios se pierda en la espesura del bosque. Algo más adelante, el camino se bifurca y sabe que el asesino de su hija se dirigirá

hacia la derecha si, como parece evidente, va de caza. Ellos, por el contrario, se escorarán hacia la izquierda, en busca de la cabaña. Clara respira aliviada al comprobar que todo sale como tenía previsto.

Ha pasado una semana desde el incidente con Carlos Palacios. Santiago sabe que, más tarde o más pronto, se tomará cumplida revancha. El muchacho es consciente de que Palacios se siente superior y no es capaz de admitir que alguien al que él ve poco menos que como basura, como una cucaracha a la que puede pisotear cuando y como quiera, se haya atrevido a plantarle cara e, incluso, a humillarlo delante de su novia.

Por otro lado, Santiago conoce el carácter rencoroso de Carlos. Ha sido testigo, en más de una ocasión, de cómo se las gasta el niño bien. También es muy consciente de que sus venganzas no lo son en igual medida a la afrenta, sino multiplicada por diez. Por todo eso, desde el primer momento se ha mantenido en guardia, pendiente de su espalda, de cada esquina, de cada rincón donde pueda esperarlo agazapado.

Sin embargo, con el paso de los días, ha ido bajando la guardia, volviéndose más confiado, convenciéndose a sí mismo con la vaga y falsa esperanza de que Palacios haya aprendido algo de su encuentro. Es tal su grado de relajación que no ve venir el primer puñetazo. Para cuando quiere comprender lo que pasa, se encuentra tirado sobre el polvo del camino, hecho un guiñapo, sangrando por la nariz, aturdido y mareado.

Sí, Carlos Palacios es rencoroso, calculador, altivo. Todo eso lo sabe Santiago. Pero hay un pequeño detalle que ha olvidado, un detalle nada baladí. El muchacho de la vieja mansión es también un cobarde –práctico, realista, diría el propio Palacios – y para llevar a buen término su venganza, se ha hecho acompañar de tres gorilas de un pueblo cercano a los que, a buen seguro, ha convencido con su dinero.

Así que, entre los cuatro, le propinan una brutal paliza que, de no ser por la intervención de un par de vecinos que venían por el camino, podía haber acabado en tragedia. Ayudado por sus oportunos intercesores, logra ponerse en pie con enormes dificultades. Le duelen las costillas, el ojo

izquierdo y sangra abundantemente por la nariz. Pero ese dolor no es comparable con la punzada que recibe en sus entrañas cuando su mirada se cruza con la de Palacios — el triunfo, el menosprecio dibujado en sus ojos. En ese momento sabe, los dos lo saben, que serán enemigos hasta la muerte.

La noticia de la paliza corre como la pólvora entre los habitantes del pueblo y no tarda en llegar a oídos de Clara. La muchacha ignora los motivos que han empujado a Palacios a actuar de aquel modo, pero es lo que menos le importa en ese momento. La necesidad de ver a Santiago se instala en sus piernas y la hace correr, casi levitar hasta su casa. Pero allí no está. Y si no está allí, sólo hay un lugar en el que lo puede encontrar.

Atraviesa el bosque a grandes zancadas. Mientras corre, unas irrefrenables ganas de llorar se apoderan de ella, aunque logra contener el llanto. Cuando llega a las inmediaciones del lago, con el corazón palpitándole a cien por hora, no tarda en encontrar a Santiago. Apoyado sobre el árbol, su estado es lamentable, está hecho una auténtica porquería. No obstante, lo que la hace estremecerse no es su aspecto, sino la expresión sombría de su cara.

Se acerca a él despacio y comienza a besarle allá donde cree distinguir una herida. Luego los dos se tumban y se funden en uno solo. Se besan apasionadamente. Los labios enfebrecidos. Las lenguas unidas, enlazadas, una en la otra. Sin embargo, esta vez la iniciativa es cosa de Santiago. Se tumba sobre ella y comienza a acariciarle el cuerpo. Ella se deja hacer hasta que él decide desabotonarle la blusa. Entonces le coge la mano. Su resistencia sirve de poco. Santiago tiene claro que ha pasado de dominado a dominador; tanto como Clara es consciente de que ahora es ella la sometida.

La desnuda casi con violencia y, cuando lo ha hecho, le besa apasionadamente los pechos. Sus labios descienden hasta el vientre; después a los muslos. El roce cálido y húmedo hace que Clara dé un respingo, para luego relajarse. Se deja ir, disfruta de una sensación completamente nueva para ella. Las maniobras del muchacho son torpes, aunque perfectamente compensadas por el amor que, hacia ella, ha ido creciendo en su interior con el paso de los años.

Luego, sube otra vez y la penetra. Al principio muy despacio porque no quiere hacerle daño. La violencia inicial ha dado paso a la ternura. Una ternura delicada e infinita, un cariño desmedido destinado a satisfacerla a ella

antes que a sí mismo. Incluso cuando las acometidas se hacen más intensas, Santiago lo hace dulcemente. La primera vez para ella. La primera vez para él. Te quiero, le susurra Clara al oído mientras él entra y sale de su cuerpo. Te quiero, le confiesa mientras siente cómo el orgasmo se apodera de ella.

Y una vez han terminado, se tumban boca arriba sobre la hierba. Clara nota cómo su abdomen sube y baja por la respiración agitada. Se siente distinta y no sólo por la intensa experiencia que acaba de vivir, sino también porque se ha dado cuenta de que está perdida e incondicionalmente enamorada de Santiago, aquel niño insoportable que le amargaba la vida a la salida del colegio, el muchacho metomentodo, el instrumento de sus desahogos juveniles. Y también se da cuenta de que jamás dejará de amarle.

Se visten y caminan despacio. Ese será el primero de los muchos paseos silenciosos que darán en su larga vida juntos. No se cogen de la mano. Simplemente caminan el uno al lado del otro, dedicándose alguna mirada cómplice. De cuando en cuando, el dedo meñique izquierdo del uno toca brevemente el derecho de la otra. Es un roce apenas perceptible, casi insignificante y, sin embargo, ese fugaz gesto simboliza para ambos una comunión inquebrantable que será capaz de superar, en un inconcreto futuro, todas las dificultades posibles.

Un repentino beso. Corto y espontáneo. Ese es el único contacto que se produce entre los dos antes de separarse a la entrada del pueblo. Nada más. Si acaso, una mirada furtiva de ella cuando el renqueante Santiago se aleja hacia la zona alta, lugar en donde se encuentra ubicada su casa.

Hace una radiante mañana de sábado. Al menos, así lo ve Clara. Y no tanto por el cielo despejado y la temperatura agradable con que ha amanecido el día, sino por la experiencia, intensa, sorprendente, que acaba de vivir. Quizá por eso le resulta tan difícil desdibujar la sonrisa que se ha instalado en sus labios y que la hace parecer tonta a los ojos de aquellos que se le cruzan por el camino. Pero no le importa. Nada importa en ese momento más allá de Santiago y el árbol del lago.

La mañana, no obstante, se torna gris en un instante. Al llegar a su casa, se encuentra con el rostro desencajado de Carmen. Ha llorado. Probablemente vuelva a hacerlo pronto. Un examen más detenido le descubre que tiene el vestido rasgado y salpicado de sangre. Hay miedo en su cara y en

su cuerpo, sometido a un constante temblor.

—¡Me lo prometiste! —la voz quebrada de Carmen hace un esfuerzo titánico por abrirse paso a través de la garganta.

—¿Cómo...? — Clara no alcanza a comprender.

—¡Me prometiste que siempre me protegerías! —a pesar de los sollozos, del inminente acceso de llanto, las palabras suenan nítidas y Clara evoca de inmediato la promesa hecha en la cueva dos años atrás.

—¿Pero qué ha pasado? —apenas hecha la pregunta, la sombra de la sospecha surge y se materializa en certeza cuando la lee en los ojos de su amiga.

—¡La culpa no es suya! —también Carmen interpreta al instante el gesto de reprobación en el rostro de Clara —, es tuya, por no estar a mi lado; y de ese novio tuyo por entrometerse. ¿Te crees que no os he visto besuqueándoos en el bosque?

Clara ignora de lo que habla, pero intuye que Carmen se refiere a Santiago. Su novio. La palabra, la idea en su conjunto le agrada. Pero, en cualquier caso, algo ha ocurrido, posiblemente entre él y Carlos, algo que ella desconoce. Aun así, lo que más le sorprende es cómo su amiga protege a Palacios.

—Te ha violado —es más una afirmación que una pregunta.

—Sólo me ha querido dar una lección. Él no pretendía hacerme daño, únicamente quería que entendiera...

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¿Te oyes a ti misma? Debemos decírselo a alguien, a tus padres, a la Policía...

—¡No se lo dirás a nadie! Tenías la oportunidad de estar allí, pero no estabas. Ya has hecho bastante.

Clara no tiene tiempo de replicar. Carmen le da la espalda y huye lo más deprisa que puede. Se siente tentada de seguirla, pero sabe que es inútil. Su amiga está cegada, vive de espaldas a la realidad. O lo que es peor, ha tejido una realidad acorde a ella y lo que le gustaría que fuese su relación con Palacios. Clara es consciente de que, si alguna vez hubo un punto de no

retorno en su amistad, acaba de ser traspasado.

Tal y como había anunciado, Valero regresa al pueblo la mañana siguiente. Los resultados de balística todavía no han llegado, lo que le produce contrariedad, sí, pero no más que si le hubiesen dicho en la cafetería, a la hora de desayunar, que no quedan cruasanes. Le molesta, claro, porque sin esos resultados, avanzar en el caso resulta tarea imposible, pero no demasiado.

Pasan tres días antes de que tenga noticias de la ciudad. Excesivo tiempo, cavila, pero entiende que esta no deja de ser una investigación menor comparada con todos los asuntos truculentos y de mayor peso mediático de la ciudad. El inspector lleva mucho tiempo en el cuerpo, el suficiente como para conocer las prioridades y es consciente de que el asesinato de un pseudocacique local no es una de ellas.

De todas formas, en otro tiempo eso no habría sido un obstáculo para el infalible Valero, para el brillante y condecorado policía. En cuanto hubiera transcurrido un periodo, a su juicio, suficiente para tener las pruebas analizadas, habría cogido el teléfono para exigir los resultados. O se habría presentado en el laboratorio y, armado de su aplomo habitual, de su impasible voluntad, de su bien ganado prestigio, habría agarrado por la pechera al primer funcionario que se hubiera puesto en su camino para obligarle a entregarle los informes en ese mismo instante.

Pero este Valero no es aquel. Su reputación se esfumó, volatilizada entre una nebulosa de fantasmas pasados, de sombras funestas que ahora guarda celosamente en su particular caja de Pandora. Los espectros que se le aparecen de cuando en cuando en la noche de sus días sólo le pertenecen a él y sólo él debe responder en su presencia. No, este Valero no es aquel. Y las circunstancias tampoco son las mismas.

Ha aprendido a disfrutar de la compañía de Alonso, se ha adaptado al pulso tranquilo con el que se mueve el pueblo. La atmósfera que se respira en aquel lugar parece transformarlo; puede que, en parte, porque él desee que lo



transforme. Ahora todo parece cuadrar, a diferencia de lo que ocurría en la ciudad, siempre con la sensación de vivir en un puzle donde unas piezas no encajaban; otras, sencillamente, jamás existieron.

Cuanto más tiempo permanece en el pueblo, más lejos se siente de la ciudad. Cuanto más tiempo juega a formar parte de aquel lugar, a ser uno más entre los escasos vecinos que lo habitan, más ajeno se siente al amasijo de hormigón y tráfico que durante muchos años fue lo más parecido a un hogar para él.

Siguen con la investigación, evidentemente, pero sin prisas. Sabe que se hallan en un callejón sin salida. Los principales sospechosos parecen tener coartadas sólidas y, a menos que se produzca una sorpresa o que los resultados del análisis del arma de Palacios arrojen datos esclarecedores, el caso comenzará a tomar un cariz oscuro.

Tampoco bajo esas desesperanzadoras circunstancias se siente especialmente afectado. Para ser una persona poco acostumbrada al fracaso, la posibilidad de que sus indagaciones no lo lleven a ninguna parte no es algo que lo incomode especialmente. Sabe que hay algo que se le escapa, pero también sabe que, ese algo, más tarde o más pronto saldrá a la luz; ya se encargará él de que sea así.

En ese tiempo de espera, el cuerpo de Palacios es devuelto al pueblo y enterrado en el cementerio municipal. Al funeral únicamente asiste la viuda, además de los dos policías. Este es uno de esos eventos sociales, reflexiona Valero, en que se refleja los cariños que hemos merecido en el pasado. En el momento de la muerte, rendimos cuenta de nuestra vida. Incluso para alguien como Palacios, resulta estremecedoramente triste el vacío, el silencio en los bancos de la iglesia.

A pesar de la transformación que empieza a obrarse en Valero, pasados tres días de su regreso, la impaciencia le puede más y decide llamar él a la ciudad para que, al menos, le adelanten algún dato que les permita continuar con el caso. El inspector prefiere una conversación privada y Alonso le cede gustosamente su despacho. Tenemos otras huellas en el arma además de las de la víctima —le informa algún técnico de balística— y hemos identificado a quién pertenecen.

A poco que se observe, y los tres policías presentes en la comisaría, incluido Alonso, observan con detenimiento la escena, se puede ver a través del cristal de la puerta cómo la cara de Valero se va transformando, cómo nace en sus ojos una ira creciente que no trae buenos augurios.

Sale del despacho, no obstante, aparentemente calmado, y con aparente calma se dirige a Alonso, ignorando por completo a los otros dos policías que, visiblemente tensos, esperan una orden, siquiera un gesto del sargento para abandonar la comisaría y eludir la más que evidente tormenta que se está a punto de desatar. Ignoran el motivo, solo les mueve el instinto de supervivencia y, en esos delicados momentos, su instinto de supervivencia les pide que salgan de allí cuanto antes. La orden, el gesto, por desgracia para ellos, no se produce.

—¿Cree usted en las casualidades, sargento? —Valero consigue con esfuerzo mantener la serenidad.

—No sabría decirle.

El inspector lee la duda en Alonso; sabedor de que el otro se mueve por terreno resbaladizo, asume que procurará buscar respuestas neutras, respuestas que, en cualquier caso, no lo comprometan demasiado.

—Yo no. El mundo no se mueve por azar, sólo es el resultado de nuestras acciones. Lo que ocurre, ocurre porque nosotros, consciente o inconscientemente, así lo hemos decidido. No, definitivamente no existen las casualidades. Por eso, cuando me acaban de informar de que, en el arma de Palacios, estaban impresas las huellas de Santiago Márquez, me he llevado una gran sorpresa, sin duda. Pero no tanto como cuando me he enterado de que, según su ficha policial, porque tiene ficha policial, fue arrestado hace diez años por agresión, escándalo público y resistencia a la autoridad. Es entonces cuando me he esforzado en pensar que, si no la casualidad, sólo un milagro puede haber logrado que usted desconociera lo del arresto de Márquez. El problema es que tampoco creo en los milagros, así que supongo que estará dispuesto a darme otra alternativa.

—No lo consideraré importante para la investigación.

—¡Me cago en Dios, Alonso! ¡Que no lo consideró importante para la investigación! ¿Uno de los principales sospechosos tiene antecedentes

violentos y usted no lo considera importante?

—Verá. Márquez estaba pasando una mala racha entonces. Hacía poco más de dos meses que había enterrado a su hija, bebía mucho y...

—Quizá haya confundido usted la profesión —la versión implacable y arisca de Valero estalla por fin —; quizá debería trabajar de psicólogo. Los policías no estamos para analizar las circunstancias, eso es trabajo de otros. Nosotros buscamos indicios y pruebas que nos lleven hasta el culpable y lo incriminen.

—No necesito una lección básica de investigación policial —desde que se conocen, es la primera vez que Valero vislumbra en Alonso un atisbo de enfado hacia sus comentarios.

—Por supuesto que no —el inspector se muestra más tranquilo —; mire, Alonso, es usted un buen policía, pero lleva demasiado tiempo en este lugar. Creo que, a veces, le cuesta separar el lado personal del profesional.

—Supongo que no le falta razón. Siento haberle ocultado lo del arresto.

—No importa, acepto sus disculpas. Ahora, debemos continuar con la investigación.

—¿Vamos a por Márquez?

—Por lo que a mí respecta, se ha convertido en el sospechoso número uno. El policía con el que he hablado me ha dicho que están esperando el informe de balística y que, cuando lo tengan todo, nos lo enviarán. Cuarenta y ocho horas como máximo, me ha asegurado. Eso quiere decir que, mientras tanto, todos nuestros esfuerzos se centrarán, de manera prioritaria, en Santiago Márquez.

Santiago Márquez acompaña a su mujer hasta la cabaña y luego vuelve precipitadamente sobre sus pasos. Ha fingido ante ella, se ha mostrado ausente, ajeno a la realidad circundante para que creyera que no había notado la presencia de Palacios. Pero sí lo ha visto. De hecho, lleva días dándole vueltas a una idea y, aunque no la tiene perfilada, aunque no está muy seguro de lo que va a hacer, le mueve la necesidad de actuar, de sentir que es algo más que un triste espectador de su propia vida.

Calcula que Palacios debe llevarle de ventaja un par de kilómetros. Eso supone que, si apresura el paso, puede darle alcance en una media hora. Es consciente de que, al ir de caza, su marcha será lenta, expectante, más pendiente de la potencial presa a cobrar que de la llegada de otro caminante.

En ese aspecto, debe tomar sus precauciones. Si se aproxima demasiado a él, o si hace el ruido suficiente como para llamar su atención, puede desbaratarse el plan, perder la oportunidad de sorprenderle. O, incluso, peor; recibir una bala al confundirlo Palacios con algún animal. Santiago recuerda la fábula del cazador cazado y concluye que no le gustaría convertirse en el protagonista de la misma.

Sus cálculos resultan precisos y, media hora después de iniciar la persecución, consigue distinguirlo algo más adelante. Palacios se ha detenido y parece dudar. Finalmente, y con evidente prisa, deja su mochila y la escopeta semiescondidas entre unos matorrales y se desvía del camino descendiendo a una zona más baja.

Palacios facilita las cosas, cavila Santiago Márquez mientras calcula el siguiente paso a dar. La idea inicial resultaba arriesgada, pero con su estúpida e incomprensible decisión de separarse del arma, todo será mucho más sencillo. Sí, los planes se han puesto de cara, pero la esencia sigue siendo la misma y se resume en una sola palabra: venganza.

Márquez ve algo de poético en el modo de producirse los acontecimientos recientes, como también en el hecho de que hoy, el mismo día que vio nacer a su hija, vaya a ser el que verá morir a Carlos Palacios. Porque es el cumpleaños de Cristina y qué mejor regalo para ella, qué mejor manera para recordar tan feliz efeméride que dando muerte al hombre que la violó y asesinó cruelmente.

—Quiero una escopeta, papá.

Las palabras de Cristina resuenan ahora en lo más profundo de su memoria. Se trata de su octavo cumpleaños. Santiago recuerda bien la escena. La niña plantada en mitad del salón, con su vestido de los domingos, ese que tanto odiaba ponerse. El gesto decidido, el ceño fruncido. Tan obstinada como su madre.

—Pero no una de esas de juguete; me refiero a una de las de verdad – aclara.

—¿Y para qué quieres tú una escopeta?

—Para ir a cazar contigo los domingos.

—Todavía eres muy pequeña para ir de caza.

—¡No soy tan pequeña! Tengo ya ocho años.

—Espera a cumplir nueve.

Un suspiro de rendición y luego el rostro que se relaja. ¿Me lo prometes?, pregunta ella. Por mi honor, contesta él poniéndose la mano en el pecho, a la altura del corazón, en un gesto entre teatral y burlón. Cristina responde con un efusivo abrazo que hace derretirse a su padre.

Santiago Márquez puede sentir ahora mismo la calidez de aquel abrazo, la fuerza imprimida por aquellos bracitos que lo rodeaban. Era el abrazo de la niña que no tardaría en convertirse en mujer, la misma niña a la que se privaría de la posibilidad de envejecer.

El odio, que respetuosamente se había retirado a un lado para no interferir en la evocación del recuerdo, regresa de nuevo y con mayor virulencia, cuando este se disipa. El tiempo apremia. Palacios puede volver en cualquier momento y arruinar el plan que tan de cara se ha puesto unos minutos antes.

Con el mayor sigilo posible, se desliza hasta una zona desde la que puede divisar sin problemas las maniobras de Palacios; lo puede distinguir claramente, algo más abajo. Se está ciñendo la correa del pantalón; eso le indica que su repentina reacción ha venido motivada por la necesidad de eliminar peso.

Coge el arma de Palacios y se esconde detrás de unos matorrales. Luego la levanta y apunta hacia Palacios. Con el punto de mira de la escopeta señalando la cabeza de su odiado enemigo, Santiago Márquez juega a ser Dios. En sus manos está la vida de un hombre, la decisión de si vive o muere. Esa circunstancia le hace sentirse poderoso. Es juez y verdugo y está convencido de que debe aplicar el castigo que la justicia no fue capaz de dictar.

Con el suave movimiento del dedo índice de su mano derecha, hace retroceder el gatillo bien engrasado apenas un milímetro; luego, otro. Es consciente de que, con imprimir un poco más de fuerza sobre la pieza metálica, el proyectil detonará en el interior del cañón e iniciará la trayectoria mortal.

Entre el disparo y el impacto no pasarán más que unas décimas de segundo. Las últimas décimas de segundo en la vida de Carlos Palacios. En ese breve lapso de tiempo, quizá ya no puede inspirar una vez más, su corazón tal vez no pueda emitir otro latido. Un milímetro más, otro. Y, entonces, el disparo, seco, casi lejano, y el cuerpo que se precipita por un talud desapareciendo de la vista.

La realidad de la que huye desde hace diez años recibe a Santiago Márquez con una tremenda, devastadora bofetada. Lleva mucho tiempo envuelto en sus propias tinieblas, soñando con ese momento y ahora que ya es un hecho, que ha visto cómo una parte de la cabeza de Palacios estallaba en pedazos, siente miedo. Un miedo gélido y desalentador que le obstruye los pulmones y le impide respirar.

No piensa con claridad. Sólo le mueve el deseo de alejarse lo antes posible de allí. Arroja el arma entre unos matorrales y corre deprisa, lo más deprisa que sus piernas y sus miedos le permiten. No mira atrás, no desea hacerlo ante el temor de que ese monstruo llamado realidad decida devorarlo.

Las campanas de la iglesia repiquetean compulsivamente anunciando boda. Los habitantes del pueblo, la mayoría de ellos, se visten para la ocasión. La plaza, las calles, cada rincón parece contagiarse de un espíritu de alegría que ni los más viejos del lugar recuerdan.

El pueblo ha crecido mucho en los últimos años. La empresa levantada por Manuel Palacios cuatro años atrás se ha convertido en una de las más importantes de la provincia y, desde lugares muy diversos, ha ido llegando gente en busca de un trabajo que allí está asegurado. Ese masivo movimiento migratorio ha ido en beneficio del pueblo y se ha visto dotado de servicios y comercios de los que antes carecía.

Manuel Palacios es un hombre de carácter autoritario, aunque justo. Hace trabajar muchas horas a sus empleados, pero, a cambio, les recompensa con un salario generoso. Sabe que tener contento al obrero es garantía de prosperidad. Por ello y, a pesar de que suele marcar las distancias con el «populacho», como despectivamente denomina a todo quien considera por debajo de su posición social y económica, es moderadamente querido por los habitantes del pueblo.

Hoy están todos invitados a la ceremonia en la que su hijo Carlos contraerá matrimonio con la primogénita de una de las familias de las de toda la vida. Nunca ha estado de acuerdo con esta boda. Considera que cuatro años de noviazgo es poco tiempo y que Carlos, con apenas veintidós, es aún joven para casarse. Pero por encima de esos argumentos, el motivo subyacente de su oposición es que la chica proviene de cuna humilde; por lo tanto y, según su propia filosofía, se encuentra muy por debajo de las expectativas de su hijo.

Sin embargo, Carlos se ha mantenido firme en su decisión desde el primer momento y, eso, admite Manuel Palacios, es digno de valorar. En eso, piensa, el chico es como yo. Así que, no ha tenido más remedio que respetar

sus deseos y darle su bendición.

Llegado el día de la boda, a la iglesia se permite entrar a todo el que quiere presenciar un acontecimiento único, jamás vivido en la población. Después, la fiesta continúa en el recién inaugurado Casino Avenida, una institución creada bajo el auspicio y patrocinio del propio Palacios, y al que sólo puede acceder según quien. A la ceremonia eclesiástica se había invitado a todo el mundo; era la manera del empresario de demostrar su poder al pueblo llano. Al banquete, por el contrario, sólo se admite a gente selecta.

Hay más de cien comensales invitados, aunque muy pocos de ellos son habitantes del pueblo. El alcalde, el cura y los miembros de las cuatro familias acomodadas. El resto del aforo se completa con lo más distinguido de la comarca y con los mejores clientes de la empresa de Palacios. De parte de la novia, solo asisten los padres, los abuelos y su única hermana.

Carmen se siente una extraña en su propia boda. Está sola. Su familia se diluye deslumbrada por la suntuosidad de la fiesta, desdibujada entre la multitud de rostros desconocidos. Carlos apenas le presta atención. Parece disfrutar más yendo y viniendo entre los invitados, en especial cuando se trata de alguna chica guapa, a la que dispensa los agasajos que debería recibir su esposa.

La novia es, en el día que más tendría que brillar, una sombra gris y apagada que deambula por la sala sin saber cuál es su lugar; invisible a todo y a todos, ignorada. En un momento dado, parece distinguir entre los curiosos que, desde la calle, observan a través de los cristales de las ventanas lo que ocurre en el interior, un rostro que le resulta familiar, pero que no consigue reconocer. Aunque los trazos son confusos, intuye que se trata, quizás, de un espectro que viene a anunciarle el futuro que le espera y, de ser así, la descorazona. Su mirada, triste y melancólica, se fija en ella e incluso le da la sensación de que quiera decirle algo. La visión, pues no es más que eso, se difumina en el aire confundándose con la nada que ahora a ella la envuelve y la anula.

Mientras todo eso ocurre, en la iglesia ya casi vacía es otra la pareja que se jura fidelidad y amor ante el altar. Los ecos de la pomposa y multitudinaria ceremonia que se ha celebrado apenas una hora antes, todavía se mantiene flotando en el ambiente, reflejados en las flores que comienzan a



marchitarse, en el arroz esparcido por doquier, en el silencio agradecido que llega tras el bullicio.

Clara y Santiago se miran tiernamente a los ojos. Ni siquiera escuchan las palabras del sacerdote que han tenido que buscar en el pueblo vecino, ya que el titular de la parroquia se halla, en ese instante, celebrando en el casino el matrimonio que ha oficiado antes. Responden cuando se les pregunta, para volver, de inmediato, al estado de trance en el que se hallan sumidos.

Ya no recuerdan si fue Clara o Santiago quien estaba dispuesto a llevar su indignación hasta las últimas consecuencias. Ellos habían puesto la fecha de la boda primero. Por eso, cuando se enteraron de que Carmen y Palacios se casarían el mismo domingo, supieron al instante que no había sido fruto de la casualidad, y que lo único que buscaban era arruinar su enlace.

Ignoran si fue idea de él o de ella, pero ya les da lo mismo. Lo esencial es que, en unos minutos, serán marido y mujer y que, en ese momento tan importante para los dos, están presentes las personas más allegadas, las que desean estar allí y ser testigos de su amor por encima de artificios y adornos.

Santiago Márquez mira a Clara y se pregunta dónde está ahora el espíritu aventurero de la chica. Probablemente ella también se haga la misma pregunta. Nada queda ya de aquello e, irónicamente, su futuro es el mismo que detestaba cuando Carmen le hablaba de él: casada y con un hijo en camino. Tiene una falta y sabe bien lo que eso puede significar.

Desconocen su futuro, aunque tienen claro que lo pasarán juntos. No son grandes los recursos con los que cuentan, pero les sobra voluntad. Con sus propias manos han construido una casa de dimensiones minimalistas junto al árbol del lago. Es para ellos un lugar especial, cómplice fiel y silencioso de sus escauceos juveniles.

La casa apenas dispone de una cocina, un dormitorio y un baño. Poca cosa, son conscientes. No hay agua ni luz, al menos de momento. Saben que, aunque tarde, las comodidades llegarán y tienen intención de ir ampliando poco a poco la vivienda. Al fin y al cabo, piensan, el amor no se construye sobre ladrillos, sino sobre hechos y palabras.

La noche se despereza ya en el cielo cuando Santiago Márquez llega a comisaría. Las luces del coche policial se reflejan sobre el semblante delatando su expresión ida. Azul, rojo, azul. Márquez no está allí y, si lo está, no es consciente de lo que pasa. Se deja llevar sin oponer resistencia, como si fuera una marioneta triste y deshilachada.

Algunos vecinos, movidos por la morbosa curiosidad de la mentalidad pueblerina, son testigos de la escena, pero ninguno parece disfrutar del espectáculo. Incluso, cuando se corre la voz de que es sospechoso de la muerte de Palacios, lo vitorean como el héroe que ha acabado con el asesino. Ojo por ojo, se escucha entre la muchedumbre que, con el paso de los minutos, aumenta de tamaño; se ha hecho justicia.

El inspector repasa el modo tan vertiginoso en que se han sucedido los acontecimientos. Apenas unas horas antes, él y los demás policías casi seesteaban en espera de los resultados de balística. Luego llegó la llamada telefónica, las huellas de Márquez en el arma de Palacios y sus antecedentes violentos.

—Con el debido respeto, inspector —le había dicho Alonso —, creo que nos estamos precipitando.

—Lo único que digo —le había replicado él —, es que deberíamos confirmar la coartada de Márquez preguntando a los vecinos.

—Pero ya le dijo su esposa que estaba con ella, que la había traído de compras al pueblo a la hora del asesinato. Además, a todo el que pregunté, me lo confirmó.

—Y probablemente sea de ese modo, pero no nos cuesta nada comprobarlo.

Efectivamente, en un primer momento, el dueño de la tienda, el panadero y otros vecinos afirmaban haber visto a Márquez en compañía de su familia. Pero si por algo se distingue Valero, es por su capacidad para leer en

los ojos de la gente. Un parpadeo, una mirada hacia otro lado mientras se afirma una cosa suele indicar que se piensa lo contrario. En cuanto les ha apretado las clavijas, mediante la advertencia de lo grave que es el perjurio, todos han reconocido haber visto a la esposa y a la nieta, pero no al sospechoso.

Sin coartada y con sus huellas dactilares impresas en el arma que, presumiblemente, sirvió para acabar con la vida de Carlos Palacios, estaba claro el siguiente paso a dar: interrogar a Santiago Márquez, retenerlo el tiempo necesario hasta que llegaran las pruebas de balística y confirmaran lo que, a simple vista, parece una evidencia: que fue Márquez el autor del disparo.

El sospechoso se niega a hablar y eso no lo ayuda precisamente. Valero ha dejado, a iniciativa de Alonso, que fuera él el que hiciera las preguntas a Márquez. Al fin y al cabo, se conocen desde hace años y son buenos vecinos. Puede que, en un ambiente de confianza, regresara del lugar en el que parece estar y aclarara algo sobre lo ocurrido, incluso que confesara el crimen.

No ha servido de nada, y es ahora Valero el que presiona a Márquez para que al menos reaccione. Aunque el inspector que cruza la puerta es el mismo policía implacable y sin piedad acostumbrado a técnicas radicales para arrancar una confesión, su actitud se transforma en cuanto se sienta frente al sospechoso. Y no tiene claro si esa transformación se debe a los cambios que está experimentando en los últimos días o al hecho de que el hombre que se sienta al otro lado de la mesa no es más que un ser abatido por las circunstancias.

—Señor Márquez, le ruego que no empeore su situación. Todas las evidencias están en su contra, pero sé que hay algo que lo atormenta y creo que debería soltarlo, tanto si es remordimiento como si es cualquier otra cosa.

Silencio. Un silencio sepulcral y una mirada extraviada. Eso es todo lo que ofrece Márquez por respuesta. Son las nueve de la mañana y llevan toda la noche en vela. Valero se siente cansado, frustrado, fastidiado. Tiene deseos de agarrar al sospechoso por la pechera y estamparlo contra la pared de enfrente, pero se contiene. En lugar de eso, se levanta violentamente y se decide a salir.

—Pasó algo —Márquez se decide por fin a hablar —, pero no alcanzo a comprender el qué.

Justo cuando Valero se da la vuelta para regresar a la mesa, entra Alonso y le dice algo al oído. Ha llegado el informe de balística, le susurra, y los dos salen. Los resultados no son los esperados por el inspector. La ausencia de pólvora y detritus en el interior del cañón — lee en voz alta — indican que el arma no había sido usada, extremo que se confirma por el hecho de que la escopeta estaba descargada.

—Eso no explica la presencia de las huellas de Márquez en el arma de Palacios —Valero se resiste a aceptar su fracaso.

—Puede, pero tampoco lo incrimina. Quizá la encontrara antes que nosotros y luego tuviera miedo y la dejara de nuevo.

—En ese caso, ¿por qué no se lo notificó a Usted, tal y como era su obligación?

—No lo sé. Ese hombre no se encuentra bien desde...

—¡Ya! ¡Ya! Desde lo de su hija.

—En cualquier caso, si no queremos tener problemas, deberíamos soltarlo.

Valero sabe que el sargento tiene razón. El arma de Márquez es un indicio, pero no una prueba firme de su culpabilidad. Cualquier paso en falso puede suponer, a juicio de los hipócritas puristas de turno, la violación de los derechos de un ciudadano. Ese es, en opinión del inspector, uno de los mayores obstáculos con los que se encuentra un policía en el proceso de una investigación: las trabas legales, los derechos humanos y zarandajas por el estilo. Valero se ha visto en más de un aprieto por culpa de esas piedras en el camino.

El inspector asiente resignado. Nunca pensó en cómo sería el sabor de la derrota, fundamentalmente porque siempre se creyó al margen de ella, un ser infalible. Ahora la asume con absoluta normalidad. Puede que Márquez sea el asesino, puede que no, pero en cualquier caso, va a necesitar algo más que unas huellas inexplicables en un arma que, aunque pertenezca a la víctima, no fue utilizada para matarlo.

No comprendo lo que pasó, insiste Santiago Márquez cuando pasa por

su lado camino de la calle, pero Valero, sumergido en sus pensamientos, apenas le presta atención. La jornada ha sido larga, excesivamente larga, y el inspector lo único que desea en ese momento es descansar, dejar que su mente entre en un profundo letargo que le permita aclarar las ideas.

—Yo no quería que pasara —llega la frase que lo cambia todo —, incluso le quité los cartuchos antes.

Alonso, que ya respiraba aliviado, ve cómo Márquez acaba de fulminar la posibilidad que tenía de salir de comisaría en ese mismo momento. Lo presiente al escuchar sus palabras y lo constata en la cara de Valero. En realidad, no ha dicho todavía gran cosa, pero puede que ya lo haya dicho todo.

—Llevo diez años soñando con el día en que pudiera enfrentarme a los ojos de Palacios —admite Márquez de vuelta al despacho de Alonso —, y en todo este tiempo he imaginado multitud de maneras distintas de hacerle lo mismo que él le hizo a mi pobre niña. Pero en mi fuero interno sabía que sólo era la necesidad, si no de luchar, al menos de maquillar el dolor, de esconderlo.

>> Sabía que nunca llegaría tan lejos. Quiero a mi mujer, ¿sabe?, tanto como quiero a mi hija, al recuerdo que me queda de ella. No sería capaz de dejar sola a Clara. No obstante, necesitaba algo, una forma de terapia que me aliviara siquiera un poco. Así que, decidí darle un susto, hacerle creer que verdaderamente iba a acabar con él y, de esa manera, que se sintiera como se sintió Cristina, que se viera desvalido, vulnerable.

>> Todo el mundo sabe en el pueblo que Palacios salía de caza invariablemente martes y jueves y, aquella mañana, no fue una excepción. Lo vi adentrarse en el bosque y tuve claro que esa era mi oportunidad. Tomé mi cuchillo de caza y salí tras él. Ahora veo que era una estupidez, pero entonces me pareció una buena idea. El plan era esperar a que parara a almorzar para sorprenderlo por la espalda. Incluso pensaba atarlo a un árbol. Para mi sorpresa, vi que dejaba la escopeta entre unos matorrales y descendía; por lo que pude comprobar más tarde, a hacer sus necesidades. ¡Era mi gran oportunidad!

>> Me acerqué despacio y cogí la escopeta. Como medida de precaución, retiré los cartuchos y me aseguré de que estaba descargada. Apunté y esperé a

que regresara. No puedo negar que me resultó placentera la sensación de mi dedo deslizándose el gatillo. En ese momento, sonó un disparo y Palacios se desplomó. Era incapaz de comprender lo que había pasado. Siempre existe la posibilidad de una bala traicionera escondida en el interior de la escopeta, pero no había habido retroceso y el cañón estaba limpio.

>> Debí de entrar en estado de shock, porque lo siguiente que recuerdo es estar en mi casa, completamente alterado. Por fortuna, no había nadie; mi mujer y mi nieta se habían acercado al pueblo a comprar. Seguía sin comprender los acontecimientos recientes. Llegué a dudar de si había ocurrido realmente o había sido fruto de mi imaginación, pero entonces encontré los cartuchos en uno de mis bolsillos.

>> Tuve miedo. Sabía que no había matado a Palacios, pero también que nadie me creería. Así que oculté los cartuchos e intenté que todo pareciera normal. Me aislé del mundo, pero allá donde estuviera mi mente, los remordimientos siempre terminaban por encontrarme.

Las últimas palabras de Santiago Márquez suenan apagadas, casi en un susurro. Parece haber desfallecido, haberse relajado tras esconder en su interior, durante los días precedentes, lo ocurrido la mañana de aquel martes en que Carlos Palacios fue encontrado muerto. Lo siento, alcanza a decir antes de que Alonso lo invite a sentarse en una silla.

Valero no dice nada. Su mente es ahora un torbellino de sensaciones y pensamientos que van y vienen en perfecto desorden. Conforme transcurre la investigación, más se ciernen las sombras sobre ella. Nada es lo que parece, nada está donde debe y, sin embargo, el inspector está convencido de que la respuesta a todas las preguntas que ahora mismo le inquietan el alma está delante de sus propias narices.

—No podemos retenerle por más tiempo —se aventura al fin Alonso tras un par de incómodos minutos.

—Estoy de acuerdo. Su relato es sincero, posiblemente todo sucedió como él dice. No tenía motivos para semejante confesión, sobre todo cuando las pruebas jugaban a su favor. No, no podemos acusarlo de asesinato; como mucho de proceder de manera temeraria. Que se vaya a casa —dice en tono resignado Valero.

—Si no le importa, me gustaría acompañarle. Se le ve muy cansado.

—Me parece bien.

Alonso sale de la comisaría con Márquez y Valero se encierra en el despacho del sargento. Se reclina en el sillón giratorio y pierde la mirada en el ventilador de techo que, aburridamente, hace girar sus aspas. Luego cierra los ojos y se ve a sí mismo al principio de un camino que se adentra en un bosque. Se trata de un bosque cualquiera, podría ser el que se abre al final del pueblo, como podría ser cualquier otro.

La cuestión es que siente la necesidad de avanzar, pero conforme camina, el horizonte se va cerrando, es devorado por las tinieblas, hasta el punto de que, en un momento dado, sólo queda ya la oscuridad. No puede ir hacia delante, pero tampoco puede retroceder. La única posibilidad que se le presenta es permanecer quieto, esperando una luz, una ayuda que le permita salir de allí. Tiene miedo, quizá por primera vez en su vida, al menos que él recuerde, tiene miedo. Sin embargo, lo que lo hace sentirse así, más que la oscuridad que lo envuelve por fuera, es la absoluta y descarnada soledad que lo invade por dentro.

La silueta se recorta sobre una colina con los últimos rayos de la luna llena. Otea el horizonte y baraja las posibilidades. Cuando parece decidirse, coge la mochila que trae consigo e inicia la marcha. Tropezaba en más de una ocasión, pero no se decide a encender la linterna por miedo a que delate su presencia. Intenta valerse de la claridad que le ofrece la luna, pero cuando se interna en la espesura del bosque, a duras penas es capaz de distinguir lo que tiene delante.

Cuando llega al lugar convenido, la mañana comienza a hacerse presente, alarmantemente presente para sus intereses. Es consciente de su retraso y esa circunstancia, más que fastidiarle, le mantiene el alma en vilo. Se acerca despacio, lo más agachado que puede. Se apoya en el tronco de un árbol y, tanteando, busca hasta que da con la escopeta escondida en un hueco de su interior. Luego retrocede con la misma lentitud con la que llegó.

Piensa, una vez más, en el siguiente paso a dar. Sabe del retraso, pero también que un error de cálculo puede ser fatal, puede dar al traste con todo. Por eso medita con detenimiento su posición actual. Conocer dónde está es la única forma segura que tiene para determinar el lugar en el que debe apostarse para consumar el crimen.

Oye alguna voz lejana, y eso lo inquieta. Si es descubierto, punto y final. No sólo para él. Hay mucho en juego, muchas son las personas que dependen del éxito de aquella empresa. No puede fallar, está convencido de eso y, el margen de error tan pequeño de que dispone, la enorme presión que hay sobre sus hombros, es lo que más lo incomoda.

Por suerte, quien quiera que se aventurase a esas horas por el bosque, ha decidido tomar otro camino. Las voces se apagan poco a poco hasta que el silencio regresa de nuevo. Mejor para todos, concluye aliviado. Sus inciertos pasos lo conducen al fin hasta el punto en el que debe esperar la llegada de Palacios. Echa un vistazo para asegurarse y luego busca el mejor lugar para



esperarle.

Mira el reloj. Todavía falta más de media hora antes de que el objetivo, su objetivo, enfile el camino que, desde su posición, se abre entre los árboles y se arrastra ondulante hasta perderse de la vista. Ese es el itinerario que coge Palacios cuando sale de caza. Está bien estudiado. Es hombre de rutinas y eso facilita las cosas. Mismos días. Misma hora. Mismo trayecto.

El tiempo se dilata en la espera, se vuelve lento, se apelmaza. La silueta cede al cansancio que le produce haber pasado la noche en vilo, así como al propio abotargamiento de unos minutos que no se deciden a pasar. Sus párpados se vuelven obstinadamente pesados. Sigilosa, pero traicioneramente, terminan por cerrarse, sumiéndose la silueta en un duermevela en el que le resulta difícil diferenciar entre sueño y realidad.

A su mente llegan imágenes que, aleatoriamente, se proyectan en ella. Evocaciones, quizás, de tiempos pasados; tiempos en los que todo era, si no mejor, al menos sí más sencillo. Tardes de primavera impregnadas del aroma a jazmín que el viento trae desde algún jardín vecino. Noches de verano envueltas del persistente sonido de las chicharras. Días que le fueron propios y ahora se le antojan ajenos.

De súbito, la imagen se vuelve confusa. Una bruma grisácea y tupida surge de la nada y cubre cada rincón de aquel inconcreto pasaje que su mente ha recuperado del olvido. Una figura inquietante se abre paso y lo mira fijamente a los ojos. Lo reconoce al instante. Es el violador, la bestia sin entrañas que destrozó para siempre su existencia y la de toda su familia. Le está hablando, puede ver que sus labios se mueven. No entiende lo que dice, pero tiene claro que ha venido a advertirle. Pero, ¿sobre qué? ¿Quién se cree que es, precisamente él, para hacerle advertencias sobre nada?

El violador calla de nuevo y de nuevo lo mira fijamente. Sus ojos son turbios, fríos, apagados. Un estremecimiento le recorre la espalda cuando trata de mantenerle la mirada. Es entonces cuando puede ver que sangra, que por su sien serpentea el inconfundible hilillo rojizo. El violador cae de rodillas y le dedica una última y fugaz mirada antes de derrumbarse.

La silueta se despierta sobresaltada. Todo ha sido un sueño, se dice

para sí, pero no consigue convencerse a sí mismo. Surgen las dudas. ¿Está haciendo lo correcto? ¿No sería mejor dejarlo correr? ¿No sería más conveniente marcharse en ese mismo instante? ¿No debería regresar con los suyos y dejar que el tiempo los ayude a salir del abismo en el que se encuentran atrapados?

Toda duda se evapora en el momento en que el rostro de ella se perfila en su mente. La expresión de horror, de incomprensión, puede que incluso de esperanza ante la idea de que no fuera más que una pesadilla, ante la vana ilusión de creer que alguien vendría en su ayuda. La ha imaginado tantas veces, ha alimentado durante tanto tiempo su rabia con esa expresión, que es consciente de que no hay marcha atrás. Necesita hacerlo, como necesita también su familia que lo haga.

Una nueva ojeada al reloj. Apenas restan cinco minutos para su cita. Palacios no tardará en aparecer y ha de estar preparado. No se puede permitir más despistes, como tampoco puede permitirse que su ánimo vuelva a flaquear. Nada de temblarle el pulso. Nada de pestañeos. Nada de vacilaciones.

Puntualmente, Palacios acude a su cita con la muerte, aunque él ignora ese extremo. Camina confiado, seguro de sí mismo. Su carácter se ha forjado en la seguridad. Privilegios de haber nacido en cuna rica. Esa circunstancia le ha hecho sentirse superior a los demás desde bien pequeño e, incluso, su manera de andar – el paso decidido, la zancada larga, el cuerpo erguido – trasluce esa seguridad.

La silueta apunta en la dirección de Palacios. La mirilla ofrece en bandeja su cabeza. El momento ha llegado, pero Palacios no parece dispuesto a simplificar las cosas. Se ha detenido. Eso desconcierta al francotirador. ¿Me habrá descubierto?, se pregunta. Pero no parece probable, ya que en ningún momento dirige su mirada hacia el lugar en el que se encuentra apostado.

Desde su posición es testigo de las dudas. Luego, lo ve dejar su escopeta y su mochila entre unos matorrales y desaparecer al otro lado del camino. Quizá lo más aconsejable sería aguardar su regreso, pero no está seguro de que vaya a producirse y, por otra parte, lleva demasiado tiempo esperando. Ya está harto. Sólo desea actuar.

Se mueve despacio, tratando de no hacer ruido, ascendiendo a una zona elevada que le dé una visión más amplia del lugar. Allí está Palacios, en cuclillas y con los pantalones en los tobillos. Cagando. Mucho mejor, opina la silueta. Siempre es más fácil con un blanco fijo. Decide dejarle acabar. Incluso un cerdo como ese merece un final más digno.

Lo enfoca nuevamente con la mirilla y es testigo de la cara de alivio de Palacios, cercana al placer. Sin duda, piensa, se ha quitado un buen peso de encima. Es la única licencia que se permite, el único pensamiento más allá del hecho de que debe acabar ya con la vida del violador y asesino.

Cuando Palacios se sube los pantalones y se apresta a subir por la pendiente por la que ha descendido minutos antes, la silueta aprieta el gatillo. Se produce el retroceso y el bramido de la detonación en el silencio del bosque. De inmediato, el cuerpo se desploma como un triste muñeco, sin vida.

La silueta se retira, se aleja del lugar de los hechos y, cuando cree encontrarse a una distancia prudente, desmonta la escopeta y la limpia. Huellas y pólvora. Toda evidencia de que ha sido utilizada es borrada del arma. Luego retorna al lugar de donde la cogió y la devuelve a su escondrijo.

La calidez del sol abriéndose paso entre la tupida maraña de ramas lo reconforta. Deja que lo roce, que lo abrigue, que lo acompañe mientras va en busca del coche que dejó en una zona apartada, unos kilómetros más allá. No tiene un buen concepto de sí mismo en ese momento. Acaba de matar a un hombre y, eso, no tiene justificación alguna. Aun cuando la víctima sea un desalmado violador y asesino, sabe que sus manos estarán sucias para siempre. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

La hoguera ya está preparada. Sobre los arcos que cierran la plaza pública cuelgan bombillas de colores y otros motivos navideños. Las notas de un villancico escapan de algún establecimiento cercano hasta confundirse con el barullo que, de una manera casi febril, va y viene, en agitadas prisas, por el corazón de la plaza.

El pueblo, con aspiraciones de ciudad pequeña, pero que en esencia sigue siendo irremediablemente pueblo, mantiene sus costumbres ancestrales. Una de ellas consiste en congregarse alrededor de la plaza antes de la cena de Nochebuena, para encender una hoguera cuyas llamas continuarán ardiendo durante todas las Fiestas. Nadie recuerda el rito o el motivo que dio lugar a esa costumbre que, años tras año, se repite en la plaza en la fecha señalada, pero todos, tanto los vecinos de siempre como los recién llegados, acuden obedientemente y se colocan alrededor de la pila de madera que pronto será pasto de las llamas.

Precede al acto el discurso del alcalde. Es la suya una intervención pomposa y aburrida que varía muy poco de una Nochebuena para otra. Nadie lo escucha. El deseo unánime es que acabe cuanto antes. Los niños, por el poderoso influjo de ver crecer las llamas. Los adultos, por la monotonía del discurso y porque hace mucho frío a esas horas de la tarde.

Arde la hoguera y la chiquillería se entretiene en arrojar todo lo que encuentra. Palos, papeles, objetos de plástico, trozos de metal. Los niños no le hacen ascos a nada, fundamentalmente porque necesitan experimentar, conocer de primera mano los efectos del fuego sobre los materiales arrojados.

Cristina está embelesada mientras contempla la inverosímil e impredecible danza de las llamas, la luz anaranjada que desprenden. Ya ha visto antes el fuego en la chimenea de su casa, pero ahora es distinto y eso se puede comprobar en la manera que tiene de mirarlo. Brillan las llamas. Brillan sus ojos.

Clara y Santiago no pueden apartar la vista de Cristina. La escrutan y se deleitan con cada reacción, con cada gesto, incluso con la absoluta ausencia de movimientos de su hija. La capacidad de hipnosis que ejerce el fuego sobre la niña es directamente proporcional a la que produce ella en sus padres.

—¡Está preciosa! —exclama una vecina.

—¡Madre mía lo que ha crecido! —se sorprende otra.

Los padres asienten encantados. Desde el día en que Cristina nació, los saludos habituales han sido sustituidos por un rosario de frases manidas sobre la niña.

En un momento dado, Clara sorprende a Carmen mirando fijamente en su dirección. Sintiénose descubierta, trata de disimular apartando la mirada. Sin embargo, no es la primera vez que ocurre. En otros lugares y en otras situaciones, Clara ha sido testigo de las indiscreciones de la que, en otro tiempo, fue su amiga.

Está segura de que la observa. Segura de que, por alguna razón, la vigila. Lo que ya no tiene tan claro es si el objetivo de sus miradas es ella o Cristina. Trata de descifrar lo que esconden sus ojos. En el pasado era capaz de hacerlo. Pero ahora no. Ahora, en el mejor de los casos, puede establecer una teoría sobre su extraña fijación.

Lo que su teoría le dice es que, de alguna manera, envidia lo que ella tiene. La vida de Clara es el ejemplo perfecto de los que siempre deseó Carmen para sí misma. El príncipe azul. Una familia. Esas eran sus aspiraciones y, probablemente, de una forma absurda, casi enfermiza, siente que la que fue su amiga, la chica que siempre desdeñó lo que ella ansiaba, la misma que cambiaba una vida confortable y familiar por experimentar mil y una aventuras, le ha robado lo que es suyo, ha usurpado un papel que legítimamente le correspondía a ella.

Porque la triste realidad es que Carlos Palacios está muy lejos de ser ese príncipe azul. Todos en el pueblo conocen ya el modo que tiene de tratar a su esposa. Los golpes, los malos tratos, el desprecio, son secretos a voces que tampoco Palacios se esfuerza en ocultar.

En cuanto a la familia, no hay mucho que contar. Son tres los años

que llevan casados y Carmen no se queda embarazada. Ese hecho genera ansiedad en ella e impaciencia en él, lo cual, tampoco ayuda a mejorar el trato que le dispensa. Incapaz de buscar en sí mismo la causa, Palacios culpa a su mujer de la falta de descendencia.

Carmen y Clara. Dos amigas que durante años planearon sus vidas futuras. Como cualquier adolescente, como cualquier joven que mira hacia delante. El tiempo se ha encargado de desmontar esos planes. Nada fue según lo previsto. Nuestra incapacidad para controlar lo que nos deparará el mañana nos demuestra lo fastidiosamente humanos que somos. No, Carmen y Clara no encontraron el camino por el que esperaban conducir sus vidas. La única diferencia entre las dos amigas es que, mientras Clara ha asumido lo que ha ido llegando, Carmen, por el contrario, se ha hundido en el fracaso de sus propias aspiraciones, en el charco de sus propias frustraciones, en el lodo de sus propias miserias.

—¿Dónde tienes la cabeza? —Santiago mira a su esposa con aire de curiosidad mientras sostiene a Cristina entre sus brazos.

—No es nada. Estas fechas, que me vuelven nostálgica.

—Tú eres cualquier cosa menos nostálgica.

—¡Gracias, hombre! Así que resulta que sabes mejor que yo cómo me siento.

—Mucho mejor, sin duda alguna.

Clara sonrío y besa a su marido. Se funden en un tierno abrazo y Cristina queda atrapada entre los dos. La niña protesta emitiendo un grito gutural y moviendo enérgicamente los pequeños puños. Sus padres se separan y no pueden evitar una carcajada ante la reacción de la pequeña.

La hoguera continúa ardiendo cuando los vecinos se dispersan, camino de casa. Santiago y su familia montan en su coche y regresan a la cabaña del lago. Cuando llegan, la madre de Clara que, desde que enviudó, vive con ellos, ya tiene preparada la cena. Esta resulta copiosa y agradable. La estampa, típicamente navideña. Hay fuego en la chimenea y belén junto a la ventana. Hay villancicos y turrón. Los adultos mantienen una entretenida charla mientras la niña, agotada por las emociones vividas, se ha rendido al sueño. Clara observa la escena y se pregunta cómo será la Nochebuena en casa de los Palacios.

Antes de que ese pensamiento fugaz escape de su mente, antes de que decida regresar a la conversación que se produce en ese preciso momento en su salón, no puede evitar una punzada de tristeza al imaginar la infelicidad de Carmen.

Alonso localiza a Valero en el lugar que esperaba, el mismo que lleva frecuentando desde hace varios días: un pequeño parque a las afueras del pueblo donde se sienta a contemplar el atardecer. El inspector encuentra, en esos últimos latidos del sol sobre la tierra, una forma de belleza nueva para él. Simple, sí, pero devastadoramente hermosa en su simpleza.

—Debe ser la quinta o la sexta tarde en que soy testigo del mismo espectáculo —le dice al sargento cuando intuye su presencia — y cada día me parece distinto, cada puesta de sol es única, me aporta matices diferentes. ¿Le parece una tontería lo que digo?

—En absoluto. Llevo ya un tiempo viviendo en este lugar, pero todavía puedo percibir su magia. He pasado por lo mismo por lo que está usted pasando ahora, así que entiendo perfectamente lo que quiere decir.

—Aquí sigo, coleccionando atardeceres desde mi ventana.

—¿Cómo dice?

—Solo es un verso. Me ha venido a la mente hace un rato y, desde entonces, no he podido quitármelo de la cabeza. Forma parte de un poema. No recuerdo el nombre de la escritora... Kara Areris, o algo por el estilo. Firmaba con pseudónimo, aunque eso no es lo importante.

>> Recuerdo que, estando en bachiller, nos impusieron un libro de poemas suyo como lectura obligada. No entendía nada, posiblemente porque no afronté el libro con la actitud adecuada. La mierda adolescente, ya sabe. A esa edad nos creemos por encima del bien y del mal, poco menos que intocables; al margen de todo y de todos. Sin embargo, del conjunto de versos que componían el poemario, ese es el que me resultó más absurdo. Aquí sigo, coleccionando atardeceres desde mi ventana. ¿Quién demonios colecciona atardeceres, en el caso de que eso sea factible?, me preguntaba.

>> He de admitir que, de haberlo recordado más adelante, ya superada la



adolescencia, tampoco habría sido capaz de entenderlo. Había desaparecido por completo de mi memoria hasta hoy. Ya le digo que ni siquiera recuerdo la escritora. Pero la cuestión es que, aquí estamos, tantos años después y ¡zas!, regresa a mi mente como por ensalmo.

>> La diferencia es que ahora sé perfectamente lo que quería decir aquella mujer con sus palabras. Ahora le encuentro la armonía a cada una de las letras. Si le soy sincero, creo que, lo que me ha ocurrido a lo largo de mi vida con ese verso, en cierto modo, resume lo que ha sido la misma. La belleza a mi alrededor, un milagro en cada rincón, a cada paso del camino y yo, incapaz de darme cuenta; incapaz de coleccionarlo.

Valero hace una pausa y, por primera vez desde que ha llegado, mira a Alonso. El sargento espera pacientemente a que el inspector continúe, pero este no parece tener prisa, como si meditara lo que va a decir a continuación. Por espacio de unos treinta segundos, se produce un silencio cargado de complicidad entre ambos.

—¿Recuerda cuando me preguntó sobre el motivo de que se me hubiera asignado un caso menor como este? —se decide al fin.

—Fue el día que llegó.

—Así es. Como sabrá, he sido condecorado varias veces.

—Tiene un buen currículum detrás.

—Era admirado y envidiado en igual medida dentro del cuerpo. El problema de que te den alas es que ya no te permiten tener los pies en el suelo, ver las cosas con perspectiva. En cierto modo, seguía siendo como un adolescente, un ser intocable, al margen del bien y del mal. Todo eran parabienes, palmaditas en la espalda, reconocimientos. Llegó un momento en que creía que nada quedaba fuera de mi alcance, de mi control. No sé, estoy divagando, voy de una cosa a otra. ¿Todavía me sigue?

—Creo que sí.

—Pasaba muchas horas en la calle —continúa Valero sin prestar atención a la respuesta de Alonso —, no conocía más vida que el trabajo, ni más familia que los compañeros quienes, por cierto, no me tenían especial simpatía por mi carácter. Era infeliz, estaba solo, pero no me atrevía a reconocerlo. Así

que, decidí escapar de mi sórdida existencia con la ayuda del alcohol. Luego llegarían las drogas. En el ambiente en el que me movía, no era difícil conseguirlas y a buen precio. Le daba a todo, pero fue especialmente la bebida mi fiel compañera durante todo ese tiempo.

>> Al principio no pareció afectar a mi trabajo pero, poco a poco, conforme me metía más, eso fue cambiando. Hasta que una noche, dos policías que investigaban una red de prostitución se encontraron con el gran inspector Valero en compañía de una fulana copulando en una habitación repleta de drogas de todos los tipos y colores. Yo estaba completamente colocado y apenas me enteré de nada. Para rematar la faena, resultó que la chica era menor y que había sido obligada a prostituirse por un grupo organizado de proxenetas del este de Europa.

>> Por suerte o por desgracia, eso según se mire, entonces tenía amigos e influencias en el cuerpo, por lo que el escándalo se tapó, pero me invitaron amablemente a que me retirara de la circulación por una temporada. Yo sabía que sólo era una manera elegante de decirme que se había acabado mi carrera en la Policía. Y no les culpo.

>> Sin embargo, cuando más hundido estaba, cuando nadie daba un céntimo por mí, decidí luchar, recuperar, si no mi trabajo, sí al menos mi dignidad. No fue una decisión meditada, claro. En esos momentos, mi mente estaba tan sumergida en un pozo de güisqui y cocaína que no pensaba con claridad. De hecho, creo que no era capaz de pensar, al menos más allá de conseguir mi dosis diaria de alcohol y drogas. No, desde luego, no fue por iniciativa propia. Necesitaba un empujón para que la maquinaria se pusiera en marcha y ese empujón lo dio la muerte de mi madre.

>> Una tarde me llamaron de la residencia para la tercera edad en la que ingresó al morir mi padre. Sé que ella habría deseado venir a vivir con su único hijo, pero le hice ver que eso no era posible, que yo siempre estaba fuera de casa y no podría atenderla. Aunque no me faltaba razón, la cruda realidad es que no la quería conmigo. La consideraba una carga. Me había hecho a vivir solo, sin control por parte de nadie. Además, ella comenzaba a dar síntomas de demencia senil y me aterraba la idea de tener que cuidarla.

>> Cinco años permaneció en esa residencia y yo solo la visité en tres ocasiones. Ahora, cuando lo analizo en la distancia, se me antojan unas cifras

escalofrantes. Pero entonces no me daba cuenta, ni de eso, ni de ninguna otra cosa.

>> El caso es que me llamaron para notificarme su muerte aquella tarde. Cuando llegué a la residencia, me contaron que había tenido una muerte plácida. Estaba sentada en la butaca de su habitación con una expresión de calma dibujada en su cara. Sobre sus rodillas, y ese es el detalle más importante, descansaban los recortes de periódico que había ido guardando sobre mis éxitos policiales a lo largo de los años.

>> En esa época, yo era poco menos que una piltrafa humana y, no obstante, ella se sentía orgullosa de mí; al menos de la imagen idealizada que se había formado sobre mi persona. Necesitaba honrar su memoria y qué mejor manera que convirtiéndome en el hombre que ella creía que era. Entré en una clínica de desintoxicación y concentré todo ese empeño, esa obstinación de que había hecho gala en mi carrera policial en salir del pozo.

>> Puedo decir orgulloso que lo conseguí, aunque a cambio me quedó esta adicción al tabaco que tanto le desagrada. Le prometo que también me la dejaré algún día, pero cada cosa a su debido tiempo. No fue fácil librarme del alcohol y las drogas. De hecho, cada día debo luchar contra esos fantasmas de mi pasado. Pero los mantengo a raya porque los miro cara a cara. Si he aprendido una cosa, esa ha sido que no podemos huir de nuestros fantasmas interiores, ni tampoco darles la espalda. Hay que enfrentarse a ellos a diario. Tengo mi propio ritual, ¿sabe? Cada mañana, cuando salgo a la calle, entro en un bar y pido una copa. Me siento frente a ella y, por espacio de diez o quince minutos, me quedo mirándola. En ningún momento la toco, sólo la observo. Pasado ese espacio de tiempo, pago y salgo del local dejándola intacta.

—¿Nunca ha sentido la tentación de probar, aunque sólo sea un sorbo?

—Continuamente, pero en eso consiste la lucha, ¿no? En mantenerse firme, en no ceder terreno, en no desfallecer. La cuestión es que lo conseguí y, cuando menos lo esperaba, llegó la oportunidad de volver. El inspector jefe, que siempre ha sido un buen amigo, al enterarse de mi recuperación movió sus hilos para que los jefazos me dejaran recuperar mi puesto. Aceptaron a regañadientes, pero pusieron sus condiciones. Por así decirlo, estaba en periodo de prueba.

—Por eso le dieron un caso pequeño como este.

—Así es. Si esto funcionaba, si comprobaban que era el de antes, se haría borrón y cuenta nueva. Si no...

—¿Y ahora qué?

—Esa es una buena pregunta. ¿Ahora qué? Bueno, pues supongo que seguiré coleccionando atardeceres, como aquella escritora, o como mi madre con sus recortes de periódico.

—Pero habrá algo que podamos hacer.

—No se esfuerce, Alonso. De los posibles sospechosos con peso, sólo Santiago Márquez no tiene coartada, pero tampoco pruebas concluyentes que lo incriminen. La triste realidad es que no tenemos nada; la investigación ha entrado en vía muerta, yo lo sé y usted lo sabe. Hay que aceptarlo. Yo lo he hecho, creía que no sería capaz, pero lo he asumido con una naturalidad que hasta a mí mismo me sorprende.

>> No, no se piense que me resigno sin más. Es solo que empiezo a apreciar detalles que antes me resultaban insignificantes. Y esos detalles, esos ínfimos milagros que se producen a nuestro alrededor, me parecen más importantes ahora mismo. He aprendido a vivir, después de cincuenta y cinco años, al fin he aprendido lo que significa estar vivo. Y eso no lo cambio por nada.

—Sin embargo, puede que pierda su trabajo.

—Es muy posible, pero como contraprestación, he conseguido ser el hombre que mi madre creía que era. Ahora sé, sin ningún asomo de duda, que se sentiría orgullosa de mi yo actual. Puede que pierda mi trabajo, pero eso me dejará más tiempo para seguir coleccionando atardeceres desde mi ventana, sea cual sea el lugar en el que esa ventana se encuentre.

El estallido ruge aquí y allá por obra y gracia del eco que juega a llevarlo de un lado a otro en la espesura del bosque. El estallido suena, pero se hace apenas perceptible en el pueblo. Si acaso llega como un crujido lejano, un sonido resquebrajado y hueco que no consigue hacerse oír en sus calles.

Aun en la circunstancia de que algún vecino lo hubiera notado, tampoco se habría alarmado. Es martes, y todos saben por esos lares que ese día Palacios sale de caza. El señorito del pueblo se puede permitir el lujo de cazar entre semana. Costumbres heredadas de su padre que ha recuperado tras salir de prisión.

No es el amortiguado sonido de un disparo lo que alerta a la población, sino la tensa calma que se respira. Hay algo distinto en el ambiente, y aunque nadie conoce el significado de esa calma, todos coinciden en que no puede ser un buen presagio. El día transcurre sometido a esa falsa quietud y solamente cuando la tarde amenaza con apagarse, los acontecimientos se precipitan.

Es entonces cuando se produce el movimiento, las carreras, la confusión. Un senderista entra en el pueblo con la respiración agitada y la ropa mojada por el sudor, síntomas inequívocos de que se ha pegado una buena carrera. Trae el rostro desencajado, los ojos amenazando con escapar de sus órbitas. Solo se detiene a preguntar por la comisaría y después apresura de nuevo el paso en la dirección que le indican.

La reacción no se hace esperar. Tres minutos después, Alonso y dos de sus hombres salen acompañados del senderista y suben al todoterreno aparcado en la puerta. El vehículo arranca y se encamina hacia el bosque. Algo serio ha ocurrido, sólo así se explica la inmediata respuesta de la Policía a lo que sea que les hayan contado.

Los acontecimientos se sucederán a continuación; pero hasta que eso

ocurra, la vida de los personajes que, de una manera directa, tienen algo que ver con el hombre que ahora yace sin vida en mitad del bosque, continúa con normalidad, ajenos al hecho de que Carlos Palacios ha dejado de respirar; de que sus ojos, aún abiertos, ya no miran el cielo que a duras penas se abre entre el ramaje de los árboles.

Ajena a la muerte de Palacios, Clara dedica parte de la tarde a la limpieza de la casa. Odia hacerlo, pero sabe que no le queda más remedio. Esos quehaceres forman parte de la vida que le ha tocado en suerte. Más tarde, cuando haya cumplido con esas labores domésticas, dará un largo paseo por el bosque antes de que anochezca, tal y como tiene por costumbre.

Ajeno a la muerte de Palacios, ajeno de hecho al mundo que se mueve a su alrededor, permanece inmóvil Santiago Márquez, sentado en la butaca de su dormitorio, con la mirada perdida en la pared; negando lo que ocurrió horas antes al no ser capaz de comprenderlo; negando la realidad, incluso su propia existencia.

Ajeno a la muerte de Palacios, Roberto Márquez está de regreso en la ciudad, presa de la frustración que le produce no haber tenido el valor de acabar con el hombre que violó y mató a su hermana. Ahora ya sabe que su sueño nunca volverá a ser tranquilo, que las noches de insomnio formarán ineludiblemente parte de su vida.

Ajeno a la muerte de Palacios, el doctor Luis Peláez asiste al viejo señor Sanz con un nudo en el estómago debido al sentimiento de impotencia que le genera no poder ayudar al enfermo más allá de aliviar mínimamente el mundo de dolores que lo castiga por dentro.

Ajena, en fin, a la muerte de Palacios, Carmen aguarda el regreso de su marido, siempre tensa, siempre con el corazón en un puño. Pero su marido no volverá, ya nunca regresará a la casa que ambos han compartido durante tantos años y que ha sido testigo de muchos momentos cargados de violencia y humillación.

Y mientras todos ellos continúan sus vidas, al margen del hecho de que Palacios ya no respira, el resto de los vecinos se afanan en dar cuerpo a la rumorología. Inevitablemente, surgen las versiones, las teorías, las probabilidades, pero todas ellas tienen como protagonista al pseudocacique

local, filtrado su nombre, quizás, por el único agente que se ha quedado en comisaría.

Hay quien se echa las manos a la cabeza al pensar que se puedan haber repetido los tristes acontecimientos de diez años atrás. Hay quien, siendo más escéptico, cree que la cosa se quedará en nada, que ya se sabe lo impresionables que son esos senderistas de ciudad que se aventuran por nuestros bosques. Por último, están los que piensan, anhelan incluso, que se ha producido un accidente y que Palacios ha sufrido daños. Y al pensar en esa posibilidad no pueden evitar una sonrisa en sus labios. Lejos están de aventurar que sus sueños se han cumplido, y con creces.

El tiempo nos contempla desde su atalaya de cristal, ese cristal que refleja nuestras alegrías y tristezas, nuestras inquietudes y temores, nuestros amores y desamores, nuestras vidas en suma. El tiempo nos mira y nos deja hacer, nos concede la licencia de creer que somos dueños de nuestros días. El tiempo espera, confortablemente sentado espera, a que llegue el día en que volvamos la vista atrás y nos demos cuenta de cómo se nos han escapado los años. Entonces, y sólo entonces, una mueca asomará a sus labios, una mueca que no será más que el esbozo de una sonrisa que no llegará a producirse.

Vivimos tan ufanos, tan pagados de nosotros mismos, que únicamente cuando nos damos de bruces con él, llegamos a la conclusión de que, hagamos lo que hagamos, jamás conseguiremos vencerle, jamás engañarle, jamás escapar de su paso lento y despiadado.

El tiempo fue pasando para Clara. Y para Carmen. Y para Santiago. Puede que incluso Carlos Palacios, al ver las firmas del paso de sus días surcándole el rostro, asumiera, en sus momentos más íntimos, la evidencia de que también para él los años transcurrían. De que, a pesar de todo, no era más ni menos humano que el resto, más ni menos vulnerable que los demás; ni mejor ni peor, simplemente igual. Y siendo igual, con sus virtudes y sus flaquezas; quizás, en su fuero interno, terminó por aceptar que su destino no sería diferente al de los hombres y mujeres que él solo consideraba inferiores.

Mientras el cabello de Clara se encanecía y el de Santiago se iba volviendo ralo; mientras la piel de ambos se iba llenando de arrugas, Cristina fue experimentando los cambios propios de la edad. Antes de que sus padres pudieran apreciarlo, esos cambios transformaron al bebé en una niña abierta y de carácter animoso, para después convertirla en una joven que es la viva imagen de Clara.

Y como suele ocurrir cuando dos polos son iguales, su tendencia física las lleva a rechazarse. Cristina encuentra más complicidad en su padre.



Y, aunque Clara siempre se ha tenido por una persona abierta y conciliadora, nada que ver con su madre, es incapaz de aceptar la noticia, de asumir el embarazo de su hija, de tratar de comprender sus motivos. No es la primera vez que discuten; su parecido carácter las ha llevado a chocar muchas veces en el pasado; pero ahora es diferente.

—¡Debes decirle algo! —brama Clara completamente fuera de sí —. ¡Tendrá que asumir su parte!

—¿Su parte de qué? ¿Quieres que le diga a un hombre al que apenas conozco, del que sólo sé su nombre, que voy a tener un hijo con él? ¿Acaso quieres que nos casemos?

—Sólo digo que no se puede ir de rositas.

—No lo quiero y él no me quiere a mí. Es así de sencillo. Tan sencillo como que la decisión es mía, por mucho que te moleste.

—¿Y ya está? ¿Así es como piensas zanjar el asunto?

—Exactamente así.

—Pues no tenemos nada más que hablar —capitula finalmente Clara con gesto cansado para, acto seguido, dar media vuelta y dirigirse hacia la cocina.

También Cristina abandona el salón para buscar el exterior. Se acerca hasta el árbol donde permanecen impasiblemente grabadas las iniciales de Carmen y su madre. Apoya la espalda y permite que las lágrimas protagonicen el momento. El suyo es un llanto silencioso aunque intenso. Toda la fortaleza mostrada ante su madre se derrite, se diluye entre el salado líquido que escapa de sus pupilas.

—Dale tiempo —con extremada discreción, la misma que ha mantenido durante la discusión reciente, Santiago llega hasta su hija y la abraza firmemente —, sabes que terminará aceptándolo. Tu madre es una mujer de carácter, pero en ella siempre termina imponiéndose la cordura.

—¿Tú me entiendes?

—Admito que no me hace ninguna gracia que te hayas acostado con un hombre. Para un padre, su hija nunca será lo suficientemente adulta como para entregarse a alguien. Menos sin haber matrimonio de por medio. Ten en

cuenta, Cristina, que nosotros somos de otra época y nuestra mentalidad también lo es. Sin embargo, y en respuesta a tu pregunta, sí, entiendo que no desees, ni como marido ni como padre de tu hijo, a un hombre al que no quieres.

—Gracias —dice Cristina en un susurro para después hundirse en el pecho de su padre, tal y como hizo tantas veces aquella niña que buscaba seguridad en los malos momentos.

Santiago es preciso en sus pronósticos; Clara termina por aceptar la decisión de su hija. De hecho, es ella la que toma la iniciativa, la que acompaña a Cristina a la ciudad para que la visite un ginecólogo. Es ella la que controla el embarazo; ella la que se enfrenta a los vecinos que se atreven a murmurar y cotillear; ella la que, con más orgullo, levanta la cabeza cuando la preñez de su hija es ya una evidencia.

Siete meses después, nace una niña que apenas consigue llegar al kilo y medio. Debe permanecer dos semanas en el hospital, dentro de una incubadora. Cuando gana el peso suficiente, se le da el alta, pero la palidez en su piel y la apariencia enfermiza aún la acompañarán un tiempo. Ainhoa es el nombre elegido para un bebé que, de inmediato, se convierte en el centro de atención de todos.

A la niña no le faltan cuidados y mimos. De eso se encargan sus abuelos, siempre pendientes de ella, de sus necesidades y de sus caprichos. Pero no sólo Clara y Santiago asumen su crianza. Cristina se muestra como una madre ejemplar, cariñosa y paciente con el bebé.

Sin embargo, no renuncia a su vida social. Cuando tiene ocasión, escapa de pañales. Sus padres la dejan ir. Entienden que es joven aún y que necesita divertirse. Además, se muestran encantados de poder disfrutar de Ainhoa en exclusiva y de ceder a los caprichos que, estando presente Cristina, resultan difíciles de satisfacer porque piensa que los abuelos la están malcriando.

Todo entra dentro de lo normal, así parecen asumirlo Clara y Santiago. Pero algo comienza a cambiar en la forma de comportarse, incluso en la forma de ser de Cristina. Al principio, no son más que pequeños detalles, apenas perceptibles: un corte de pelo que se podría tildar de atrevido,

ropa más moderna, hombres que van y vienen en su vida sin que ninguno termine de cuajar. Con el paso del tiempo, esos cambios se acentúan. Llama la atención cuando antes gustaba de pasar desapercibida e, incluso, parece disfrutar siendo el objeto de las miradas masculinas.

Luego llegan las ausencias. Surgen como si nada; un fin de semana en la ciudad con las viejas amigas de universidad. Sólo que el fin de semana se prolonga y no hay noticias de ella durante cinco días. Cuando regresa a casa – ni siquiera se molesta en dar una explicación- los efectos de haber abusado del alcohol y quizá de algo más, son evidentes en su cuerpo, en su cara, en la expresión ausente de sus ojos.

Sin embargo, es capaz de recuperarse milagrosamente, de separar los momentos lúcidos junto a Ainhoa de las oscuras excursiones a la ciudad. Se marcha casi de improviso para regresar cuando le viene en gana. Clara asume la situación más por su marido que por sí misma. Sabe que está sufriendo, pero también es consciente de que, una nueva discusión, puede separarlas, alejar quizás definitivamente a Cristina de sus vidas. Y eso es algo que Santiago no podría soportar. Así que accede a los caprichos, a las ausencias, a la forma de vida de esa mujer que una vez fue la niña dócil que hace tanto que escapó de su lado.

Y entonces se obra el milagro. La hija perdida regresa de entre las sombras cuando la muerte se planta frente a ella y la mira cara a cara. Una noche, según relataría más tarde a Clara, había ido a pillar junto a su amiga Berta. Iban borrachas y compraron la primera mierda que les ofrecieron. Incluso en su estado, eran capaces de ver la mala calidad de la droga, pero no les importó. Lo único que querían era meterse, y cuanto antes.

Llegaron al pequeño y deprimente apartamento en el que malvivía Berta con un par de compañeros. A pesar de no haber nadie en ese momento, decidieron encerrarse en su habitación y pusieron la música a todo volumen. Fue entonces cuando Cristina sintió la repentina necesidad de vomitar. Consiguió llegar al baño a duras penas y, una vez allí, todo el alcohol que tenía en el cuerpo se precipitó por el váter. Un sudor frío cubrió rápidamente hasta el último centímetro de su piel. Sentía cómo las fuerzas le fallaban así que decidió sentarse en el suelo.

Nunca supo el tiempo que estuvo allí, apoyada sobre la pared.

Seguramente debió quedarse dormida. Lo primero que advirtió cuando consiguió volver a la realidad fue el silencio. Ya no había música, ni siquiera ruido en la calle. Se puso en pie con grandes dificultades y, tambaleándose, regresó a la habitación de su amiga.

La imagen de los ojos de Berta, estremecedoramente abiertos, la recibió nada más poner un pie en el dormitorio. En posición fetal, tirada en el suelo, envuelta en los restos de la droga y de sus propios vómitos, el cuerpo frío. Berta estaba muerta, por una sobredosis, tal y como aclaró más tarde la autopsia. Pero el cadáver que Cristina vio sobre el suelo de aquella habitación no era el de su amiga, sino el suyo. Eran sus ojos los que habían perdido el brillo, su sangre la que había dejado de correr, su corazón el que había dejado de latir.

Aquella noche, Cristina vio su muerte reflejada en la de Berta y no estaba dispuesta a acabar del mismo modo. Clara tiene claro que la experiencia vivida por su hija, dentro de la crueldad, es la mejor lección que podía aprender. Por eso la abraza con fuerza; por eso, aunque haya sido a costa de la muerte de una persona joven, siente la alegría en sus entrañas.

—¿Aún no es tarde para mí? —pregunta Cristina con voz temblorosa, la misma con que llamaba a su madre las noches de tormenta cuando no conseguía conciliar el sueño.

—No, cariño, no lo es.

Pero Clara está equivocada. Por desgracia para Cristina, su suerte ya está echada. Y no será una sobredosis la que le quite la vida, ni un disparo perdido en un marginal barrio de la ciudad, ni tampoco un ajuste de cuentas por alguna deuda contraída a causa de las drogas. El suyo será un final distinto, aunque igualmente devastador. Porque para entonces, hay unos ojos que han reparado en ella: los de Carlos Palacios.

Cuando Valero se cruza con algún ocasional vecino, la expresión que advierte en sus ojos nada tiene que ver con la que le dispensaban en los días siguientes a su llegada. Entonces había recelo cuando ahora es complicidad, acritud cuando hoy se intuye un guiño amistoso. Ahora eres uno de los nuestros, parecen decir esos ojos que se encuentran con los suyos apenas unos segundos, antes de que cada uno continúe su camino.

Lleva tres semanas dando largas a sus superiores, prorrogando lo inevitable. Sabe que, a más tardar, en un par de días, tendrá que regresar a la ciudad para rendir cuentas. Y puestos a elegir, concluye, los tragos mejor cuanto antes. Por eso ha decidido emprender el viaje a la mañana siguiente. Y por eso también apura sus últimas horas en el pueblo; disfruta del momento cuando aún puede sentirse parte del lugar, cuando todavía su latido se acompasa con el latido del cielo, del bosque, del cálido viento que le trae la tarde.

Carmen no parece especialmente sorprendida al abrir la puerta y encontrarse frente a frente con Valero. De hecho, el inspector tiene la sensación de que lo estaba esperando. Eso debería desconcertarlo, pero no lo hace; ya nada puede descolocarlo en aquel lugar remoto en que todos se conocen, todos se ayudan y todos se dan cumplida cuenta de las novedades.

—Me marchó —informa escuetamente a la viuda.

—Eso tenía entendido —repite ella—. ¿Quiere pasar?

—Por qué no.

Carmen conduce al policía al mismo salón desafortunadamente decorado del día de su llegada. Valero se percata de que la expresión de la cara de la mujer no difiere mucho de la que se encontró al poco de conocerse la muerte de su marido. No parecía afectada entonces y no lo parece hoy. La diferencia es que, si entonces no le resultaba comprensible, ahora, que conoce

detalladamente todos los avatares de su vida, la encuentra del todo normal.

Como hiciera aquel día, le ofrece un café que, en esta ocasión, el inspector sí acepta. El compás de los latidos, piensa Valero. Sin prisas, aprovechando el momento. Mientras espera a que Carmen regrese con el café, se deja seducir por el tic tac de un carillón vetusto que descansa a su espalda, apoyado sobre una pared de la que ocupa buena parte. Por unos instantes, cierra los ojos y se abandona, transportándose a un difuso lugar de paz interior que lo hace sentir bien.

—¿En qué piensa? —Carmen está de vuelta e interrumpe el momento.

—En nada en particular —explica Valero — y eso es lo mejor. En las últimas semanas he llegado a la conclusión de que, de vez en cuando, es saludable liberarse de todo pensamiento.

—Creo entenderle —la mujer le dedica una sonrisa sincera —. Pero dígame, ¿a qué debo la visita?

—Venía a despedirme... pero también a disculparme.

—¿Disculparse? ¿Por qué?

—Por no haber encontrado al asesino de su marido.

—Supongo que habrá hecho todo lo posible y, para mí, eso es más que suficiente.

—No obstante, me veo en la obligación de pedirle disculpas.

—Disculpas aceptadas, entonces.

—¿Y qué hará ahora? —pregunta Valero tras unos segundos de silencio.

—Pues supongo que continuar con mi vida. Levantarme cada mañana, limpiar la casa, comprar lo necesario para subsistir. Dejar que el paso de los días me acompañe en los años que me quedan por vivir.

—¿No ha pensado en marcharse? La muerte de su marido la deja en una posición acomodada.

—No conozco otro lugar más que este. No creo que se me haya perdido nada fuera de aquí. Además, no necesito ni quiero el dinero que me pueda haber dejado mi marido en herencia. Nunca lo he querido.

—La admiro.

—Pues no debería. No se confunda. Soy humana y, como tal, tengo mis debilidades —Carmen parece dudar antes de continuar—. Le seré sincera, muy sincera, de hecho. No me alegro por la muerte de mi marido, pero, en mi fuero interno, agradezco que se haya producido. Ahora me siento liberada. Liberada del miedo y de la vergüenza que él me inspiraba.

—Dadas las circunstancias, entiendo lo del miedo. Pero, ¿vergüenza, por qué?

—Es difícil de explicar. Para que pueda entenderme, le pondré un ejemplo. En una de mis primeras visitas a prisión, mientras traían a Carlos, se me acercó una mujer que también esperaba a su marido. Entablamos conversación y, en un momento dado, me contó que el suyo estaba preso porque había acabado con el violador y asesino de su hija de cinco años. Que tras una larga condena, le iban a conceder la libertad condicional.

>> La cuestión es que se la veía orgullosa cuando hablaba de su marido. Creo que lo tenía como una especie de héroe por lo que había hecho: acabar con la vida del hombre que había acabado con la de su hija. Fíjese que su marido había sido soldado y había participado en varias misiones en el extranjero y, sin embargo, lo que la llenaba de orgullo era que hubiese ejecutado al asesino de su hija. Yo era capaz de comprenderla. Porque, ¿qué tipo de monstruo que le hace eso a una niña indefensa merece vivir?

>> Por eso, cuando me preguntó los motivos por los que Carlos estaba en prisión y fui consciente de que mi marido no era un monstruo tan diferente al suyo, sentí vergüenza, por él y por mí. Así que le mentí a aquella mujer, le dije que lo habían encarcelado por robo. No se me ocurrió otra cosa y, de todos modos, siempre era mejor que la realidad.

>> Durante mucho tiempo, mi marido me ha tenido aterrorizada, me ha pegado, me ha humillado; incluso, públicamente, ha abusado de mí. Y, sin embargo, el mayor castigo al que me ha sometido es la vergüenza de haberme convertido en la esposa de un violador y de un asesino, de un monstruo, de un ser despreciable. Ahora que ya no está, creo que por fin podré librarme de esa etiqueta. Por eso le digo que, al menos para mí, hay cosas más importantes que el dinero.

—Pues permítame que, a pesar de todo, siga sintiendo admiración por usted.

Valero sale a la calle justo cuando el sol inicia su lento y parsimonioso descenso más allá de las montañas. Se encamina en busca del banco que lleva frecuentando los últimos días y desde el que contempla el atardecer. En cuanto se aproxima, se da cuenta de que alguien se le ha adelantado y ocupa ya el banco, pero no se detiene. Al llegar, descubre que el intruso no es tal. Alonso se gira y, con un gesto de su mano, invita al inspector a sentarse a su lado.

—Espero que no le importe —dice —, pero me apetecía compartir con Usted el último atardecer de su colección.

Valero asiente en silencio y se acomoda a su derecha. Después, los dos policías pierden la mirada en el anaranjado horizonte. A contraluz, vistos desde la espalda, sus siluetas quedan perfectamente recortadas, como dos grisáceas sombras que, inmóviles, se diluyen entre los claroscuros que el ocaso va generando poco a poco a su alrededor.



Apenas disponen de media hora de luz cuando llegan al punto del bosque en el que, según el senderista, se halla un cuerpo tendido e inmóvil. Los policías comprueban la veracidad del testimonio, como también que acceder hasta el lugar en que yace ese cuerpo no será tarea fácil. Requiere un descenso arriesgado, sobre un desnivel del setenta, quizá del ochenta por ciento, pisando sobre un terreno resbaladizo donde el continuo desprendimiento de rocas contribuye a complicarlo todavía más.

Ayudados de una cuerda, los dos agentes que lo acompañan bajan a su sargento con extremo cuidado. No habrá más de veinte metros entre Alonso y el cuerpo, pero el policía necesita cinco minutos en recorrerlos.

Llega abajo empapado en sudor. No necesita tocar el cuerpo para cerciorarse de que, sea quien sea, está muerto. La palidez en las uñas de las manos y el característico tono púrpura de su piel son señales inequívocas. Cuando al fin llega hasta él y trata de buscarle el pulso, por cumplir el expediente nada más, puede sentir la frialdad y el rigor mortis. No es un experto en la materia, pero todos los indicios le permiten suponer que ya lleva muerto varias horas.

—Está fiambre —aclara a voz en grito a los de arriba.

—¿Se sabe quién es? —pregunta uno de los policías.

Alonso se incorpora para intentar verle bien la cara desde el otro lado. Con sumo cuidado, trata de mover lo suficiente la cabeza del cadáver para identificarle. Sabe que no debe modificar absolutamente nada en la escena del crimen. Aunque el rostro está algo desfigurado por la herida que se intuye y que le cubre parte de la cara, así como por la sangre, los rasgos le resultan del todo familiares. Y luego está la ropa que viste. No necesita atar muchos cabos: es martes y solo una persona en el pueblo sale ese día de caza. Especialmente en temporada de veda.

—Es Carlos Palacios.

—¿Palacios? —los agentes parecen sorprendidos, desconcertados.

—Eso he dicho.

—¿Y... y qué hacemos?

—De momento, subirme.

Con el mismo esfuerzo que necesitó para bajar, Alonso asciende de nuevo. Mientras avanza, tiene tiempo de percatarse de la tierra movida y de un trozo de la ropa de Palacios enganchado en un matorral. Tampoco en este caso resulta difícil deducir que debió caer por la pendiente. Este indicio plantea, no obstante, nuevas interrogantes. ¿Fue empujado o cayó accidentalmente? ¿Su muerte es el resultado de la caída o, por el contrario, ya había fallecido antes de precipitarse por la pendiente? Y la cuestión más importante: ¿Asesinato o suicidio?

El sargento sabe que la segunda opción es poco probable. Palacios tenía demasiada estima por su vida como para quitársela voluntariamente. En cualquier caso, sólo la autopsia y la posterior investigación podrán dar respuesta a todas esas interrogantes y, por eso, Alonso opta por no darle demasiadas vueltas.

—¿Y qué hacemos ahora? —pregunta uno de sus subalternos cuando llega arriba.

—Regresar al pueblo —responde parcamente —; habrá que dar parte al teniente.

—Pero, ¿vamos a dejarlo así?

—¿Qué otra cosa podemos hacer? —Alonso se encoge de hombros —; apenas quedan unos pocos minutos de luz y, como habéis podido comprobar, está jodido bajar hasta ahí. No creo que el juez esté por la labor de venir en plena noche hasta este lugar perdido del mundo y arriesgar su integridad física en un descenso que, incluso de día, resulta muy peligroso.

—¿Entonces?

—Palacios no se va a mover de ahí y, en el supuesto de que haya alguien interesado en borrar pruebas, lo va a tener complicado. Me parece que hoy

vamos a disfrutar de noche cerrada y una niebla que, preveo, espesa. Además, de haber, como digo, un interesado en modificar la escena, ha tenido tiempo de sobra. Palacios debe llevar muerto unas cuantas horas.

Los tres policías y el senderista montan en el vehículo y regresan al pueblo. Los pronósticos de Alonso se cumplen y, para cuando quieren avistar las primeras casas, una honda oscuridad y una aún más profunda capa de niebla los envuelve por completo. Una vez en el pueblo, se dirigen directamente a comisaría.

—Soy el sargento Alonso —informa a la persona que le responde al otro lado del hilo telefónico —, quisiera hablar con el teniente Ramírez.

—¡Hombre, Alonso! —vocifera Ramírez tras unos minutos de espera —. ¿Qué tal por los confines del mundo?

—Yo también me alegro de oírlo, mi teniente.

—¿Y a qué se debe este honor?

—Supongo que a nada bueno. Hará cosa de una hora nos alertaron sobre un cuerpo en el bosque. Nos personamos en el lugar y comprobamos que, efectivamente, se trataba de un cadáver.

—¿Alguien del pueblo?

—Carlos Palacios, ¿lo recuerda?

—¿Cómo olvidar a ese hijo de puta? Es el que violó y asesinó a esa pobre chica, ¿no?

—Eso es, al menos, lo que siempre he pensado yo.

—Creía que estaba en la cárcel.

—Salió hace unas semanas.

—Nunca entenderé por qué dejan libre a esa mierda. ¿Se trata de un asesinato? No sería de extrañar, dadas las circunstancias.

—Es pronto para saberlo. El lugar es de difícil acceso. Sólo yo he conseguido llegar hasta el cadáver y, lo que he podido ver a simple vista, no me ha permitido formarme una opinión.

—Usted, tan prudente como siempre.

—En cualquier caso, no me corresponde a mí; es trabajo del forense...

—Pues no cuente con él hasta mañana, ni tampoco con el juez. Con todos los casos que tenemos pendientes en la ciudad, no espere que vaya a montar el dispositivo en plena noche para ir hasta un pueblo del que dudo esté en el mapa. Y menos por un cerdo como ese. Desde luego, no seré yo el que achuche a nadie.

—Me hago una idea.

—Usted cumpla con el protocolo básico. El fiambre, ¿tenía familia?

—Estaba casado.

—Bien, pues notifique a la viuda el fatal desenlace de su marido y, si lo considera oportuno, organice la guardia en el lugar de los hechos. Yo voy a informar al jefazo y, cuando tenga novedades, se las haré saber.

—Quedo a la espera, gracias.

Alonso sale de la comisaría y deja que la humedad de la niebla alivie el dolor que, con el paso de los minutos y el devenir de los acontecimientos, se ha ido formando en su cabeza. Respira hondo para dirigirse a continuación a casa de los Palacios. Inevitablemente, establece un paralelismo entre esta noche y aquella en que se vio en la obligación de informar de su muerte a la familia de Cristina Márquez. No creo que llegue a acostumbrarme nunca a esto, se dice para sí.

Carmen se derrumba a plomo sobre el sofá cuando el sargento le comunica la noticia. Alonso entiende esa reacción; puede llegar a comprender que, a pesar del tipo de monstruo que vivía con ella, a pesar de su modo de tratarla, ella lo quería y su muerte le afecta. Sin embargo, también es consciente de que estará mejor sin él; de que, a la larga, su ausencia será una bendición para ella.

—Ha llamado el teniente Ramírez —le informa el agente de guardia cuando regresa a comisaría.

—¿Y qué ha dicho?

—Que ya está todo en marcha. También que debemos ponernos a disposición del inspector que se hará cargo del caso, un tal Valero.

—¿El inspector Valero?

—¿Lo conoce?

—No personalmente. Sé que es una leyenda en el cuerpo y uno de los policías más mediáticos del país. No entiendo que lo envíen a investigar un caso menor como este.

—Según ha dicho el teniente, estará aquí mañana a primera hora. Quiere ponerse con la investigación cuanto antes.

—Pues que se lo tome con calma. No creo que sea muy conveniente conducir tan temprano con esta niebla.

En la penumbra de la noche sólo se escuchan los pasos cercanos de algún guardia. Su sombra escapa con sigilo proyectada sobre una de las paredes de la galería. Los ronquidos amortiguados de un interno se pierden más allá, sirviendo de aburrida letanía que termina por diluirse en el silencio.

Carlos Palacios permanece tumbado boca arriba, la mirada perdida en algún inconcreto punto del techo. Su mente parece estar lejos de allí, lejos de la celda que hoy entiende por hogar, lejos de la prisión que lo retiene desde hace casi diez años. Evoca un tiempo y un lugar a los que se aferra cada noche.

Puede ver las ramas de los árboles agitándose acompasadamente al arbitrio del viento. Puede ver la extraña luminosidad causada por el incendio que arrasa la fábrica. Puede ver, en fin, el miedo de Cristina Márquez reflejado en sus ojos. La ropa hecha jirones. La sangre trazando una línea irregular desde su labio superior hasta el comienzo de la garganta.

Aquellos recuerdos, los segundos previos a la violación, lo excitan, lo ponen a cien. Siente cómo sus latidos se aceleran, cómo a su pene afluye la sangre y se concentra en sus venas, cómo le llega la erección. Desliza una de sus manos por debajo del pantalón y se masturba febrilmente mientras sus pensamientos van y vienen de los pechos protuberantes de Cristina a su entrepierna y, de allí, nuevamente a los pechos. Imagina sus pezones rosados mientras los lame, incluso los muerde con rabia. Imagina que es ella, y no él, quien se la menea ahora mismo.

Sin embargo, lo que más lo excita es recordar la resistencia de la chica a ser penetrada, los forcejeos inútiles, la fuerza bruta, la violencia empleada para conseguir domarla. Y el clímax le llega cuando recrea, una vez más, el momento en que su pene se abre paso dentro de ella y, tras varias acometidas, consigue eyacular en su interior.

Sí, a lo largo de su vida ha deseado a otras mujeres y ha dado rienda suelta a sus fantasías sexuales. Pero con Cristina Márquez era diferente. Con ella había más componentes que el puramente físico. Evidentemente, la transformación experimentada por la chica tras el parto, su nueva forma de vestir, su actitud altanera y desinhibida, su manera de contonearse, había servido para que Carlos Palacios reparara en la presencia de un ser que, hasta ese momento, no era más que una insignificancia, nada digno de su atención.

Pero es que, además, era hija del odiado Santiago Márquez, ese desgraciado que se había atrevido a golpearle con sus sucios puños. Y Palacios no es de los que olvidan. Desde luego, tuvo ocasión de tomarse cumplida venganza apenas unos días después de su desencuentro, pero aquel instante de placer nunca lo satisfizo enteramente. Sobre todo porque no sirvió para cambiar la actitud de Márquez. Siguió mirándolo con arrogancia, retándolo con la mirada, y eso es algo difícil de encajar para alguien acostumbrado a inspirar respeto, a sentirse superior al resto.

Por eso, cuando sus ojos se fijaron en Cristina, vio en ella no sólo una fuente de deseo sexual, sino también una forma retorcida, pero muy placentera, de venganza. Si conseguía seducirla, si la hacía suya, conseguiría lo que llevaba tanto tiempo anhelando: hacer daño a Santiago Márquez a través de su hija.

Y el caso es que las cosas le vinieron rodadas, ya que fue la propia Cristina la que vino en su busca. Una mañana se presentó en la fábrica y solicitó hablar con él. Quería un trabajo y sabía que en el pueblo difícilmente lo encontraría al margen de la influencia de Palacios. Se rumoreaba que había estado metida hasta las cejas en el mundo de las drogas y que había decidido cambiar de vida. Era, en cualquier caso, un ser vulnerable y Carlos no estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión.

La contrató al instante y le procuró un puesto cercano a él, en un departamento en el que, por fuerza, debía ver a su jefe a diario. No tardó en enterarse de las reticencias de los padres de Cristina a que trabajara en la fábrica y de su postura inflexible a ganarse la vida al margen de ellos. Todo eso no hizo más que contribuir a aumentar su deseo por la chica.

No obstante, Cristina no parecía muy dispuesta a aceptar los regalos de Palacios, ni tampoco a responder a sus cada vez más evidentes

intenciones. Pero lejos de desistir, Palacios perseveraba, insistía con mayor virulencia, la acosaba, en cualquier circunstancia y en cualquier lugar. El rechazo de ella era directamente proporcional al deseo de él.

La suya, la de Palacios, era ya una obsesión enfermiza. La posibilidad de que Cristina se le entregara voluntariamente había dejado de tener importancia. La poseería tanto si quería como si no y, si se daba el caso de que no estuviera de acuerdo, peor para ella. Su encuentro sexual era algo inevitable y Palacios no estaba dispuesto a esperar por más tiempo.

Aquella noche la hizo quedarse hasta tarde con el pretexto de acabar una entrega urgente y con la promesa de pagarle generosamente unas horas extra que Cristina necesitaba. De inmediato, pudo ver en su cara lo que le repugnaba quedarse a solas con él. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? La situación no estaba como para importunar al jefe. Así que, con gesto de resignación, tomó el teléfono para avisar a sus padres de que se retrasaría. Por primera vez, Palacios sentía su posición de poder sobre ella, y eso lo hizo excitarse al instante.

Sin embargo, cuando ya la tenía en bandeja, su ánimo comenzó a flaquear. No era persona dada a atender a su conciencia, siempre había dudado de tener una. Pero ahora titubeaba. Al fin y al cabo, de consumar sus deseos, estaría cometiendo un delito que, inevitablemente habría de llevarle a otro mayor. Porque, ¿qué pasaría después? ¿Iba a dejarla ir libremente a sabiendas de que, lo primero que haría al salir de la fábrica sería denunciarlo?

La oscura sombra de una idea pasó entonces por su cabeza. Asesinato. Nueve letras que daban un cariz distinto a la situación, la volvían tortuosa, resbaladiza. Si consumaba la violación -pues, después de todo, era eso, una violación- no podía dejar cabos sueltos y, eso, ya eran palabras mayores; consecuencias que, hasta ese momento, no se había siquiera planteado. Mientras luchaba consigo mismo, las copas se iban sucediendo hasta el punto de nublarle la vista, pero también la poca razón que pudiera quedarle.

En pleno debate interno, entró Cristina en el despacho para decirle que ya había terminado y que se marchaba a casa. En un principio, la dejó ir sabedor de lo cerca que estaba de un punto de no retorno del que, incluso en la ceguera que le producían sus impulsos sexuales, era consciente que no debía traspasar. Pero cuando la chica cerró la puerta tras de sí, el sentimiento



de estar dejando escapar la oportunidad volvió a nublarle la razón. El deseo pudo más que la conciencia.

—Espera, que te llevo —se ofreció saliendo precipitadamente del despacho y dejando, con las prisas, un cigarro encendido que terminaría causando el incendio de la fábrica.

—No es necesario.

—Es tarde para que vuelvas caminando hasta tu casa.

—Puedo llamar a alguien...

—¿Vas a molestar a tu familia para que vengan a buscarte? De todos modos, yo ya me marchaba y no me cuesta nada acercarte.

Por segunda vez en ese día, Cristina aceptó resignada su destino sin ser consciente de lo tenebroso que se tornaba. Sospechaba que su jefe estaba borracho, podía verlo en su mirada y olerlo en su aliento. Pero tenía miedo a decirle que no. Por su parte, Carlos Palacios aún luchó brevemente contra su propia conciencia antes de detener el coche en mitad del camino y abalanzarse sobre la chica. A partir de ese momento, el animal que hasta entonces había permanecido encerrado en su interior tuvo claro lo que había que hacer. Todavía hubo un momento de debilidad tras abusar sexualmente de ella. Quiso dejarla escapar, incluso le permitió salir del vehículo, pero el demonio interior volvió a ponerse al mando. No debían quedar cabos sueltos. Cualquier atisbo de humanidad que pudiera haber en el alma de Palacios desapareció por completo cuando pasó los neumáticos por encima del cuerpo de Cristina.

De las horas siguientes no es mucho lo que recuerda. El alcohol consumido aquella noche genera una espesa niebla en su memoria. Solo conserva retazos aislados y confusos en los que intermitentemente se le aparecen escenas en comisaría, en el bosque, en el pueblo.

Pero lo que sí recuerda con extraordinaria nitidez en el momento en que se lo llevaban esposado camino de la ciudad, es la mirada de derrota en los ojos de Santiago Márquez. Ese instante de placer, ese sentimiento de haber alcanzado al fin y plenamente su venganza, compensaba los años que le esperaban en prisión.

Por eso, cuando se masturba imaginando el cuerpo de Cristina, recordando el momento sublime en que pudo poseerla, en ocasiones, su mente depravada sustituye el rostro de la chica por el de su padre. En esas ocasiones, el orgasmo es incluso más intenso.

Consumada la masturbación, Carlos Palacios se limpia y regresa a la litera. Sus músculos se relajan y, antes de quedarse profundamente dormido, deja que una retorcida sonrisa de triunfo se dibuje en sus labios. Luego, se deja llevar por el sueño.

Fiel a su ritual, Valero se sienta ahora mismo en la terraza de un bar cercano a su apartamento. Debe ser de los pocos que ya han abierto a esas tempranas horas del día. Mira la copa intacta sobre la mesa. Su fantasma. Uno de ellos, al menos. Cara a cara. Él y su tentación. Él y su pasado. Él y el hombre contra el que lucha para dejar de serlo. Incluso lo intuye reflejado en el cristal del vaso.

Saca su pitillera y extrae un cigarro. Lo acomoda suavemente entre sus labios y luego busca el encendedor. La llama que este le ofrece al accionarlo ilumina, a modo de metáfora, una idea. O quizás un recuerdo. Guarda de nuevo el encendedor y, asiendo con pulgar e índice el cigarro, lo deposita en la mesa, junto al vaso de güisqui.

Mira alternativamente los dos objetos. Luego el conjunto que componen. Muchas de las miserias que lo han acompañado en buena parte de su vida aguardan calladamente ahora sobre la mesa. Finalmente, un pensamiento sombrío pasa por su mente y coge de nuevo el cigarro para encenderlo. Demasiados fantasmas a los que retar al mismo tiempo, piensa.

Un cliente acomodado en la mesa contigua se levanta, abandonando, sobre una silla, el periódico que traía consigo. El inspector no tiene por costumbre leer las noticias. No, al menos, desde que dejó de aparecer en ellas. Pero, en esta ocasión y, de manera instintiva, se reclina para alcanzarlo y lo abre distraídamente. Es del día anterior, pero eso no parece importar.

Lo ojea superficialmente, sin profundizar en ninguna noticia. De repente, un titular en la sección de sociedad llama su atención. Ahora sí que se entretiene en cada detalle, escruta la información. Sale el camarero para retirar la otra mesa y Valero paga la consumición no consumida. Sin esperar al cambio, se marcha precipitadamente.

Dos días después, regresa una vez más al pueblo. Ni por un instante

había podido pensar, al marcharse tres semanas atrás, que volvería tan pronto. Sabía que lo haría, que inevitablemente, su camino terminaría por conducirlo hasta aquel lugar. Pero no en un plazo tan corto y, mucho menos, por las circunstancias que lo fuerzan a regresar.

—¿Inspector? —por primera vez desde que la conoce, Clara parece sorprendida—. Tenía entendido que se había marchado.

—Así era, pero algunas novedades en el caso Palacios me han traído de vuelta.

—Entiendo. ¿Y cuáles son esas novedades?, si puede saberse.

—Bueno, verá, en cierto modo, es más bien una intuición.

—¿Qué quiere decir?

—¿Sabe que la señora Hernando ha donado parte de la herencia a una familia necesitada?

—No, no lo sabía. Pero, en cualquier caso, no sé qué tiene eso que ver conmigo.

—Aparentemente, nada.

—¿Entonces?

—¿Le importa si hablamos dentro?

—En absoluto, pase.

Clara invita a Valero a entrar en la cabaña y ambos se acomodan en el salón. Tras pedirle permiso, el inspector enciende un cigarro y aspira profundamente. La calada es intensa. Se sabe dueño de la situación, puede leer el desconcierto en el rostro de Clara, y eso le resulta especialmente placentero.

—Creo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa — continúa tras disfrutar unos segundos más del silencio que incomoda a su anfitriona—. Resulta que hace dos días, me topé con una noticia que llamó poderosamente mi atención. Una familia sin recursos económicos recibe una sustanciosa cantidad de dinero de alguien que quería conservar el anonimato. Más o menos, eso es lo que decía el titular. Hasta ahí, todo normal. Noticias extravagantes se escuchan todos los días y, a fin de cuentas, cada uno puede

hacer con su dinero lo que le plazca.

>> Lo que picó mi curiosidad fue un detalle del que se hablaba más adelante. La periodista que firmaba la noticia se alegraba por el golpe de suerte de una familia marcada por la desgracia, ya que su hija pequeña había sido violada y asesinada por un desalmado al que, más tarde, volaría la tapa de los sesos el padre, tomándose la justicia por su mano. Como consecuencia de ello, había sido encarcelado y hacía apenas un mes que le habían dado la libertad condicional.

>> El caso es que la historia me resultaba muy familiar. No en vano, la señora Hernando me había referido una exactamente igual el día anterior a mi marcha. Una bombilla se encendió en mi cabeza así que conseguí la dirección y fui a ver a esa familia. Aunque se negaron a facilitarme el nombre de su benefactor, pude notar el miedo en sus ojos. Ocultaban algo, eso era evidente.

>> Me valí de los pocos contactos de los que todavía dispongo en la Policía para entrar en las cuentas de la señora Hernando y comprobar que había hecho el abono de una cantidad importante en las mismas fechas en que aquella familia había recibido el dinero. Acababa de establecer la relación, pero la pregunta era, ¿por qué? ¿Por qué entregaba semejante fortuna a esa familia en concreto y no a otra?

>> A continuación, me dirigí a la prisión donde estuvo recluido Palacios. Allí me confirmaron lo que yo ya sospechaba, que también el padre vengador había estado preso en aquel lugar. El siguiente paso era revisar la lista de visitas recibidas por este. Esperaba encontrar a la señora Hernando en esa lista, pero, para mi sorpresa, no estaba ella, sino usted. Aparecía hasta en tres ocasiones. Para serle sincero, eso me desconcertó en un primer momento, pero luego fui atando cabos.

—Carmen no tenía valor para presentarse en prisión y proponerle a un hombre al que ni siquiera conocía que cometiera un asesinato. Así que fui yo en su lugar —Clara pronuncia sus palabras con absoluta frialdad—. Digamos que llegamos a un acuerdo. Ella pondría el dinero y yo me ocuparía de convencerlo.

—Eso es lo que pensé. Lo que no me cuadra es que, según tenía entendido, usted y la señora Hernando no se hablaban.

—Y no nos hablamos. Sin embargo, un día se presentó en mi casa muerta de miedo. Me dijo que temía por mi nieta, que su marido se había fijado en ella, que la miraba de la misma manera que a Cristina y que le aterraba lo que pudiera pasar. Había que hacer algo y rápido. Fue entonces cuando me habló de la mujer que había conocido en prisión. Al parecer, habían coincidido varias veces y entre ellas había nacido algo parecido a la amistad. A su marido le quedaba poco para salir y tenía muchas dudas sobre su futuro. Les habían cortado la luz y estaban a punto de ser desahuciados. En eso, Carmen podría ayudarles... nos podríamos ayudar mutuamente, de hecho; nosotras necesitábamos a alguien que, por decirlo de alguna manera, hiciera el trabajo sucio sin levantar sospechas. Ese hombre, había pasado por el mismo infierno y sabría ponerse en la situación en que me encontraba yo. Además, en su vida pasada había sido soldado, lo que lo convertía en la persona idónea, ya que sabía usar un arma.

>> No nos costaba nada intentarlo. La desesperación puede obligarnos a hacer cualquier cosa. No obstante, cuando fui a verlo a prisión, se negó en redondo. No estaba dispuesto a pasar ese trago otra vez. Además, decía que ya había saldado su deuda con la sociedad.

>> Tuve que volver e insistirle. Le hice ver lo difícil que le resultaría encontrar trabajo en estos tiempos y llevando colgada la etiqueta de expresidiario. Su familia necesitaba ese dinero. Luego apelé a su conciencia. Palacios ya estaba en la calle y quién sabe qué podía hacer. Le hablé de mi nieta, incluso le enseñé una foto. Tras las reticencias iniciales, por fin dudaba. Finalmente, lo convencí.

>> Cuando ya estaba a punto de salir de prisión, volví a visitarlo. Fue entonces cuando le hablé de los detalles. Le dejaría un arma escondida en un lugar concreto. Le informé sobre el día y la hora en que debía encargarse de él. Después de esa visita, no volveríamos a entrar en contacto. Por último, acordamos no hablar con nadie el uno del otro.

—¡Espere! ¡Espere! ¿De dónde salió el arma?

—Era del propio Palacios. Una vieja escopeta que ya no utilizaba y que ni siquiera recordaba poseer. Carmen se encargó de dejarla en el hueco de un árbol y, después del día convenido, volvió a por ella.

—Así que al final sí que murió con su propia arma...

—Irónico, ¿verdad? El caso es que, Carmen y yo preparamos un numerito para la mañana en que estaba previsto acabar con Palacios. Fingimos discutir en público para que cualquier posibilidad de relacionarnos quedara descartada. Lo único que quedaba ya era esperar. Lo cierto es que, hasta que no aparecieron usted y Alonso, tenía mis dudas. Pensaba que aquel hombre se echaría atrás.

La confesión de Clara envuelve la estancia de una atmósfera extraña que el silencio posterior contribuye a acentuar. Ambos se miran fijamente a los ojos y sólo el murmullo de la brisa acariciando las ramas de los árboles se deja sentir. Valero aplasta el cigarro en el cenicero antes de dejar que el humo de la última calada salga por su boca.

—¿Qué va a hacer ahora? —pregunta finalmente Clara.

—¿Que qué voy a hacer ahora?—el policía habla con la mirada ausente —. Creo que, en realidad, lo que me está preguntando es lo que haría el inspector Valero. Y lo que haría él es detenerla al instante. A usted, a la señora Hernando y ese padre vengador que ahora debe estar agradeciendo una caridad no tan anónima.

>> Pero verá, el inspector Valero ya no existe. A veces dudo de que haya existido alguna vez. En cuanto a mí, lo que haré será salir por esa puerta, dirigirme a mi coche y, probablemente, invitar a Alonso a tomar una copa que yo no beberé pero con la que sí brindaré por un mundo que hoy es algo mejor al haberse librado de un monstruo como Palacios. Después, dejaré que el viento me lleve donde le plazca y, ¿quién sabe?, quizás termine trayéndome una vez más a este lugar.

Valero hace exactamente lo que ha anunciado. No hay palabras de despedida entre él y Clara. Antes de marcharse, la mujer le dedica una mirada de gratitud a la que el hombre responde asintiendo con la cabeza. Mientras su coche avanza, se deja seducir por el aroma que le trae la brisa. Se siente en paz consigo mismo; después de muchos años, siente que, al fin, tiene un lugar en el mundo.

## Epílogo

Las palabras pueden mentir. Las miradas, nunca. Por mucho que intentemos esconder aquello que pensamos, o que sentimos, nuestros ojos terminarán por delatarnos. Nadie escapa a esa gran certeza. Somos lo que vemos en los ojos ajenos y lo que los demás ven en los nuestros.

A poco que atendamos a las señales, sabremos extraer información de un encuentro visual. Por fortuna, Carmen leyó en los ojos de su marido el deseo irracional y lascivo cuando descubrió a Ainhoa. Ese brillo extraño y oscuro que ya había visto antes reflejado en los mismos ojos cuando el objeto de deseo y de las perversiones de Carlos Palacios había sido Cristina Márquez diez años antes.

De la misma forma Clara intuyó, en los anhelantes ojos de Carmen, fundido a fuego en ellos, el deseo insatisfecho proyectado en la vida de Clara. Envidiando todo lo que ella era, todo lo que poseía, todo lo que le creía impune y descarnadamente arrebatado. La existencia imaginada en la piel de la que una vez fue como su propia piel.

Todas las miradas traslucen algo. Esquivas o desafiantes. Perdidas o fuertemente presentes. Apagadas o dotadas de intenso brillo. Todo lo que queremos decir, como también lo que queremos ocultar, será revelado consciente o inconscientemente a través de los ojos.

Incluso los que ya no miran, tienen algo que decirnos. Como los ojos de Berta, la amiga de Cristina, rígido su cuerpo, yerto, privado de vida. O los de Palacios, inmóviles, dirigiéndose a un punto inconcreto del bosque mientras su corazón dejaba de latir. Tanto en un caso como en el otro, queda un último hilo de brillo que igual nos habla de resignación, como de tristeza o de sorpresa.

No es difícil sentirse identificado con el brillo de una mirada, comprenderla, entender lo que encierra la mente de la persona cuyos ojos



tratamos de descifrar. Sólo entonces y, sin necesidad de que la palabra entre en escena, nos sentimos cómplices suyos, somos capaces de ponernos en su lugar, de hallarnos en ella.

De esa manera podemos encontrarnos en la mirada ausente de Santiago Márquez; una mirada que, lejos de observar el mundo que se abría a su alrededor, se retrotraía, viajaba en busca de ese otro mundo que se encuentra en nosotros mismos, en nuestro interior. En esa caverna misteriosa donde guardamos los recuerdos especiales, los buenos momentos, pero igualmente se ocultan los más temidos.

Podemos encontrarnos en la mirada temerosa de Carmen mientras esperaba que su marido entrara por la puerta dispuesto a pagar en ella sus frustraciones, sus odios. Incluso podemos encontrarnos en la mirada lasciva de Palacios, única señal patente de los secretos ocultos que guarda celosamente nuestra alma.

De haber estado presente en el momento en que los ojos de Carmen y el sargento Alonso se cruzaron, Valero, experto en leer entre líneas, habría, si acaso, intuido la gratitud en la mirada de la mujer. Puede que, de haber sido testigo de esa mirada, hubiera podido entender mejor los motivos por los que el cadáver de Palacios estuvo tantas horas sin vigilancia en un rincón del bosque. O por qué le ocultó los antecedentes penales de Santiago Márquez. Aquí somos como una familia, todos nos ayudamos. Puede que, de haber advertido esa mirada de gratitud en los ojos de Carmen, habría encontrado todo el sentido a esa frase tantas veces escuchada con anterioridad.

Pero de manera especial, habría podido descifrar la última mirada entre Clara y Carmen. Su último contacto visual. Porque lejos de su plan inicial, la viuda de Palacios había terminado cediendo a su corazón y aceptando la propuesta de Luis Peláez de marcharse juntos de allí. Quizá, después de todo, sí que hubiera una oportunidad para ellos.

Y cuando el coche del doctor se alejaba del pueblo que la había visto nacer y malograrse como persona, al final de la calle, con los brazos en jarra, tal y como la esperara tantas veces en el pasado, Clara vio pasar a su amiga. Sus ojos apenas coincidieron unos segundos, pero en ese breve lapso de tiempo tuvieron tiempo de confirmar que nada quedaba ya de aquellas niñas que grabaron sus iniciales en el tronco de un árbol. Nada de la amistad que

una vez las unió. Allí finalizaba lo que muchos años atrás se había iniciado.  
Con una sola mirada. Apenas una mirada.

## AGRADECIMIENTOS:

Decía Frank A. Klarck que si uno no está agradecido por lo que tiene, es probable que no sea agradecido por lo que tendrá. Yo me siento agradecido por lo que tengo; por mi familia, por mis amigos, por todas aquellas personas que me han dado su apoyo cuando lo he necesitado. Y su apoyo fue lo que recibí cuando decidí iniciar la gran aventura que ha dado como resultado esta novela que es hoy una bonita realidad. En especial a M<sup>a</sup> Carmen, mi cuñada; fue la primera en leer el manuscrito y, gracias a sus palabras, decidí lanzarme a la piscina. Igualmente, debo estar agradecido con Pedro Villar, por su empeño en que el proyecto viera la luz; a veces parecía más suyo que mío.

Gracias de la misma forma, y de una manera muy sincera a ti, LECTOR, porque sin tu participación, nada tendría sentido, ningún libro lo tendría. Espero que el tiempo que le has dedicado a *Atardeceres desde la ventana*, haya sido un tiempo disfrutado y aprovechado. De ser así, te pido un último favor: dejar tu reseña en Amazon para que pueda conocer de primera mano tu opinión sobre la novela.

GRACIAS, de corazón.

Francisco Javier Rodenas

## MI CONTACTO

[17fjrm@gmail.com](mailto:17fjrm@gmail.com)

<https://www.facebook.com/elmarcuandonoshabla>

Twitter @FranRomi17

